

 **Hispanidad**

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Mario Vargas Llosa

Raúl Tola



Comunidad
de Madrid

Cubierta:

Mario Vargas Llosa, 31/12/1964 (Archivo ABC)

*Perspectiva del centro de Madrid desde el
noroeste. 1960 (Dirección artística Jorge
Guzmán Hernández; Banco Exterior de España)*

Mapa de escritores hispanoamericanos en Madrid

Mario Vargas-Llosa

A handwritten signature in black ink, consisting of stylized, cursive letters that appear to read 'MVL' followed by a flourish, all underlined.

Raúl Tola



PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Mariano de Paco Serrano

VICECONSEJERO DE CULTURA, TURISMO Y DEPORTE

Luis Fernando Martín Izquierdo

DIRECTOR GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL Y OFICINA DEL ESPAÑOL

Bartolomé González Jiménez

SUBDIRECTORA GENERAL DEL LIBRO

Isabel Moyano Andrés

MAPA DE ESCRITORES HISPANOAMERICANOS EN MADRID:

MARIO VARGAS LLOSA

EDITA:

Comunidad de Madrid

TEXTOS:

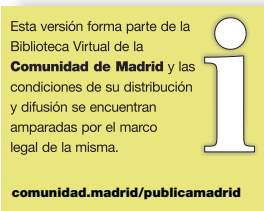
Raúl Tola

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

conarquitectura ediciones

IMPRESIÓN:

Boletín Oficial de la Comunidad de Madrid



© de la edición: Comunidad de Madrid

© de los textos: Raúl Tola

© de las imágenes: Diario ABC, Frida Westholm/Nobel Foundation, Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida, Daniel Mordzinski y Cátedra Vargas Llosa

La Dirección General de Patrimonio Cultural y Oficina del Español ha hecho todo lo posible para identificar a los propietarios de los derechos intelectuales de las imágenes reproducidas en esta publicación. Se piden disculpas por los posibles errores u omisiones y se agradecerá cualquier información adicional de derechos no mencionados en esta edición para, en caso de tratarse de un requerimiento legítimo y fundamentado, buscar una solución equitativa.

ISBN: 978-84-451-4240-0

DL: M-5382-2026

Impreso en España – Printed in Spain

ÍNDICE

1. Los paseos	9
2. La primera estancia	13
3. Testimonio personal del autor	35
4. La obra	41
5. El eterno viajero.....	65
6. La segunda estadía	79
7. La última visita	101
8. Epílogo.....	111
Agradecimientos.....	116
Cronología.....	118
Bibliografía de Mario Vargas Llosa.....	121
Sitios de Mario Vargas Llosa	126

PRESENTACIÓN

Madrid fue, durante el *boom* de la literatura hispanoamericana, mucho más que un escenario de paso: se convirtió en un punto de confluencia. En sus editoriales, cafés, redacciones y aulas se cruzaron voces venidas de Hispanoamérica con los debates literarios europeos, y en ese intercambio se consolidó una nueva manera de narrar en español: más ambiciosa en sus estructuras, más libre en sus recursos, más atenta a las tensiones políticas y sociales del continente.

Esa centralidad, sin embargo, venía gestándose desde mucho antes. La relación de Madrid con los autores hispanoamericanos ha sido intensa y fructífera a lo largo de décadas: por la ciudad pasaron —de manera más o menos prolongada— figuras como Rubén Darío, Amado Nervo, Gabriela Mistral o Dulce María Loynaz, entre otras. El *boom* no hizo sino intensificar una conversación ya abierta, dándole un alcance editorial y simbólico sin precedentes.

Madrid ofreció —y sigue ofreciendo— las condiciones materiales de esa circulación: un tejido editorial sólido, premios literarios, suplementos culturales, agentes, librerías y una red intelectual capaz de amplificar la recepción de nuevas obras. Para muchos escritores hispanoamericanos, publicar en España significó acceder a un mercado más amplio y diverso; para la cultura española, significó incorporar de primera mano una renovación narrativa que transformó el canon contemporáneo.

En este contexto, Mario Vargas Llosa, Premio Nobel de Literatura y Medalla Internacional de las Artes de la Comunidad de Madrid, encarna como pocos la dimensión transatlántica de Madrid. Nacido en el Perú y formado en una tradición literaria que miró siempre a Europa sin renunciar a su raíz americana, encontró en la capital española un lugar de residencia, de estudio, trabajo y proyección. Madrid fue para él una ciudad de continuidad, un espacio desde el que escribir, dialogar y polemizar; un punto de apoyo para una obra que, sin perder su centro sudamericano, se abrió con naturalidad a los grandes debates de la modernidad.

Desde Madrid, Vargas Llosa consolidó una producción narrativa que lo situó entre los grandes novelistas contemporáneos. Sus libros exploran, con precisión crítica, los mecanismos del poder, el autoritarismo, la violencia política y las fracturas de la desigualdad, al tiempo que experimentan con formas, voces y tiempos narrativos. Esa mezcla de rigor formal y mirada histórica fue una de las marcas del boom, una literatura capaz de interrogar la realidad y, a la vez, reinventar el modo de contarla.

Su vínculo con España fue también personal y cívico. La adquisición de la nacionalidad española y su participación activa en el debate público reforzaron su condición de escritor en diálogo constante con su tiempo. Su presencia en Madrid contribuyó a subrayar el carácter cosmopolita de la capital y de la región como lugar donde las identidades culturales se encuentran, discuten y se transforman alrededor de una lengua compartida.

Su ingreso en la Real Academia Española simbolizó, además, un reconocimiento mutuo: el de una institución que acoge una de las voces fundamentales de la literatura en español y el de un autor que asumió la tradición como territorio vivo, en permanente discusión y cambio. Desde esa perspectiva, Madrid no aparece solo como residencia o telón de fondo, sino como un mirador privilegiado: el lugar desde el que se hace visible, en toda su complejidad, la literatura hispanoamericana contemporánea.

Madrid es, en definitiva, mucho más que un enclave geográfico para los escritores hispanoamericanos: es un laboratorio cultural donde se han discutido poéticas, se han establecido complicidades y se han forjado algunas de las páginas más influyentes de la literatura en español. En el caso de Vargas Llosa, esa relación alcanza una dimensión ejemplar, al encarnar la continuidad entre dos orillas que comparten lengua e historia, pero también preguntas abiertas sobre libertad, democracia y creación.

Con esta publicación, incluida en el «Mapa de Escritores Hispanoamericanos» coordinado por Sergio Ramírez, la Comunidad de Madrid rinde homenaje a uno de los más insignes escritores contemporáneos. Su obra —leída a ambos lados del Atlántico— nos recuerda que la literatura, cuando es grande, no reconoce fronteras, las vuelve materia de diálogo.

Mariano de Paco Serrano

Consejero de Cultura, Turismo y Deporte



1. LOS PASEOS



Todas las mañanas —con lluvia, granizo o nieve—, Mario Vargas Llosa cumplía la misma rutina. Despertaba al alba para comenzar a trabajar en el proyecto en que estaba embarcado y, a eso de las siete, vestido con zapatillas, gorrita, ropa de deporte y un paraguas si el clima lo exigía (más un bastón en los últimos tiempos), salía a caminar por Madrid.

Su recorrido arrancaba en la plaza de las Descalzas, proseguía por la plaza de Isabel II y el Palacio de Oriente, cruzaba los Jardines de Sabatini, bordeaba el parque de Debod y bajaba por el paseo del Pintor Rosales hasta Marqués de Urquijo, «la transversal que se hunde en el parque del Oeste». Aunque a veces seguía de largo, incluso remontaba el paseo de Moret y un día llegó a subir al Faro de Moncloa para contemplar la ciudad desde lo alto, en ese momento solía dar media vuelta y desandaba el camino, tomando un desvío que le permitía subir al parque de Debod, rodear el templo egipcio y pasar por el mirador que se asoma al río Manzanares y la Puerta del Ángel. Seguía por la calle Bailén, cruzaba la Plaza de España, volvía por uno de los laterales del Teatro Real, entraba a la calle Arenal (donde paraba religiosamente a comprar tres diarios: *ABC*, *El Mundo* y *El País*) y regresaba a su casa de la calle Flora. En el verano, alguna vez añadió una última escala a su caminata, entrando a la piscina del gimnasio Arián para practicar el que, en sus propias palabras, fue el único deporte en que destacó: la natación.

En un artículo publicado en la revista peruana *Caretas*, Vargas Llosa contó que esa costumbre comenzó en 1970, poco después de visitar una clínica en Pullman (Washington), donde un doctor le mostró la radiografía del pulmón ensombrecido y marchitado de un fumador empedernido

como él, que hasta entonces fumaba tres cajetillas de cigarrillos al día. Esa imagen lo impactó tanto que le hizo tomar la decisión de dejar de fumar y, para no engordar, luego de constatar que su único ejercicio «consistía en cruzar una docena de veces los cinco metros que mediaban entre el escritorio y la cama», siguió el consejo de un amigo y se puso a correr por las mañanas.

Para Vargas Llosa, esa costumbre se volvió un ejercicio, una forma distinta de conocer las ciudades y una calistenia intelectual. Mientras su cuerpo se entibiaba, sus órganos se activaban y su mente se relajaba dejando atrás las preocupaciones cotidianas, alcanzaba una claridad que le permitía reflexionar sobre la novela, el ensayo, el artículo o el discurso en que estaba trabajando, encontrando las claves, quiebros y soluciones que, hasta ese momento, le eran esquivos. Así fue cómo su figura espigada y atlética —contraria a la imagen del intelectual sedentario y moroso— se volvió habitual en las mañanas del Hyde Park de Londres, los Jardines de Luxemburgo de París, la Vía Augusta de Barcelona o el malecón de Barranco en Lima.

Para cuando empezó a pasar temporadas en Madrid, los días de correr habían quedado atrás. Poco antes, al cumplir los sesenta años, otro médico le previno de que, si mantenía esas carreras, su organismo, en especial sus rodillas, comenzaría a sufrir por el desgaste. Le sugirió que las cambiara por una caminata rápida, que causaba menos impacto y consumía el mismo número de calorías. Por eso bajaron el ritmo él y Patricia, su esposa, con quien siempre salía por las mañanas. En medio de la vorágine que era la vida de los Vargas Llosa, esos paseos eran un momento de calma en que la pareja podía intercambiar opiniones y discutir los planes familiares con una serenidad que perderían una vez llegados a casa, cuando serían tragados por el vértigo de compromisos, viajes, reuniones, cursos, lecturas y escritura que eran sus días.

Vargas Llosa caminaba por Madrid con la misma disciplina férrea que le permitió escribir algunas de las novelas más sorprendentes del último siglo, clásicos modernos como *Conversación en La Catedral*, *La guerra del fin del mundo* o *La fiesta del Chivo*. Además de familiarizarse con sus parques, plazas y edificios, en esos recorridos tenía ocasión de relacionarse con los madrileños con quienes se cruzaba y descruzaba por las mañanas.

Estos encuentros podían ser pasajeros (como ocurría con «el cojito del gran danés, el japonés marcial y su paso de ganso, las alegres coma-

dres del Debod y su solitario gonfalonero, y Ángela Molina, despidiendo a su hijita menor en la puerta del autobús de su colegio») o durar en el tiempo. Ese fue el caso del «hombre-florero», un menesteroso a quien dedicó una entrañable columna y que bautizó así por su costumbre de adornar la banca que ocupaba en la calle Ferraz con flores, hojas y ramas que encontraba en el suelo (nunca arrancadas).

La improbable amistad entre ambos surgió un día en que Vargas Llosa, deteniéndose en medio de una de sus caminatas, intercedió ante dos policías que querían expulsarlo, «alegando que esa banca que él había convertido en su vivienda y en una especie de monumento a la ecología y al arte bruto era un bien público». Logró que se quedara y, desde entonces, cuando lo veía aparecer a las faldas del parque de Debod, el hombre-florero se levantaba, iba a su encuentro y lo acompañaba un trecho en el que, como una agenda viva, le recitaba la lista de todos los eventos culturales gratuitos que se ofrecían en la ciudad, ensayos de orquestas, películas, obras de teatro, conferencias, mesas redondas, recitales y exposiciones, a los que él mismo asistía puntualmente.

A la vuelta de uno de los largos intervalos en los que solía ausentarse de Madrid, Vargas Llosa se dio con una triste sorpresa: el hombre-florero había desaparecido de su atalaya en el parque de Debod. Unos meses más tarde se lo encontró en la plaza de Oriente, pero estaba cambiado. Mantenía su optimismo y jovialidad, pero, en lugar de la floristería y la cultura para todos, ahora era un apasionado de la religión, en especial «del Santo Padre Pío de Pietrelcina, un monje capuchino italiano que, al parecer, hizo milagros y exhibía en sus manos los estigmas de la pasión de Cristo».

¿Por qué, de entre todas las capitales culturales del mundo, Vargas Llosa frecuentó Madrid y luego residió aquí unos años? ¿Qué encontró aquí que le hizo sentirse en casa? ¿Cuánto llegó a compenetrarse con la ciudad? ¿Hasta dónde le penetró su ritmo, su sabor y sus costumbres? ¿Esa relación larga, intensa y feliz llegó a permear su obra, a colarse en sus novelas y ensayos, a modificar su manera de entender el mundo? ¿Qué tiene Madrid, que se convirtió en su guarida durante un tiempo, además del escenario de esas largas y pausadas caminatas con que arrancaba todos los días de la semana?

2. LA PRIMERA ESTANCIA



Cuando llegó por primera vez a Madrid, en 1958, Vargas Llosa era un muchacho de veintidós años que acababa de terminar los estudios en la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos, en Lima (Perú). Estaba casado con Julia Urquidi Illanes, la tía Julia, y, para sostener su matrimonio, al tiempo que asistía a clases había desempeñado toda clase de trabajos alimenticios: consistía de tumbas en el cementerio Presbítero Maestro, escritor en la sombra de discursos políticos, asistente de bibliotecario en el Club Nacional, autor de manuales de Educación Cívica, director de informaciones de Radio Panamericana, cronista parlamentario, adjunto de cátedra universitaria, entrevistador dominical o colaborador en diarios y revistas... En el último año de carrera, durante los pocos ratos libres que le quedaban, había comenzado a leer, tomar apuntes y hacer fichas para una tesis que dedicaría al poeta nicaragüense Rubén

Darío, al que había descubierto en las clases de Literatura Peruana e Hispanoamericana del profesor Luis Alberto Sánchez.

Vargas Llosa necesitaba esa tesis por dos razones: para graduarse en la carrera de Literatura y dedicarse a la enseñanza universitaria, como anhelaba, y para postular a la beca Javier Prado, que otorgaban San Marcos y el Banco Popular, y que le permitiría llevar un doctorado en España. La beca incluía un billete de avión, que podía ser canjeado por dos billetes en la tercera de un barco para él y Julia, así como una asignación mensual de 120 dólares, una pequeña fortuna en la España de los años cincuenta.

Para entonces ya estaba convencido de que lo que más quería en la vida, aquello a lo que pensaba dedicarse en cuerpo y alma, era a esa «dedicación exclusiva y excluyente, una prioridad a la que nada puede interponerse, una servidumbre libremente elegida que hace de sus víctimas (de sus dichosas víctimas) unos esclavos: escribir». Pensaba que, para lograr ese propósito, la aridez cultural de su país era muy adversa, y que la única forma de hacerlo con consistencia y profesionalismo era mudándose a Europa, de donde provenían los autores más estimulantes que había leído. Como él mismo escribió:

Desde que, niño, leí a Julio Verne, a Alejandro Dumas, a Dickens, a Victor Hugo, llegar a Europa, vivir en Europa, era un sueño morosamente acariciado, que, más tarde, de estudiante universitario, se volvió una necesidad casi física. El «viaje europeo» me parecía, como a muchos jóvenes de entonces en América Latina, un requisito indispensable para tener una formación intelectual digna.

En 1957, su cuento *El desafío* ganó el primer premio de un concurso convocado por la *Revue Française*, que consagraba una edición al Perú. La recompensa fue un viaje de quince días a París. De este modo, una mañana de enero de 1958, el joven Vargas Llosa se embarcó en el aeropuerto de Limatambo y, luego de eternas escalas en Bogotá, Barranquilla, Azores y Lisboa, por fin llegó a Orly. El mes que pasó en el Hotel Napoléon de la avenue de Friedland, en una habitación con vistas al Arco del Triunfo (gracias a un préstamo de mil dólares que su tío Lucho le hizo para ampliar su estadía), dedicado a dar largos paseos, frecuentar *bistrots*, galerías de arte, cinemas, teatros y cafetines, hojear los libros de viejo en

el Barrio Latino, coquetear con las parisinas y cumplir con los compromisos derivados del premio, reafirmaron sus intenciones de mudarse a Europa, y le dieron un segundo aire a su tesis, a la que se consagró a su vuelta a Lima, robándole horas a sus múltiples trabajitos, con la idea de conseguir la anhelada beca Javier Prado.

Su ambición juvenil era llegar a París, la ciudad de Dumas, Verne y Victor Hugo, autores que le habían servido de refugio desde que, a finales de 1946 o inicios de 1947, su padre había aparecido en su vida o en los no menos tormentosos días del colegio militar Leoncio Prado, adonde este lo hizo ingresar para contrarrestar las blanduras y engrعيمientos de la educación de los Llosa.

Pero Madrid, imaginada desde la perspectiva de Lima, no parecía desdeñable. Estaba Franco, claro (era 1958), pero, me decía yo, será magnífico ver sobre las tablas ese teatro del Siglo de Oro que en Perú sólo conocemos por lecturas. Y, además, la Universidad de Madrid, comparada con la de Lima, será un centro de alta cultura donde subsanar los vertiginosos vacíos culturales de la vieja San Marcos (en la que, por ejemplo, las clases de nuestro catedrático de Literatura Medieval consistían en leernos la Enciclopedia Espasa).

Vargas Llosa terminó la tesis a mediados de año. La bautizó *Bases para una interpretación de Rubén Darío* y la sustentó en el salón de grados de San Marcos, obteniendo la calificación *cum laude*, así como una recomendación para que fuera publicada en la revista de la facultad de Letras de la universidad. Esto último no llegó a concretarse pues, alegando la necesidad de incluir correcciones al ensayo, Vargas Llosa fue retrasándolo hasta olvidarlo.

En cambio, como tenía planeado, aprovechó el trabajo sobre Rubén Darío para solicitar la beca, que le permitiría estudiar el Doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. En su solicitud, aseguró que pretendía ampliar ese estudio aprovechando el archivo de Darío que el profesor español Antonio Oliver Belmas había descubierto hacía poco, un propósito contra el que luego conspirarían distintas complicaciones administrativas, hasta hacerlo naufragar.

La mañana del día anunciado entré en San Marcos lleno de pavor. Pero Rosita Corpancho, que gozaba dando buenas noticias, apenas me vio aparecer se levantó de su escritorio: «¡Te la dieron!». Salí tropezándome a contarle a Julia que nos íbamos a Madrid. Mi felicidad, mientras recorría La Colmena hacia la plaza San Martín, a tomar el colectivo a Miraflores, era tan grande que me daban ganas de lanzar el alarido de Tarzán.

De inmediato comenzaron los preparativos del viaje. Raúl Porras Barrenechea —su profesor más querido, a quien Vargas Llosa consideró su maestro, que había sido embajador del Perú en España y, por entonces, se desempeñaba como ministro de Relaciones Exteriores— ayudó a Mario y Julia consiguiéndoles dos billetes gratuitos en el avión correo brasileño, una aeronave militar que, en lugar de asientos, tenía butacas de paracaidistas. Los esposos hicieron el viaje acompañados por Luis Loayza, uno de los mejores amigos de Vargas Llosa («El borgiano de Petit Thouars», a quien, junto con Abelardo Oquendo, dedicó *Conversación en La Catedral*) que, al poco tiempo, se marcharía a vivir a París. Para llegar a Madrid hicieron escala en Bolivia, que aprovecharon para visitar a los padres de ella. Finalmente llegaron a Río de Janeiro, donde tomaron un barco de bandera italiana que los llevó al puerto de Barcelona. Viajaron en un pequeño camarote de tercera clase, tan limpio y bien decorado que, cuando lo ocuparon, Julia pensó que debían haberse equivocado al asignárselo.

Fue en los dieciocho días que duró ese viaje que Vargas Llosa comenzó a tomar apuntes de una novela que lo venía rondando, que ocurría en el colegio militar Leoncio Prado, donde había estudiado entre 1950 y 1951. Según Julia:

Todas las mañanas se sentaba al lado de la piscina a hacer sus notas. Por las noches, cuando nos íbamos al cine, seleccionaba lo más interesante de cuanto había escrito, hacía fichas y escribía algunas páginas a mano. Aún tardaría cuatro años en finalizar el libro.

El resto del tiempo veían películas, participaban de los bailes en el salón principal y comían comida italiana, que terminó por cansarlos.

El barco hizo escala en Gran Canaria, en Lisboa, bordeó Gibraltar y, un mediodía soleado, llegó a Barcelona, donde Mario, Julia y Luis Loayza

permanecieron dos noches. Al tercer día, tomaron un vagón de tercera clase en la estación de Sants. A Julia la impresionó la generosidad de sus accidentales acompañantes. En sus palabras:

En el compartimento viajaban unas diez personas, entre niños y grandes. A cierta hora aparecen canastas y envoltorios con toda clase de comidas, panes y vinos. Cortan grandes trozos de un riquísimo jamón serrano, los ponen en la punta de un cuchillo y colocándolo delante de uno dicen: «¿Gusta?». Durante todo el trayecto no gastamos un solo centavo en comida. Fuimos los invitados de nuestros compañeros de viaje.

El recorrido en tren era largo y penoso, con paradas y transbordos en los numerosos pueblos que aparecían junto a las vías férreas. El viaje debió durar entre diez y doce horas hasta que, por fin, los esposos y su amigo llegaron a la estación de Atocha, recogieron su equipaje, bajaron al andén y salieron a su primer día en Madrid.

Un Mario Vargas Llosa de solo veintidós años se encontró con una ciudad que:

... era todavía bastante provinciana, con sus serenos cojitrancos y sus beatas con pañolones que miraban con irritación a las muchachas que se ponían pantalones. En ese Madrid uno podía reconocer aún la ciudad decimonónica de Pérez Galdós y reconstruir las trayectorias de los personajes de *Fortunata y Jacinta* o recorrer el paisaje urbano por el que se movían los anarquistas de Pío Baroja en *Aurora Roja* y *La busca*.

Habían llegado a una ciudad que se sacudía los temblores luego de soportar uno de los inviernos más fríos de su historia. Esto no había impedido que legiones de hinchas fieles del Real Madrid se congregaran alrededor de la Fuente de Cibeles para celebrar la obtención de la Liga de fútbol y de su tercera Copa de Europa, en un equipo comandado por Alfredo di Stefano, con Paco Gento y Raymond Kopa en la delantera. De ese entonces vino el hinchaje acérrimo de Vargas Llosa por el club merengue, de cuya Catedral sería presidente muchos años después.

Aunque a los madrileños les admiraba la erguida silueta de la recién inaugurada Torre de Madrid, la ciudad vivía una crisis de vivienda que fue retratada en una película estrenada ese año: *Historias de Madrid*, con Tony Leblanc y Licia Calderón. Ahí se contaba las peripecias del propietario de un edificio de apartamentos que acudía asiduamente a la iglesia para pedirle a San Nicolás que este se hundiera, lo que le permitiría construir un moderno bloque de doce pisos, mientras sus vecinos también iban a rezarle al santo, pero para que la desgracia no ocurriera y pudieran seguir viviendo ahí.

Estaba por inaugurarse el segundo franquismo o franquismo desarrollista que, con la economía al borde de la asfixia, lanzó un Plan de Estabilización y Liberalización económicas. Este incluyó la desregulación parcial del mercado de trabajo, la subida de impuestos indirectos, la contracción del gasto público para balancear el déficit presupuestario, la reducción de las restricciones a las importaciones extranjeras, una devaluación del 30 % en el cambio de la peseta y una limitada liberalización de la economía, por la que se permitió que el mercado decidiera el precio de algunos productos. El impacto fue inmediato, traducándose en unas tasas de crecimiento industrial de cerca del 10 % y del PIB en torno al 7 %, en lo que se llamó el milagro económico español.

Los esposos no necesitaron de la divina providencia para tener dónde vivir. Un amigo los ayudó a conseguir una pensión en un piso que quedaba en el número 12, 4º Izquierda de la calle Doctor Castelo. Pertenecía a un matrimonio de cierta edad apellidado Bergua, que vivía con su hija y había tenido un hijo, desaparecido durante la Guerra Civil, que, por coincidencia, se llamaba Mario. Nunca habían perdido la esperanza de que este apareciera en cualquier momento, como ocurrió en tantos otros casos, y las primeras veces que llamaron por teléfono al futuro escritor, la dueña de casa estuvo por caer fulminada de un infarto al contestar, por el parecido entre «Mario Vargas» y «Mario Bergua».

Una vez instalados, Vargas Llosa comenzó a asistir a la Universidad Complutense. Para su sorpresa, encontró un ambiente universitario que, al menos en el ámbito literario, no andaba mucho mejor que San Marcos:

El profesor de Literatura Hispanoamericana sólo llegaba hasta el Romanticismo porque, del Modernismo en adelante, todo le parecía sospechoso. Los libros y autores puestos en el Index por el Vaticano eran retirados de la biblioteca de la Facultad: ese año,

entre otros, fueron purgados Unamuno y La Revista de Occidente, de Ortega y Gasset, que yo había comenzado a leer entre clases. El ambiente de gazmoñería y prejuicio entre los propios estudiantes podía alcanzar límites asombrosos: un compañero de los cursos del doctorado dejó de saludarme cuando supo que yo no era casado por la Iglesia. La «estilística» era la doctrina crítica imperante y no se admitía ni conocía otro análisis de la obra literaria que el lingüístico. El profesor Leo Spitzer, autor de laboriosos exámenes gramaticales para llegar a «2ª la humedad última del poema» (según frase de Dámaso Alonso), era considerado el modelo canónico del intelectual literario, el sabio que ha llegado a dominar la «ciencia» de la literatura. Pero, asombrosamente, casi ninguno de mis profesores o compañeros había leído a Sartre o a Camus —cuyos libros estaban prohibidos por la censura— y del existencialismo, entonces tan en boga en el resto de Europa, sólo se hablaba algo —aunque con muchas reservas— del católico Gabriel Marcel.

Para avanzar su tesis sobre Rubén Darío, recorrió Madrid buscando toda la información posible, hasta que «conoció a una anciana adorable, quien había sido uno de los grandes amores del maestro nicaragüense». Aunque la tesis terminó por estancarse, estas exploraciones por archivos y bibliotecas madrileñas le permitieron reencontrarse con las novelas de caballerías, que había comenzado a leer en Lima, por espíritu de contradicción, luego de que su profesor de literatura española las despachara «con unas cuantas frases ignominiosas», acusando al género «de profuso, confuso, irreverente y por momentos hasta obsceno», para anunciar a sus alumnos que pasarían sobre él «como sobre ascuas, en busca de libros más valiosos».

El joven mantenía un recuerdo vívido de la primera novela de caballerías que había leído en la biblioteca de San Marcos:

Para mi buena estrella la casualidad, disfrazada de bibliotecaria, puso en mis manos el *Tirant lo Blanc*, en la admirable edición crítica de 1947 de Martí de Riquer. La lectura de ese libro es uno de los recuerdos más fulgurantes de mis años universitarios, una de las mejores cosas que me han pasado como lector y escritor de novelas. Pocos libros me han divertido y excitado más y en pocos he aprendido tanto sobre la ambición, las artes y las trampas con que están fraguadas las ficciones.

La venta y difusión del género estaban prohibidas en la España franquista, refractaria incluso a las pudibundas escenas eróticas de estas novelas, por lo que Vargas Llosa debió buscarlas en la Biblioteca Nacional de Madrid, cuyo helado caserón tenía una magnífica colección.

Resfríos aparte, pasé muchas tardes laberínticas de Amadis, Esplandianes, Palmerines y demás caballeros andantes. Para mi asombro, por algunas intemperancias textuales o vaya usted a saber por qué, ciertos libros de caballerías, como el Lancelot, habían sido confinados por la puntillosa censura del momento (hablo de 1958 y 1959) en el llamado «Infierno» de la biblioteca. Para poder leerlos había que recabar una «autorización eclesiástica», que solo podía ser conseguida luego de presentar «constancias de profesores o instituciones académicas» sobre las «intenciones científicas» que guiaban al aspirante a lector.

También prosiguió con la escritura de la novela que había iniciado en el barco de venida, que llevaba el título provisional de *Los impostores*. Era un trabajo lento, tortuoso que, como relató en sendas cartas a su amigo limeño Abelardo Oquendo, lo llenaba de frustración y pesadillas:

Frente a la máquina siento malhumor, palpitaciones, odio, impotencia, excitación, fiebre, diarrea, contención, ahogos, asco, vómito, vértigo, una inexpresable y espantosa desesperación. Dejo la máquina y me acuesto: sueño despeñarme por abismos larguísimo y siniestros en cuyas simas me aguardan las lucientes bayonetas de los cadetes del Colegio Militar como una anchurosa cama de fakir, o revivo los malditos sábados y domingos de consigna, paseándome como una fiera rabiosa dentro de la grisácea cárcel de La Perla, sin poder salir, y las humillaciones matutinas, vespertinas y nocturnas, constantes, ineludibles, bochornosas, de suboficiales, oficiales, brigadieres.

A pesar de este sufrimiento, fue en esta temporada dura y frustrante en la que dedicaba horas a luchar contra el argumento, la forma narrativa y la construcción de personajes, sintiendo que siempre salía derrotado, que una convicción fue consolidándose: a eso quería dedicar su vida.

Entonces decidió que dejaría definitivamente los estudios de Derecho que había iniciado en San Marcos para consagrarse a escribir.

Vargas Llosa trabajaba el libro en las tardes que no leía novelas de caballerías, en la pensión y en Jute, una cafetería «típicamente madrileña, muy simpática», ubicada en el número 13 de Menéndez Pelayo, esquina con Doctor Castelo (justo enfrente del parque de El Retiro), donde las familias se encontraban a comer marisco, los muchachos del vecino colegio Sagrada Familia a jugar al mus y «había un camarero bizco que me ponía muy nervioso porque se acercaba a leer por sobre mi hombro lo que estaba escribiendo». Según el mito, escribía en una mesa con el tablero de mármol que era el reverso de una placa mortuoria que nunca se había utilizado en el cementerio de Madrid. Sería el principio de una costumbre que Vargas Llosa mantendría a lo largo de los años: trabajar en cafeterías y bares.

Ahora sabemos que ese camarero, que solía acuciar a Vargas Llosa dándole una palmada en la espalda y preguntándole: «¿Cómo va eso? ¿Cómo va eso?», se llamaba Ernesto Martínez. Hace unos años, el investigador Carlos Aguirre visitó el archivo que el escritor confió a la Universidad de Princeton, donde encontró una carta de Dasso Saldívar —escritor colombiano y autor de una de las biografías más conocidas de Gabriel García Márquez—, fechada el 6 de marzo de 1979, que venía acompañada por tres fotografías. En ellas pueden verse la fachada en forma de cuña de la tasca, con una terraza con mesas y sillas de metal, y el nombre (solitario, sin el artículo determinado que la memoria vargasllosiana le añadiría) en letras claras sobre un fondo oscuro. También aparece retratado el «camarero bizco», un hombre maduro de buen porte y rostro amable cuyos rasgos distintivos son, además de la mirada estrábica, el pelo blanco repeinado hacia atrás y la nariz alargada. En una foto aparece con chaqueta blanca, sentado a la sencilla mesa que Vargas Llosa ocupaba por las tardes, cuando escribía o corregía su novela, y, en otra, detrás de la barra del local, acariciando una maciza caja registradora. Según contaba la carta enviada por Saldívar a Vargas Llosa, el camarero había terminado por detestar la inesperada celebridad ganada cuando el escritor reveló tanto su existencia como la de Jute y, «después de la afluencia de visitantes que ha tenido de cierto tiempo a esta parte, ya no admite que le tomen una fotografía más».

Una tarde, cuando volvió con Julia del cine a la pensión de Doctor Castelo, Vargas Llosa recibió una de las noticias más felices de los dos



El bar «Jute», donde Mario Vargas Llosa comenzó la escritura de *La ciudad y los perros*, con Ernesto Martínez, el camarero estrábico que veía por encima del hombro los avances de la primera novela del futuro Premio Nobel de Literatura.

años que transcurrió en Madrid. Luego de dudarlo mucho, se había animado a reunir un conjunto de relatos integrado por *El desafío* —ganador del concurso convocado por la *Revue Française*, que le permitió viajar a París—, junto con otros cuatro que había escrito antes y después de su viaje a España, entre 1953 y 1958 (*Los jefes*, *El hermano menor*, *Día domingo* y *El abuelo*), para enviarlo al Premio Leopoldo Alas para libros de cuentos literarios. Este se había creado en 1955, por iniciativa del escritor Esteban Padrós de Palacios y del poeta y traductor Enrique Badosa, y era financiado por los médicos Martín Garriga Roca y Manuel Carreras Roca quienes, además, habían fundado la Editorial Rocas donde publicaban los libros premiados, los finalistas y, «a ser posible, algunos otros que nos parecieran meritorios». Además de celebrar el genio literario de Leopoldo Alas «Clarín», los promotores querían defender su legado, pues, al igual que pasaba con las novelas de caballerías, la moral imperante había silenciado su obra, y libros como *La Regenta* eran muy difíciles de conseguir.

La cuarta edición del premio se falló el 7 de marzo de 1959, en el restaurante Parellada de la avenida Generalísimo Franco de Barcelona. *Los jefes* se impuso en la séptima votación, por cuatro votos contra tres, a *Donde van con su destino* de Manuel Alonso Alcalde. De inmediato, el presidente del jurado se comunicó con la casa de los Bergua, en Madrid, que recibieron a Vargas Llosa y Julia con el anuncio. El escritor tuvo «la enorme alegría de ver mi primer libro impreso», cosa que ocurrió en la Editorial Rocas, en julio del año siguiente (1959), con prólogo de Juan Planas Cerdá. Las diez mil pesetas que se incluían como dotación económica fueron un bálsamo para la magra economía matrimonial, que estaba a punto de perder sus ingresos fijos por el final de la beca Javier Prado, e incluso les permitió pasar un mes de vacaciones en Marruecos.

Otra incursión en los concursos literarios fue menos auspiciosa. En 1959, Vargas Llosa presentó al Premio Sésamo, que se fallaba y entregaba en el restaurante Las Cuevas de Sésamo —un local bohemio de estructura cavernaria que aún funciona en la calle del Príncipe, en el centro de Madrid—, «un cuento largo o novela corta de la casa verde» que prefiguraba la historia que luego ampliaría, desarrollaría y perfeccionaría en su tercer libro, *La Casa Verde*, una novela ambientada entre los arenales de Piura, al norte del Perú, y la selva amazónica, en especial el poblado de Santa María de Nieva. Ese año optaron por el Premio Sésamo 176 novelas de entre cincuenta y cien páginas, resultando ganadora, por unanimidad,

El piquete, de José Tomás Cabot, un joven médico de Manresa. Aquella versión primigenia de una de las novelas mayores de Mario Vargas Llosa, que sería galardonada con el Premio Rómulo Gallegos en 1967, no pasaría el segundo corte del jurado.

Como explica Carlos Aguirre, antes de su publicación, *Los jefes* debió ser purgado por la censura del Ministerio de Información y Turismo, que funcionaba en el Paseo de la Castellana, en el edificio del actual Ministerio de Defensa. El trámite como es descrito por Vargas Llosa tenía algo de caricaturesco, pues implicaba dejar el manuscrito del libro en una casilla y volver a los días para conocer el veredicto de los censores. Según reseña Aguirre:

El 6 de abril, Vargas Llosa le escribe a Abelardo Oquendo: «Mi libro está en la censura. El jueves me lo devuelven, ojalá sin recortes». En la siguiente carta, del 17 de abril, le informa: «La censura me devolvió el libro, junto con una extensa carta en la que pide a Dios que me dé larga vida, después de indicarme, secamente, que suprima las palabras "puta" y "maricón". Está casi listo. Me lo entregarán dentro de unos diez días. Te mandaré un ejemplar por avión». En efecto, Vargas Llosa cambió «puta» por «perra» en el cuento *Hermanos* (p. 130) y «maricón» por «soplón» en el cuento *Los jefes* (p. 38).

Ambos términos serían repuestos posteriormente.

Las prácticas de la censura franquista debieron impresionarlo profundamente, pues fue una de las peculiaridades sobre la que más insistió veinte años después, en la evocación *Cuando Madrid era aldea*. Además de hacer un recuento de algunos autores prohibidos —Ortega y Gasset, Sartre, Camus, García Lorca, Valle Inclán o los más licenciosos libros de caballerías—, ahí dice:

Los diarios y revistas eran simplemente ilegibles, por anticuados y porque la censura, además de prohibir todo lo que el régimen consideraba peligroso o pecaminoso, obligaba a los órganos de prensa a presentar las noticias y textos que dejaba de pasar, adobados y enfocados de tal modo que equivalía a desfigurarlos o hacerlos

incomprensibles. Sólo la prensa extranjera más conservadora ingresaba al país, en tanto que, por ejemplo, *Le Monde* y el *Herald Tribune* eran frecuentemente prohibidos, así como *L'Express* o *Le Nouvel Observateur*. Para enterarse de lo que ocurría en el mundo, y en la propia España, los españoles recurrían a las radios extranjeras. En la pensión donde yo vivía [...], era un rito riguroso, cada noche, a la hora de la cena, sintonizar las emisoras en español de la Radio Televisión Francesa, en las que, por obra del azar, terminaría trabajando yo como redactor una vez que, terminados mis estudios madrileños, me fui a vivir a París.

Más adelante, en 1963, cuando intentase publicar su primera novela (que seguía llamándose *Los impostores* y después se llamaría *La morada del héroe*), volvería a experimentar en carne propia los caprichos de los censores del régimen. Primero, debió sobreponerse a la desmoralización por los muchos rechazos que sufrió el manuscrito. Envío la novela a Ruedo Ibérico (editorial de los exiliados españoles en París) y a Losada, sin suerte. Se la mostró a Claude Couffon, conocido hispanista y amigo suyo, que la hizo llegar a Maurice Nadeau, director de *Les Lettres Nouvelles*, revista a la que Vargas Llosa había estado suscrito en Lima, cuya respuesta fue demoledora. Por su lado, el escritor peruano Sebastián Salazar Bondy recomendó la novela a Ediciones Era, en México, y a Juan Goytisolo, mientras que Julio Cortázar, a quien frecuentaba en París, la envió a la Editorial Mortiz, también de México. Todas fueron negativas.

Cuando había abandonado la idea de publicarla y estaba sumido en el pesimismo, Couffon le propuso a Vargas Llosa enviar la novela a Carlos Barral, editor de Seix Barral. Lo hizo sin ninguna esperanza, convencido, luego de la seguidilla de devoluciones, de que la novela era inmadura y que, de ser aceptada por la editorial española, sería la censura franquista la que impediría su publicación. Sin embargo, el libro deslumbró a Barral que, de inmediato, le propuso publicarla. Para esquivar la censura, ideó una estratagema: presentarlo al Premio Biblioteca Breve. Si lo ganaba, los censores no tendrían más remedio que aceptar su publicación.

La tarde del 2 de diciembre de 1962, Julia recibió un télex enviado desde Madrid a su apartamento de París, con el resultado del Premio Biblioteca Breve. Corrió a la Radio Televisión Francesa a buscar a Mario,

a quien abrazó con lágrimas. El fallo del jurado formado por Carlos Barral, José María Castellet, Juan Petit, Víctor Seix y José María Valverde era rotundo: «a pesar de la alta calidad de los originales presentados, por primera vez en su historia se ha concedido por unanimidad el Premio Biblioteca Breve, 1962, a la novela de título provisional *Los impostores*, de Mario Vargas Llosa».

Como temía el escritor, la censura franquista sería un escollo difícil de salvar para la publicación del libro. En el documental *Mario y los perros*, el director Chema de la Peña reconstruye el tortuoso proceso de negociación de un año. En julio de 1962, unos meses antes de la concesión del Biblioteca Breve, Manuel Fraga Iribarne había sido nombrado ministro de Información y Turismo, en un intento del régimen por mostrar unas señas de apertura. Este puso al mando de la censura a su cuñado, Carlos Robles Piquer, un diplomático sin ningún vínculo con el mundo de la literatura, que se desempeñaba con el inocuo cargo de director general de información. A pesar del discurso del régimen, la voluntad censora seguía siendo férrea, y el 65 % de los libros presentados por Seix Barral eran prohibidos.

La novela de Vargas Llosa entró a la Oficina de Censura el 16 de febrero de 1963. A los nueve días, llegó el dictamen temido que, de por sí, era una verdadera pieza de literatura involuntaria. El libro era prohibido, «por una marcada complacencia con las frases obscenas, sobre todo en la de adulterio incestuoso [...], en la de los actos de sodomía [...], en la de las escenas de voluptuosa depravación [...], en la meramente literaria [...] y en la bestialidad», así como por estar plagado «de palabrotas de cuartel y prostíbulo», poner «en solfa al capellán de la academia [...] y dejar mal parada la rectitud y el valor de los mandos militares del centro», «pero, sobre todo, por la fruición salaz con que el autor entra en los pormenores de una honda depravación juvenil».

Una vez recibido el informe, Barral inició una ofensiva para revertirlo. Envío una carta al Ministerio solicitando una segunda evaluación de gracia, que fue respondida un mes después. En el nuevo dictamen se establecía que, para que la novela viera la luz, habría que modificar textos en 37 de sus páginas. Vargas Llosa y su editor no aceptaron estas condiciones y coincidieron en Madrid para reunirse con Robles Piquer en las oficinas del edificio de la Castellana. El encuentro fue tenso. El censor asistió acompañado por un profesor catalán. Este no había leído el libro y pareció distraído durante el encuentro, hasta que, al calor de la dis-

cusión, su superior le hizo prestar atención al prorrumpir en un grito: «¡Pero es que se tiran a una gallina!».

La discusión avanzó y, a pesar de su intransigencia inicial, Robles Piquer pareció ceder, pues había leído la novela y, a pesar de su carácter disidente, reconocía su calidad literaria. Finalmente, el escritor y su editor lograron torcerle el brazo para que accediera a la publicación en España. Para ello, aceptaron la modificación de ocho pasajes. Por ejemplo, Piquer protestó porque al jefe del colegio militar, un coronel «bajo y gordo», se le adjudicaba el «vientre de una ballena», algo intolerable porque ridiculizaba a la institución militar. A cambio, Vargas Llosa sugirió otorgarle un «vientre de cetáceo», lo que fue admitido. En otro momento, se afirmaba que al capellán del colegio se le había visto «muchas veces, vestido de civil, merodeando por los prostíbulos del Callao, con aliento a alcohol y ojos ardientes». Desde ese momento, el curita pasó a merodear «los bajos fondos del Callao», y sus ojos se volvieron «viciosos». Curiosamente, la escena de la gallina, que tanta alarma había producido a Robles Piquer, permaneció intacta.

En esos primeros años en Madrid, Vargas Llosa escribía, se intoxicaba de literatura leyendo novelas de caballerías y vivía los primeros triunfos de su dilatada carrera. Julia, por su lado, consiguió trabajo como dactilógrafa y se matriculó en un curso de cultura general en el Instituto de Cultura Hispánica (actual local de AECID), próximo a la Ciudad Universitaria, donde trabó amistad con un grupo de jóvenes peruanos, a los que pronto se integró su esposo. Fue con ellos que decidieron formar un grupo para participar en el II Festival de Folclore Hispanoamericano, organizado por el propio Instituto, que premiaba a los ganadores con un recorrido por España con todos los gastos pagados.

El conjunto estaba integrado por un trío de guitarristas y cantantes, entre los que se contaba José Temes, estudiante de periodismo y de dirección de cine, miembro de la tuna de Bellas Artes y el único español del grupo a quien tenían prohibido hablar para que su acento no revelara su nacionalidad. El cajón peruano estaba a cargo de Paúl Escobar, «un gordito simpático y discutidor, siempre detrás de las muchachas», que se volvería muy amigo de Vargas Llosa, y que «vivía mal y estudiaba algo, aunque sin mucha convicción, y siempre andaba contando chistes». Mario y Julia formaban una de las cinco o seis parejas de bailarines.

Ensayaban por las mañanas, alrededor de un tocadiscos, y pronto dominaron un repertorio de marineras, tonderos, huaynos, valeses, cuecas

y alcatraces, bailes típicos de la costa y la sierra del Perú, con que se presentaron al concurso, que se celebró una tarde de junio de 1959 en el parque de El Retiro. El grupo quedó segundo, después de la representación de Argentina, con la que compartió el premio. Antes de emprender el viaje, actuaron para Televisión Española, en los históricos estudios del Paseo de la Habana. De esa presentación no queda registro, pues fue emitida en directo y, por entonces, no existía la costumbre de grabar esas transmisiones.

Todos los testimonios coinciden en asegurar que el viaje fue memorable. Subido en un autobús, el grupo pasó por Cáceres, Valencia, Barcelona y Zaragoza, y también estuvieron en Palma antes de volver a Madrid. Actuó sobre todo en plazas de toros, acompañado por tunas, comparas, bandas y otras compañías folclóricas españolas. Sobreviven algunas fotos de ese entonces, donde los artistas aparecen ataviados con trajes típicos y Vargas Llosa asoma sosteniendo una guitarra, tocado con un chullo de borlas que se adivinan coloradas o con un sombrero de paja como los de la Piura de su infancia. Aquel breve coqueteo con el *show-business* concluyó con un espectáculo en la plaza de toros de Las Ventas, en el que, entre otros ritmos, el escritor bailó marinera y alcatraz.

De vuelta en Madrid, luego de la aventura del grupo folclórico de baile, el matrimonio regresó a sus rutinas. Mario retomó el horario de lecturas y trabajo que se había autoimpuesto antes de la gira, y sus días volvieron a terminar en Jute, bajo la mirada inquisitiva (y bizca) del camarero Martínez. Pero otro personaje se había sumado a esas tardes en que, bajo el manto de humo que sobrevolaba el comedor de la tasca, Vargas Llosa peleaba afanosamente contra las palabras de la que sería su primera novela: Paúl Escobar, el peruano que tocaba el cajón en el conjunto. El gordito Escobar aparecía a eso de las seis y siempre repetían el mismo diálogo:

—¿Todavía vas a escribir?

—Sí, media hora más.

—No, ya basta, vamos a pasear.

Entonces abandonaban Jute. A decir de Vargas Llosa, «era muy agradable salir a caminar con él, muy chistoso verlo escudriñar, perseguir y piroppear a las chicas». Un día dijo que se marchaba a París y desapare-

ció. Aunque pensaron que no volverían a verse, se reencontraron poco después, cuando Julia y Mario dejaron Madrid para irse a Francia. El Escobar parisino estaba muy cambiado: se había vuelto serio y responsable, estudiaba de verdad y, para subsistir, cuidaba a un anciano y cocinaba en un restaurante mexicano con cuyas sobras alimentaba a sus amigos. Finalmente, cuando se graduó, comenzó a dar clases en el Liceo de Montivilliers.

Una mañana le anunció a Vargas Llosa que se volvía al Perú para unirse al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de inspiración marxista-leninista, para el que se había desempeñado como contacto en París, recibiendo y ubicando a los jóvenes que pasaban unos días en la capital francesa antes de viajar a La Habana para recibir su formación guerrillera. Su principal líder, Luis de la Puente Uceda, había viajado a China, recibido entrenamiento militar en Cuba y, en 1964, decidió iniciar una lucha armada en tres frentes que cubrían el norte, el centro y el sur del Perú: Piura, Junín y Cusco. Paúl Escobar fue asignado a este último y moriría al lado del propio de la Puente Uceda, en un enfrentamiento con el ejército peruano en la zona de Mesa Pelada, selva del Cusco.

Los fines de semana, los esposos recorrían los alrededores de Madrid, y visitaron Toledo o Segovia. A veces llegaban más lejos, como cuando pasaron la semana de Fallas en Valencia. Cumpliendo los anhelos de Mario iban mucho al teatro, aunque este apenas logró satisfacer sus deseos de ver representadas las piezas clásicas españolas.

O mejor dicho, la única pieza del Siglo de Oro que vi en Madrid, en ese tiempo, fue *La dama boba*, de Lope de Vega, montada por una compañía universitaria cuyo actor principal era Ricardo Blume, ¡un peruano! La indigencia del teatro era pavorosa: colmaban la cartelera sainetes o astracanadasseudofarsescas y acarameladas. Alfonso Paso era el dramaturgo de más éxito, y los grandes dramaturgos modernos de España, de Valle Inclán a García Lorca, no se escenificaban jamás. [...] El anacronismo del teatro español en los años cincuenta no era sólo el de las obras que subían a los escenarios: también la actuación, la dirección, la escenografía, todas las técnicas y recursos teatrales parecían haber quedado petrificados tal como los sorprendió la Guerra Civil.

El cine, al que también asistían con bastante frecuencia, estaba afectado por los recortes de la censura. Las películas que no prohibía

... llegaban a los cines horriblemente mutiladas, al extremo, a veces, de parecer cortometrajes. Además de las tijeras, la censura se ejercía también en el doblaje, que suavizaba o alteraba de tal modo los diálogos originales para adaptarlos a la moral imperante, que se producían a veces situaciones muy cómicas (la más famosa adulteración del doblaje fue convertir en hermanos a la pareja de amantes de *Mogambo*).

Además, frecuentaban los viejos cafés madrileños, «donde se reunían poetas tan viejos como ellos, a la antigua usanza, en esas célebres “peñas” o “tertulias” que llenan tantas páginas de la literatura española y donde uno podía departir con ilustres polígrafos». Como contó Vargas Llosa, varias veces se sumó a la tertulia que el dramaturgo Antonio Buero Vallejo, ganador del Premio Cervantes en 1986, encabezaba en el Café Gijón. Curiosamente, años después, en 2012, el escritor uruguayo Ruben Loza Aguerrebere publicaría la novela *Muerte en el café Gijón*, donde el histórico local del Paseo de Recoletos nacido en 1888 se vuelve la escena del crimen de un escritor, convirtiendo a varios de sus habituales en personajes de la ficción, como el periodista Juan Cruz, Plinio Apuleyo Mendoza y el propio Mario Vargas Llosa.

Según relata Julia Urquidi en *Lo que Varguitas no dijo*, su libro de memorias, una tarde ambos fueron al circo haciéndose acompañar por la hija del matrimonio Bergua. La función resultó muy divertida —los trapecistas, los payasos, los malabaristas—, hasta que el domador apareció en escena con sus fieras. Era un hombre joven e inexperto que, de pronto, perdió el control de una pantera, que saltó la malla de seguridad y aterrizó en medio de las tribunas, ocasionando el pánico y los alaridos del público, que se precipitó a buscar las salidas más cercanas. En cambio, Julia, Mario y la hija de sus arrendadores permanecieron quietos, paralizados en sus asientos, por precaución o pánico, hasta que el domador, revoleando su látigo con desesperación, consiguió controlar a la pantera, la devolvió a la pista y retomó el espectáculo.

Otra vez, Vargas Llosa iba a buscar libros a la Cuesta de Moyano, ese coqueto plano inclinado que comunica el Paseo del Prado con la



La Cuesta de Moyano, por donde Vargas Llosa solía pasar en sus caminatas luego de trabajar en el borrador de *La ciudad y los perros*, y donde compró buena parte de los libros de Azorín que tuvo.

puerta del Ángel Caído del parque de El Retiro, famoso por sus casetas de libros de segunda mano instaladas delante del Jardín Botánico. «La tenía muy cerquita [de la pensión de Doctor Castelo] y, entonces, venía siempre dándome una vuelta, y la tentación era terrible». Como contó en una entrevista con la periodista Karina Sainz Borgo:

La cuesta de Moyano la conozco desde que vine a Madrid por primera vez, cuando era todavía un estudiante de la Complutense. En esa época, era un gran lector de Azorín. Creo que buena parte de los libros de Azorín que tengo los compré en Moyano. [...] Todos los bibliógrafos que buscan libros antiguos, libros viejos, saben que, tarde o temprano, aquí en la Cuesta de Moyano los van a encontrar.

Junto con aquellas exploraciones librescas, el pasatiempo que Vargas Llosa disfrutaba más en el Madrid de finales de los años cincuenta eran

las corridas de toros de la plaza de Las Ventas, a las que asistía puntualmente. Uno de los objetos míticos de su infancia era una capa de paseo que, según la leyenda familiar, había sido regalada por Juan Belmonte a su bisabuelo, y se había aficionado a la fiesta brava desde que, siendo un niño, vio, en el Cine Rex de Cochabamba, la película *Sangre y Arena*, con Tyrone Power, Linda Darnell, Akim Tamiroff y Rita Hayworth.

Gocé, sufrí y soñé tanto con ella —me la sabía de memoria y además la reprodujimos varias veces en el vestíbulo y los patios de la profunda casa cochabambina donde vivía la tribu familiar— que nunca he querido volverla a ver, temeroso de que aquella inolvidable historia sentimental, de amores heroicos y corridas épicas, vista hoy día desencantara y aniquilara uno de mis mejores recuerdos de la infancia.

La película fue un curso intensivo de tauromaquia que lo preparó para aquella tarde soleada en que, con ocho o nueve años, su abuelo Pedro lo llevó de la mano por la larga cuesta que subía a El Alto, la montaña desde donde se divisaba todo el valle de Cochabamba, y donde quedaba la pequeña plaza de toros de la ciudad, para ver la primera novillada de su vida: «Todo era hechicero y exaltante en el inolvidable espectáculo: la música, los jaleos de la afición, el colorido de los trajes, los desplantes de los espadas, y los mugidos con que el toro expresaba su dolor y su furia».

Continuó asistiendo a los toros cuando la familia volvió a Lima, llevado por sus tíos Juan, Jorge o Lucho. Iban a la plaza de Acho, en el distrito del Rímac, y se mantuvo fiel a su afición en los años siguientes, llegando a empeñar su máquina de escribir para ver a su ídolo, el malagueño Antonio Ordóñez, que lo deslumbró desde su primera corrida:

No recuerdo haber visto entusiasmo igual ni haber sentido como esa vez que lo que ocurría allí en el ruedo era una magia aterradora y excelsa que me asustaba, hechizaba, entristecía y alegraba. Su lentitud, sus poses estatuarias, su serenidad y su dominio del toro, su desprecio del riesgo, tenían algo escalofriante, interpelaban a la muerte y eran belleza en estado puro. Ver torear a Ordóñez casi siempre me levantaba del asiento.

Seguiría viendo a Ordóñez una vez en España, tomando trenes y emprendiendo viajes interminables para llegar a las plazas donde le tocaba torear, llegando a fantasear con la idea de hacerse su amigo para acompañarlo por todo el país a lo largo de una temporada, al cabo de la cual escribiría un libro donde relataría la experiencia. Esperaba que esa crónica fuera

... mejor que todos los cuentos y ensayos taurinos que había escrito Hemingway, un escritor que yo admiraba mucho y al que leía con pasión, salvo cuando escribía de toros, porque, aunque le gustaban mucho, me daba la impresión de que nunca los entendía a cabalidad, que se quedaba sólo con lo que la fiesta tenía de peor, la brutalidad, y que se le escapaban su misterio, su delicadeza, su estética y esa extraña virtud de exponernos en ciertos momentos privilegiados, con desnudez total, la condición humana.¹

Fue, justamente, en la Plaza de las Ventas, durante una tarde de la feria de San Isidro, donde Vargas Llosa vería por única vez al propio Hemingway, bajando los graderíos de sombra del brazo de Ava Gardner, hasta sus asientos en la barrera.

Parecía igual que su mito: grande, fuerte, vital, ávido y feliz, un verdadero dueño del mundo. Y, sin embargo, por debajo de esa apariencia de triunfador había empezado ya la irremisible decadencia del titán, la intelectual y la física, esa desintegración que lo iría empujando en los años siguientes hacia el disparo de Idaho, como a uno de sus héroes de malograda virilidad, tema obsesivo de sus historias.

El matrimonio cerró su primer año en Madrid cumpliendo la tradición de recibir las doce campanadas y comer las uvas en la Puerta del Sol.

1 Hemingway publicó libros como *Muerte al atardecer* (*Death in the afternoon*), donde explicaba el ceremonial y presentaba su particular visión sobre el mundo del toreo; *El verano peligroso* (*The dangerous summer*), que reunía las crónicas escritas entre 1959 y 1960 sobre la rivalidad entre el propio Ordóñez y su cuñado Luis Miguel Dominguín (un libro muy parecido al que imaginó Vargas Llosa), y, en especial *Fiesta* (*The sun also rises*), que relataba el viaje de un grupo de amigos desde París a las Fiestas de San Fermín en Pamplona.

Caminaron hasta Cibeles para asistir a un espectáculo de fuegos artificiales, luego fueron a una fiesta ofrecida por unos amigos y, más tarde, rozando el amanecer, comieron chocolate con churros.

Con el final de la beca, tuvieron que ajustar su presupuesto, viéndose obligados a dejar la pensión de Doctor Castelo por otra más humilde, oscura y céntrica. En verano se caldeaba tanto que, para estar frescos, antes de dormir mojaban las sábanas y se envolvían con ellas. Fue por esos días que Mario propuso a Julia marcharse a París y ella aceptó. Terminaba la primera estadía de Vargas Llosa en Madrid, de donde se iría en el anónimo, montado en un vagón de tercera clase, sin haber concluido la tesis sobre Rubén Darío, después de su pasajero éxito gracias a los relatos de *Los jefes*, con la convicción de que no volvería a perder el tiempo dedicándose a nada que no fuera la literatura y con el manuscrito de la novela que había estado escribiendo metido en una maleta. La concluiría dos años más tarde, en una humilde buhardilla de la rue de Tournon y, luego de descartar sus dos primeros títulos (y otros, como *Colegio militar*, *Las cuadras* o *La edad de oro*), terminaría bautizándola *La ciudad y los perros*.

3. TESTIMONIO PERSONAL DEL AUTOR



El Perú donde crecí olía a dinamita y pólvora. Como todos los niños de mi generación, me acostumbré a vivir en un país sumido en la más sobrecogedora crisis económica, donde los apagones, la escasez, la pobreza y el desaliento campaban. La violencia política practicada por el Partido Comunista Peruano-Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru trazaba una estela de asesinatos, masacres y secuestros que alcanzaba a todas las familias (en mi caso, un tío muy querido murió a causa de la bomba que, una tarde de junio de 1992, destruyó las instalaciones del Canal 2, en el distrito de Jesús María).

Siguiendo la estrategia diseñada por Abimael Guzmán (su cabecilla), Sendero Luminoso había iniciado el tránsito del campo a la ciudad, y Lima, que por años había atestiguado las barbaridades cometidas en la sierra y parte de la selva peruana, donde las víctimas solían ser humildes campesinos, se convirtió en el nuevo blanco del terrorismo, que en poco tiempo multiplicó sus actividades. Para enfrentarlo, el gobierno del presidente Belaunde decretó el toque de queda y las fuerzas del orden lanzaron una ofensiva donde los abusos fueron frecuentes. Visto desde el presente, me resulta asombroso que viviera aquellos años con absoluta

naturalidad, pensando que lo normal era que las explosiones retumbaran detrás de los cerros, la luz de casa se fuera en mitad de la noche, uno se encontrara de casualidad en medio de una balacera, un coche bomba pudiera reventar a cualquier hora y en cualquier lugar, las ventanas estuvieran cruzadas por tiras de cinta adhesiva para impedir que los cristales nos hirieran si los alcanzaba la onda expansiva de un dinamitazo, los colegios impartieran cursos que enseñaban a reaccionar ante una herida de guerra y la prensa diaria empaleara las esquinas con las imágenes más explícitas de los asesinatos de cada jornada. Es uno de tantos ejemplos de la capacidad de adaptación del ser humano.

En ese ambiente desolador, las razones para sentir orgullo eran escasas. Algunos contados triunfos deportivos —en especial, el equipo femenino de voleibol, que llegó a ser subcampeón olímpico—, el descubrimiento de una gastronomía que treinta años más tarde asombraría al mundo y, quizá la más importante, la existencia de un compatriota que, habiendo vivido en Europa desde los veinte años, gozaba de prestigio internacional y había recibido toda clase de reconocimientos gracias a una sucesión de novelas magistrales que se alimentaban de las violencias, complejidades y contradicciones de su lugar de origen y que, al retratar sus luces y sombras, su geografía y sus gentes, convertían al Perú en un caleidoscopio del mundo y en un muestrario de la condición humana. ¿Cómo era posible semejante fenómeno en un lugar con los escasos índices de lectoría del país? ¿Quién era ese portentoso escritor de ficciones?

Aunque era muy conocido gracias a novelas como *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Conversación en La Catedral* o *La guerra del fin del mundo*, y a sus tomas de posición en los artículos que publicaba en la prensa o difundían las entrevistas que periódicamente ofrecía, en el Perú la popularidad de Mario Vargas Llosa se catapultó poco después de que, el 28 de julio de 1987, en su discurso a la nación por Fiestas Patrias, el presidente Alan García anunció sus intenciones de confiscar la banca. De este modo, siguiendo el ejemplo de Salvador Allende en Chile y José López Portillo en México, García pretendía que el Estado asumiera el control del sistema financiero. El escritor se opuso frontalmente a esa medida, con artículos y pronunciamientos públicos, y luego, el 21 de agosto de ese año, en el «Encuentro por la libertad», una manifestación que congregó a más de cien mil personas en la plaza San Martín del centro de Lima, donde fue el principal orador.

Aquel discurso fue el punto de partida de una carrera en política activa para Vargas Llosa que, unos meses después, anunció su intención de postular a la presidencia de la república. A esas alturas de su vida, hacía tiempo que había dejado de ser el socialista convencido, defensor de la revolución de los barbudos en Cuba. A comienzos de los setenta había roto con el régimen de Fidel Castro a raíz de una serie de desilusiones (en especial, el patético espectáculo de la autocrítica forzada al poeta Heberto Padilla) y, luego de recibir los peores ataques de la izquierda y pasar un período de aislamiento e incertidumbre, había transitado al liberalismo político y económico, doctrina que para entonces profesaba y promovía. De golpe, su nombre estaba en todas las portadas de los diarios y las pantallas de televisión, criticando las políticas populistas de Alan García y promoviendo una alternativa de capitalismo popular con respeto por la propiedad privada, la democracia y los Derechos Humanos.

Como tantísimas otras en las clases medias y altas peruanas, mi familia simpatizó desde un primer instante con esa candidatura. En mi casa nunca se vivió ni se volvería a vivir la efervescencia política de esos días. Todavía puedo ver a mis papás saliendo por la tarde para asistir al «Encuentro por la libertad» y volviendo por la noche, muy tarde, eufóricos, bañados en confeti, con banderitas peruanas y tocados con vinchas blancas y rojas con la palabra «Libertad» impresa. Luego, apoyarían su postulación a la presidencia, en una campaña llena de vaivenes y sorpresas.

De esa temporada recuerdo, en especial, una tarde a la salida del colegio. Yo debía de tener doce o trece años, y acompañé a mi mamá a Miraflores, a una reunión con un grupo de primas, hermanas y tías. Estaba sentado en un rincón, en silencio, viéndolas tomar té y bizcotelas, escuchándolas hablar de la candidatura de Vargas Llosa, cuando una de ellas, la mayor y la única con experiencia en política, que hasta ese momento había permanecido pensativa, rompió su silencio para decir: «A mí me encanta Vargas Llosa, pero me han dicho una cosa que no sé si debería contarles».

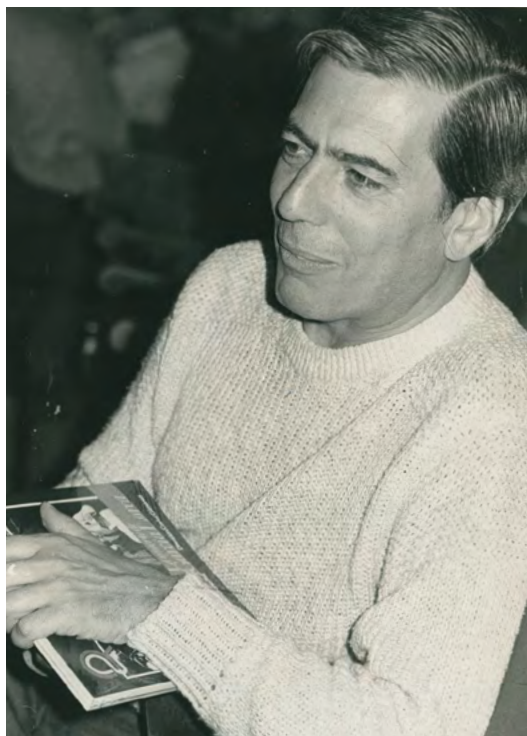
Hubo murmullos, protestas; varias voces inquietas pidieron, insistieron en que contara lo que sabía. Por fin, después de hacerse de rogar, mi tía pareció doblegarse, soltó un suspiro y dijo que revelaría el secreto a condición de que no saliera de ahí. Entonces tomó aire y bajó la mirada, que levantó un instante después para prorrumpir, agitando los brazos y alargando las vocales: «¡Es ateo!».

Vargas Llosa nunca había declarado su ateísmo y sí, por tratarse de un tema que superaba su entendimiento, su condición de agnóstico. Esta, por supuesto, era una sutileza irrelevante para las señoras de mi familia que, en ese momento, se mostraron más que indignadas por lo que pareció resultarles peor que una traición personal. Pero para mí, lo más importante ocurrió a continuación, cuando, en medio del revuelo ocasionado por ese descubrimiento insoportable, una voz que nunca identifiqué se impuso a las demás para añadir, tajante: «Y sus novelas son asquerosas...».

Como es lógico, semejante afirmación consiguió que, atezado por la curiosidad, lo primero que hiciera nada más volver a mi casa fuera rebuscar las estanterías, hasta encontrar la única novela suya que teníamos en casa: una edición de Seix Barral de *La ciudad y los perros*. En esa primera lectura creo que fueron tan importantes la profunda impresión que me produjeron las venturas y desventuras del Poeta, el Jaguar, el Esclavo o el teniente Gamboa, sometidos a las terribles leyes no escritas del machismo, el grupo, el poder y la violencia del Colegio Militar Leoncio Prado, como el hecho de leer el libro en secreto, a escondidas, sintiendo que estaba haciendo algo prohibido, pecaminoso y, por tanto, que estaba portándome como un rebelde, casi un réprobo.

El hecho es que, aunque había comenzado a leer literatura con enorme entusiasmo, instilado por los profesores de mi colegio, el descubrimiento de *La ciudad y los perros* resultó decisivo. Además de reafirmar mi vocación literaria, desde entonces me convertí en un lector voraz de la obra de Vargas Llosa, costumbre que no abandoné durante la universidad ni luego, cuando ya había agotado su bibliografía y tenía que aguardar, con una mezcla de curiosidad, esperanza y ansiedad, a que su siguiente libro fuera publicado.

En los años siguientes me lo cruzaría algunas veces, pero sería en 2010 que, por fin, lo conocería en persona. Por entonces, yo conducía un programa periodístico en la televisión peruana, para el que quería hacerle una entrevista. Para conseguir la exclusiva llegué al extremo de la impertinencia, acosándolo con llamadas, correos electrónicos, mensajes a través de amigos en común, rondando su casa de Barranco y saliéndole al paso en los eventos a los que sabía que asistiría cuando estaba en Lima. Recuerdo que me lo crucé una vez en las escaleras del frontis del Museo de la Nación, cuando yo salía y él llegaba a la inauguración de una exposición, y que, al ver que me acercaba y adivinar mis intenciones, su esposa Patricia me fusiló con la mirada: «Esto es el colmo. Inaudito».



Aunque para entonces ya era un escritor de prestigio mundial, la presencia de Mario Vargas Llosa en su país natal, el Perú, se multiplicó cuando decidió postular a la presidencia del Perú, en 1990.

Por fin, probablemente harto de mi persistencia, Vargas Llosa me concedió la entrevista. Fue un diálogo de cuarenta minutos en su departamento con vistas al mar de Barranco donde hablamos de política y literatura. Tiempo después, supe que le había gustado.

Sería la primera de muchas entrevistas que le haría: en una caminata matutina alrededor del Central Park de Nueva York a la mañana siguiente del anuncio de la concesión del Nobel de Literatura, durante la semana de entrega del premio en Estocolmo o en su casa en Madrid, en el momento más álgido de la segunda vuelta de la campaña presidencial peruana de 2011, que enfrentó a Ollanta Humala con Keiko Fujimori (una posibilidad que, en la primera entrevista que sostuvimos, para Vargas Llosa era como «elegir entre el sida y el cáncer terminal»).

Pero nuestra relación se estrechó de veras cuando, luego de perder mi trabajo, decidí cumplir un sueño largamente acariciado: armé mis maletas y me marché a Madrid, con la idea de vivir un par de años ahí, mientras terminaba el proyecto de novela que tenía avanzado. Desde entonces, a Vargas Llosa lo frecuenté con cierta regularidad. A veces me invitaba a almorzar —una comida que comenzaba rigurosamente a las dos y terminaba, por reloj, a las tres de la tarde, cuando subía al altillo de su casa, a ver los noticieros de Antena 3 y Televisión Española—; o coincidíamos por las mañanas (éramos vecinos de la plaza de Ópera), al momento en que aparecía con Patricia para comenzar su habitual caminata, mientras yo salía a correr hasta la cuesta del Paseo de Moret; o me lo encontraba en alguna inauguración o presentación de libro; o lo visitaba para ver algún partido de fútbol —fue memorable el Mundial de Brasil 2014, en que, con un grupo de amigos como la editora Pilar Reyes o el ensayista Carlos Granés, organizamos una porra a la que se sumó con gran entusiasmo—; o me hacía participar en alguna de las actividades que organizaba la Cátedra Vargas Llosa, su fundación, donde al poco tiempo, por su intermedio, comencé a colaborar. La Cátedra inició una transición en el año 2018 y, a mediados de 2020, en plena pandemia del coronavirus, Vargas Llosa me nombró su director.

4. LA OBRA



Para el año 2000, cuando compra el piso de la calle Flora y hace todavía más frecuentes sus estancias en Madrid, Mario Vargas Llosa había publicado más de una docena de novelas que lo habían consagrado como uno de los mayores escritores de nuestro tiempo. Figura capital del boom latinoamericano, a *La ciudad y los perros* habían seguido *La casa verde*, la violenta castración de Pichula Cuéllar y sus consecuencias en *Los cachorros*, esa novela total sobre el mundo degradado por la sordidez y el uso abusivo del poder que es *Conversación en La Catedral*, las juguetonas andanzas del capitán Pantaleón Pantoja y sus desvelos burocráticos por fundar el mejor servicio de visitadoras sexuales en *Pantaleón y las visitadoras*, y las pellejerías autobiográficas del joven Varguitas, prospecto de escritor que se enamora de su tía boliviana al mismo tiempo que conoce

a Pedro Camacho, portentoso guionista de radionovelas y odiador consumado de argentinos, en *La tía Julia y el escritor*.

Esta etapa de obras maestras, clásicos instantáneos que siguen leyéndose con el mismo entusiasmo y asombro que en sus primeras ediciones, se cerró con *La guerra del fin del mundo*, que cuenta la historia del predicador Antonio Conselheiro, quien, desde la moral exacerbada del fundamentalista, fundó Canudos, un pequeño pueblo de iluminados y menesterosos que se enfrentó a ese sinónimo del maligno que para ellos era la república y que, luego de derrotar a sucesivas expediciones militares, fue arrasado por los cañones, fusiles y sables del grueso del ejército del Brasil. *La guerra del fin del mundo* supuso un cambio en la temática de Vargas Llosa, cuyos libros, hasta ese momento, habían transcurrido casi exclusivamente en el Perú. Ahora, motivado por la lectura de *Os Sertões* de Euclides da Cunha, cambiaba esa geografía para adentrarse en el nordeste brasileño, territorio asolado por la pobreza, la sequía y las plagas, donde los terratenientes eran dueños no solo de sus plantaciones, sino también del destino y la vida de los yagunzos o campesinos que los habitaban y trabajaban.

Aunque el Perú mantiene su lugar de privilegio, desde entonces Vargas Llosa se permitió salir de sus fronteras, y ambientar pasajes y novelas enteras fuera de él. Es lo que pasa con *El hablador*, que arranca con el avistamiento, en una vitrina de Firenze, de un puñado de objetos y fotografías de la selva peruana pero, en su mayor parte, transcurre en esa Amazonía, donde moran los contadores de cuentos machiguengas; con los frecuentes viajes que, en medio de sus escarceos eróticos, emprenden doña Lucrecia y don Rigoberto en *Elogio de la madrastra* y *Los cuadernos de don Rigoberto*; con esa República Dominicana de *La fiesta del Chivo*, infectada por la perversidad y megalomanía del dictador Rafael Leonidas Trujillo, a punto de ser asesinado por un puñado de conspiradores; con la Francia y el Reino Unido de la revolución industrial, que animaron a Flora Tristán a buscar el paraíso en el socialismo, mientras su nieto Paul Gauguin lo hacía en la pintura y la contemplación en la Martinica y la Polinesia Francesa, como se describe en *El paraíso en la otra esquina*; con el Congo cuyas riquezas —bajo el reinado de Leopoldo II de Bélgica— son salvajemente explotadas, en medio de castigos corporales, mutilaciones y asesinatos de la población local, abusos que son denunciados por Roger Casement, protagonista de *El sueño del celta*, quien termina condenado a muerte por buscar el apoyo alemán, en plena Primera

Guerra Mundial, para la causa de la independencia de Irlanda, su país; finalmente, ocurre también en *Tiempos recios*, donde se narra la historia de la Guatemala de mediados del siglo xx, con los pormenores del golpe militar, instigado por la United Fruit Company y apoyado por los Estados Unidos, que desembocó en la caída de Jacobo Árbenz y la unción de Carlos Castillo Armas como dictador.

En este proceso, la literatura de Mario Vargas Llosa recaló varias veces en España y, específicamente, en Madrid. Lo hizo en *Travesuras de la niña mala* (2006), un libro que acompaña la vida de Ricardo Somocurcio, un joven limeño que, a lo largo de cuatro décadas y con los grandes cambios sociales de la segunda mitad del siglo xx como telón de fondo, se encuentra y desencuentra con la niña mala, el primer amor de su vida, una relación tormentosa e itinerante, que sucede con largos intervalos en distintas ciudades del mundo.

Como suele ocurrir en las ficciones de Vargas Llosa, en *Travesuras de la niña mala* la realidad y la ficción se retroalimentan a través de un permanente juego de vasos comunicantes. Por ejemplo, en su segundo capítulo («El guerrillero») nos encontramos con Paúl, un joven peruano de unos veinticuatro o veinticinco años que es «un barrilito con pies —muy, muy gordo—, simpático, amiguelero y conversador» y que «andaba siempre con una gran sonrisa en la boca que le inflaba los cachetes». Somocurcio lo conoce en París, pero Paúl venía de vivir un par de años en Madrid, donde se casó con una chica de Burgos con la que acababa de tener un hijo.

Se trata, obviamente, de un personaje inspirado en Paúl Escobar que, como hizo quien probablemente fue el mejor amigo de Mario Vargas Llosa en su primer período madrileño, trabaja de ayudante de cocina en el restaurante México Lindo, del que hurta comida para repartirla entre los latinoamericanos insolventes. Seducido por el éxito de Fidel Castro, quiere exportar la revolución socialista al Perú y colabora con Luis de la Puente Uceda como apoyo de los jóvenes del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), que deben hacer escala en París antes de irse a Cuba a entrenarse como guerrilleros. Paúl acoge a una joven que termina siendo la niña mala, aquella muchachita de la que Ricardo Somocurcio seguía prendado desde su infancia limeña, con la que se reencuentra. Al igual que su modelo real, el joven rechoncho y simpático muere habiendo vuelto a su país a pelear la lucha armada, luego de que su columna es cercada en «Mesa Pelada, una montaña al este de la ciudad de Quillabamba, en el valle cusqueño de La Convención».

Luego de volver a coincidir con ella en París, Londres o Tokio, Somocurcio se encuentra por última vez con la niña mala en Madrid. El capítulo *Marcella en Lavapiés* es, además del desenlace de la novela, un recorrido por la ciudad que comienza, justamente, en el barrio de Lavapiés, «antaño enclave de judíos y moriscos», que hace cincuenta años

... era considerado uno de los barrios más castizos de Madrid, donde se conservaban, como curiosidades arqueológicas, el chulapo y la chulapa y demás personajes de las zarzuelas, guapos de chaleco, gorra, pañuelo al cuello y pantalones ajustados, y Manolas embutidas en vestidos de lunares, grandes aretes y sombrillas y pañuelos ceñidos sobre unas caballeras recogidas en moños esculturales.

Ricardo Somocurcio se muda a Lavapiés pensando que se encontrará con un barrio madrileño muy tradicional, pero llega a un lugar muy distinto, donde todos los vecinos parecen ser «importados» del resto del mundo y los españoles «procedían de todos los rincones de España y con sus acentos y su variedad de tipos físicos contribuían a dar a esa mazamorra de razas, lenguas, dejes, costumbres, atuendos y nostalgias de Lavapiés el semblante de un microcosmos. La geografía humana del planeta parecía representada en su puñado de manzanas».

El protagonista vive con Marcella, su pareja, en un tercer piso minúsculo de la calle Avemaría:

... una Babilonia en la que convivían mercaderes chinos y paquistaníes, lavanderías y tiendas hindúes, saloncitos de té marroquíes, bares repletos de sudamericanos, narcos colombianos y africanos y, por doquier, formando grupos en los zaguanes y las esquinas, cantidad de rumanos, yugoslavos, moldavos, dominicanos, ecuatorianos, rusos y asiáticos. Las familias españolas del barrio oponían a las transformaciones los viejos usos haciendo tertulia de balcón a balcón, poniendo a secar la ropa en cordeles tendidos en aleros y ventanas, y, los domingos, yendo en parejas, ellos con corbatas y ellas de negro, a oír misa a la iglesia de San Lorenzo, en la esquina de las calles del Doctor Piga y del Salitre.

Mientras Marcella trabaja en casa, Somocurcio —que se gana la vida como traductor—, copiando la costumbre que Vargas Llosa cogió desde sus tardes en Jute o sus visitas al Gijón, prefiere hacerlo en el Café Barbieri, «donde pasaba varias horas al día, traduciendo, leyendo y observando la fauna que frecuentaba el café y que nunca me aburría, porque encarnaba todo lo multicolor de esta naciente Arca de Noé en el corazón del viejo Madrid». Con sus pisos ajedrezados y su interior penumbroso, el mítico Barbieri, que en 2023 cumplió 120 años, parecía

... un decorado expresionista del Berlín de los años veinte o un grabado de Grosz o de Otto Dix, con sus paredes desportilladas, sus rincones oscuros, sus medallones de damas romanas en el cielorraso y sus cubículos misteriosos donde, parecería, se podían cometer crímenes sin que los parroquianos se enteraran, apostar sumas enloquecidas en partidas de póquer en las que salieran a relucir cuchillos, o celebrar misas negras. Era enorme, anguloso, lleno de vericuetos, techos sombríos con plateadas telarañas, mesitas enclenques y sillas cojas, bancas y repisas a punto de desmoronarse de puro gastadas, oscuro, humoso siempre lleno de gente que parecía disfrazada, una masa de extras de una comedia bufa apretujada entre bambalinas esperando salir a escena.

A pesar de que ahí lo asaltan por primera vez en su vida, Somocurcio siente que Lavapiés es su casa. A veces, Marcella se encuentra con él en el Barbieri y juntos dan un paseo por el barrio, que llegan a conocer al dedillo y siempre los sorprende. Ella es diseñadora de escenografías teatrales, y Somocurcio también la acompaña «a la Biblioteca Nacional a consultar grabados y libros, a visitar artesanos y anticuarios» y «al infalible recorrido dominical al Rastro», donde busca referencias para perfilar, mejorar o contrastar sus proyectos. Será en el café Barbieri donde el niño bueno y la niña mala se encontrarán por última vez.

Madrid estará presente años después, en las dos ocasiones que, por sorpresa, Vargas Llosa volverá a un género —el relato corto—, que no practicaba desde *Los jefes* (aunque las historias de Pedro Camacho que contraponen *La tía Julia* y *el escritor* pueden ser considerados como tales). Ambos son relatos crepusculares, que reflejan las preocupaciones y demonios literarios que con la edad comenzaron a rondar al escritor,

además de homenajes a la ciudad donde Vargas Llosa, como Ricardo Somocurcio, logró sentirse en casa.

En 2019, *El hombre de negro* apareció publicado en la revista *Letras Libres*. Su protagonista es Antenor Montalvo, un «actor fallido y en proceso de desintegración psicológica y moral», que «vivía en la insolencia en una pensión de mala muerte de Lavapiés que no pagaba hacía tres meses y estaba dándole vueltas en su cabeza a la idea de suicidarse». Montalvo se siente un fracasado, pues nadie lo contrata para trabajar, «salvo para hacer de mayordomo o chofer en comedias de dudoso gusto o papelitos aún más insignificantes en telenovelas y películas del montón» y porque vive una vida vacía, sin parientes ni amigos, ya que los primeros murieron y se ha distanciado de los últimos, avergonzado de «que pagaran siempre ellos la caña o la copa de vino en la tasca», por lo que ha dejado de asistir a su vieja tertulia. Vive «aislado en una soledad neurótica y enfurruñada» y, salvo las veces que consigue algún trabajito, pasa sus mañanas y tardes en ese mismo lugar que al joven Mario Vargas Llosa le sirvió de refugio a su llegada a Madrid, donde volvería con frecuencia en las siguientes décadas para leer y trabajar: la Biblioteca Nacional del Paseo de Recoletos.

Un día, el exitoso director de teatro Pedrito Adrianzén convoca a Montalvo a una reunión en el café Gijón para contarle un proyecto. Se trata de *Los cuentos de la peste*, la adaptación libre que el propio Vargas Llosa hizo del *Decamerón* de Bocaccio, que se presentó en el Teatro Español de Madrid y en la que actuó en el papel de Ugolino. Montalvo estaría en escena de principio a fin de la puesta, pero sin decir una sola palabra pues, muy influenciado por el teatro japonés, Adrianzén piensa incluirlo como «el hombre de negro», el *kuroko*, que aparece en todos los espectáculos del kabuki como una presencia muda, invisible para el elenco pero no para los espectadores, a quienes recuerda que aquello que están viendo no es la vida, sino una representación de la misma.

Al principio, Antenor Montalvo se siente insultado por la oferta, que le parece un descenso a una condición incluso peor que la de los intrascendentes roles que se ha acostumbrado a interpretar, pues pasará de mayordomo, portero o chofer a objeto inanimado. Adrianzén lo convence diciéndole que el hombre de negro también puede ser visto como el dios de la representación y que quien pensó en darle ese papel no fue él sino la actriz Aitana Sánchez-Gijón.

Comienzan los ensayos en un sótano del Teatro Español y, en los largos paréntesis en los que los demás preparan las escenas y él, por su papel,

se limita a esperarlos, Montalvo tiene tiempo para pensar. Descubrimos que nació en el Perú, que estudió en el colegio San Agustín y que ingresó a la facultad de Letras de la Universidad Católica con la verdadera intención de matricularse en el TUC (Teatro de la Universidad Católica), «uno de los pocos lugares donde podía formarse un actor en aquel tiempo en el Perú». En el breve año que estuvo allí, solo alcanzó a actuar una vez, en un pequeño papel de una obra de uno de los autores más insignes del Siglo de Oro español, cuyo teatro soñaba con ver el Vargas Llosa que acababa de ganar la beca Javier Prado y estaba por embarcarse a Madrid: Pedro Calderón de la Barca. ¿El director de la puesta? Nada menos que Ricardo Blume, el actor principal de *La dama boba*, la única pieza del Siglo de Oro que llegó a ver en ese tiempo pretérito.

Resignado, el padre de Antenor Montalvo lo envió a España para que completara su formación dramática y «alcanzara el éxito». Este nunca llegó y, cuando comprende que no fue por falta de suerte o apocamiento, sino por escasez de talento, el actor toma la decisión de quitarse la vida ingiriendo un frasco de anfetaminas. Decide posponer ese trágico momento cuando le ofrecen trabajar en *Los cuentos de la peste*.

Finalmente, la obra es presentada y, aunque «la crítica no había sido muy buena con la obra, tampoco muy mala, y, por supuesto, nadie había mencionado siquiera al "hombre de negro"», Montalvo vive una temporada de sosiego, incluso alegría, en la que puede permitirse el lujo de comer dos veces al día y hasta juntarse con sus compañeros para tomar un bocadillo con una caña o un vaso de vino en la pequeña cafetería del teatro.

Se suceden las funciones, en las que, desde su papel inanimado, contemplativo, Antenor Montalvo cree percibir un hecho sobrenatural. Desde el principio, un momento en las postrimerías de la obra le producía «un curioso desasosiego, la inquietante sensación de que algo inesperado e importante iba de pronto a ocurrir, algo que no figuraba en el texto ni el montaje de la obra». Se trataba de un episodio del *Decamerón* titulado «El halcón», donde un empobrecido galán sacrificaba a su querida ave de caza para ofrecer un almuerzo decente a la mujer de sus sueños. Sentado a ras de suelo, hecho una estatua en su papel del hombre de negro, Montalvo contempla a Aitana Sánchez-Gijón, transmutada en la heroína de «El halcón», que daba tres vueltas y media al escenario, a poca distancia de él. Por fin, el viernes de la sexta semana, descubre que algo extraordinario está ocurriendo, que solo puede advertirse desde su

lugar: cada vez que pasa por su lado, ve que la actriz levita, sus pies se elevan unos centímetros del suelo. ¿Está alucinando o el milagro realmente ocurre?

Más sorprendente todavía fue *Los vientos*, que también apareció en *Letras Libres*, en 2021. Ambientado en los últimos días del otoño —«la época más bonita de Madrid»—, ocurre en un Madrid distópico, del futuro, donde las clases medias son el ochenta por ciento de la humanidad, se ha derrotado al sida, al cáncer y al estreñimiento, pero, al mismo tiempo, se están cerrando los últimos cines, las novelas son encargadas a ordenadores, está en marcha una campaña para que el Estado expropie todo el papel y lo incinere (el propósito: eliminar gérmenes), solo quedan cuatro librerías, la India y la China son las potencias predominantes, y donde un anciano con la memoria en ruinas ve que el mundo que conocía está desapareciendo mientras lo asaltan, con una frecuencia que va en aumento, unas flatulencias o «vientos intempestivos».

Sufre este fenómeno durante la raleada manifestación de protesta por la clausura de los cines Ideal de la plaza de Jacinto Benavente con la que empieza la narración y en la visita que hace con su compadre Osorio a la última librería que se abre en la ciudad —en realidad «la biblioteca de un vejete de Malasaña que ha puesto en venta sus existencias antes de partir al otro mundo»—, donde, no es casualidad, compra un libro de un autor que el propio Vargas Llosa asocia íntimamente con ese Madrid auroral que conoció en 1958 y cuyas obras, como se ha mencionado, adquiriría compulsivamente en la Cuesta de Moyano: una compilación de ensayos sobre literatura argentina de Azorín.

Aferrado tercamente al mundo donde creció, que se diluye como el papel mojado y en el que las bibliotecas han sido erradicadas, recuerda nostálgico ese mismo lugar donde Mario Vargas Llosa se atrincheraba para leer, entre nubarrones de frío, sus amadas novelas de caballerías:

Me gustaba la atmósfera tranquila y algo conventual de la Biblioteca Nacional del Paseo de Recoletos, el silencio religioso de sus salones de lectura, la secreta complicidad entre los que estábamos allí, en nuestras carpetas, leyendo al resplandor de las lamparitas de luz azulada. Cuando la Biblioteca Nacional de España cerró sus puertas también hubo una manifestación, pero, a diferencia de la de hoy, allí sí acudió bastante gente. La tristeza por la

desaparición de esa institución parecía compartida por todos los presentes, en los ojos de algunos de los cuales juro que vi lágrimas. En Madrid aquella despedida fue pacífica. No así en París, donde el día que cerraron la Biblioteca Nacional la protesta fue violenta, con incendio y hasta muertos y heridos, creo.

El gran arrepentimiento de este anciano, el único que permanece imborrable en su memoria venida a menos, es haber abandonado a Carmencita, el gran amor de su vida, «por una mujer que no valía la pena» y cuyo nombre ha olvidado, en lo que considera «un enamoramiento de la pichula, no del corazón».

Al final de la manifestación en la puerta de los cines Ideal, siente «algo extraño en la cabeza, algo que pasó luego a recorrerme todo el cuerpo, como un escalofrío». En realidad, ha perdido la consciencia del lugar donde está y, en su extravío, ha olvidado el camino de vuelta al cuartito donde vive. Desorientado por la amnesia, muerto de miedo, inicia un recorrido a tientas que lo lleva de la plaza Jacinto Benavente a la plaza del Ángel, a la calle Carretas y, por fin, a la Puerta del Sol, un lugar «donde había mucha gente y además placas, un reloj, banderas, policías y entradas y salidas del metro, tenía que ser importante. Pero no reconocía nada».

Luego de descansar en el bordillo de una fuente y dar una vuelta, en fila por la calle Arenal y llega a la plaza de Isabel II, frente al Teatro Real, donde vuelve a hacer una pausa. Cuando se levanta, rodea el teatro y desemboca en la plaza de Oriente, desde la que ve el Palacio Real. En un guiño a los recorridos matinales con que empezaba sus días, Vargas Llosa añade:

Recordaba este lugar e, incluso, pensé que allá, en la noche de los tiempos, había paseado por aquí, cuando caminaba o incluso corría en el Paseo del Pintor Rosales, que, por supuesto, estaba cerquita, en esa dirección.

Mientras el personaje se acerca al parque de Debod («allí estaba la mole egipcia que vagamente recordaba»), reflexiona sobre la menguante importancia de los museos en el mundo que le toca vivir, y recuerda con exaltación sus visitas al Prado:

... que solía estar siempre lleno, sobre todo en los veranos. Mucha gente prefiere ahora ver los cuadros en las pantallas, igual que Osorio. ¡Como si fuera lo mismo ver a un Goya o a un Velázquez o a un Rembrandt originales que en la imagen de una computadora!

Se sienta en uno de los jardines y, mientras ve a unos turistas que fotografían el Templo de Debod, piensa:

«Alguien me había dicho que aquí mismo, durante la guerra civil, estaba el Cuartel de la Montaña. Y que, cuando se levantó Franco, los militares de este cuartel se levantaron también, pero el pueblo de Madrid vino en masa, abrió las puertas del cuartel y perpetró una gran matanza de soldados. ¡Qué tiempos aquellos! Ahora nada se mueve en España, donde no volverá a haber guerras civiles. Menos mal. El «franquismo» actual es de otra índole: sin caudillos ni partidos extremistas, sin fusilamientos ni torturas, todo muy científico, apoyado en la física y las matemáticas, y, sobre todo, en el dominio absoluto de las pantallas y las imágenes sobre la razón y las ideas».

Sus reflexiones lo llevan a cavilar sobre la situación de las ratas domésticas, esos animales que aborrece, pero que, en la sociedad que habita, han sido elevados a la categoría de mascotas domésticas, luego de que los veterinarios decretaran que ya no acarrean enfermedades (algo en lo que insistían las sociedades animalistas), pues la ciencia consiguió erradicar de ellas los gérmenes y microbios. En esa realidad paralela, los paseos que Vargas Llosa daba con Paúl Escobar partiendo de Jute en esas tardes que escribía *La ciudad y los perros*, que a veces los llevaba por los verdes senderos del parque de El Retiro, se convierten en un momento pesadillesco:

Por las ratas he dejado de pasear en el Retiro las mañanas de buen tiempo, algo que antes me encantaba. Ellas se han apoderado de ese hermoso parque; están por todas partes, trepándose a los árboles, bañándose en el estanque, se suben a los pies de los paseantes y mueven sus colas pardas para que les echen comida. Y hay que espantarlas con delicadeza para que no te llamen la atención

los vigilantes o te pongan una multa por ser desconsiderados con esos prójimos «de sangre caliente». ¿Qué sangre no es caliente?

Por eso, celebra una súbita invasión de zorros que, por un tiempo, limpian Madrid de esos indeseables aunque pulquérrimos roedores.

De pronto, el anciano despierta de un sueño en que ha caído sin darse cuenta. Ensimismado en sus razonamientos, se descubre sentado en uno de los asientos de piedra de la plaza de Oriente y, aliviado, nota que ha recuperado la memoria y recuerda perfectamente dónde queda su cuartito. El lugar es un nuevo guiño de Vargas Llosa, pues hace que la dirección coincida exactamente con la del piso que ocupó en Madrid:

Sabía perfectamente que, bajando por esa callecita encontraría, en la esquina y a la derecha, la Plaza de Isabel II, y que de allí arrancaba la callecita de mi casa. Se llamaba la calle de la Flora, por supuesto. El número uno era el de mi cuartito y su baño, en la azotea. No estaba exaltado ni triste. Ahora recordaba que esa corta callecita era la de mi casa y que se llamaba, por supuesto, claro que sí, y lo repito de nuevo: la calle de la Flora. Es muy corta. Mi casa estaba en la próxima esquina, en el encuentro con la calle Hileras, exactamente donde comienza la placita de San Martín, que, luego, se abre y se ensancha en la Plaza de las Descalzas. Allí se halla uno de los conventos más antiguos de Madrid, lleno de cuadros, que solo se abre al público los domingos y donde hay siempre una larga cola de gente para entrar.

También cuenta que «había allí el espectáculo acostumbrado: la cola de taxis, los choferes formando grupos y fumando o conversando, una pareja muy joven, sentada en una banca y acariciándose, los dos quioscos de periódicos cerrados y, en la desembocadura de la calle Arenal, que iba hacia la Puerta del Sol, un perrito solitario tratando de morderse la cola».

Cuando por fin ha llegado al portón del edificio donde queda su cuartito, descubre un nuevo contrat tiempo: ha olvidado la llave. Teme verse obligado a pasar la noche al fresco, a dormir a la intemperie, cuando aparece un hombre con bastón, algo mayor, a quien recuerda a medias y en quien, aunque nunca se le nombre, el lector reconoce un trasunto del propio Mario Vargas Llosa. Este se cuela en el relato para permitir que

su protagonista cruce el portón, entre por la puerta de viviendas y suba por el ascensor. Se despide en la tercera planta, donde vive, mientras el anciano sube hasta la quinta.

Tanto *Los vientos* como *El hombre de negro* abordan algunas de las obsesiones que más acuciaban a Vargas Llosa al tiempo que los escribió. Luego de una vida intensa y plena, en la que había viajado por el mundo, escrito grandes novelas y recibido todos los galardones imaginables, potenciada hasta sus límites gracias a esas vidas paralelas que son las ficciones (las escritas, pero también las leídas), el escritor comenzaba a sentir el paso del tiempo y la irremediable proximidad del final. Pero, como declaró en varias entrevistas, más que la muerte, le repelía la decadencia:

Ser inmortal me parecería aburridísimo. Mañana, pasado, el infinito... No, es preferible morir. Lo más tarde posible, pero morir. [...] Lo que yo detesto es el deterioro. Las ruinas humanas. Es algo terrible, lo peor que podría pasarme. Por ejemplo, ahora tengo problemas de memoria. La memoria la tuve siempre muy lúcida. Recordaba las cosas, y noto cómo se ha empobrecido.

Esa idea, enfrentada con valentía, desde la autoconsciencia, subyace en el fondo y la forma de *Los vientos*. En el fondo, porque su protagonista es un personaje de edad avanzada, que advierte la merma en su físico y su memoria y que, de hecho, mientras reflexiona sobre los cambios en el mundo, vive una pequeña epopeya joyceana, recorriendo desorientado el centro de Madrid porque sus recuerdos comienzan a ser cubiertos por una bruma tan intensa que, de pronto, descubre ha olvidado la dirección de su vivienda. Y en la forma, porque Vargas Llosa —eterno experimentador— reproduce esa sensación de ambigüedad e incertidumbre que acompañan al paulatino proceso de pérdida de facultades intelectuales con una estrategia muy audaz y acertada: repitiendo párrafos e ideas de manera insistente, obsesiva, y haciendo que el flujo de la consciencia del personaje se interrumpa una y otra vez para preguntarse si eso ya lo ha contado, porque no recuerda si lo hizo, lo que nos sumerge en la nebulosa de su desorientación y perplejidad, y nos hace partícipes de la impresión de ansiedad y fragilidad que conllevan.

En otras palabras, el genio y la intuición narrativas de Mario Vargas Llosa son capaces de poner a su servicio una de las peores pesadillas del

escritor (Gabriel García Márquez dejó la escritura de *En agosto nos vemos* porque el avance de la demencia senil le impedía saber si la novela era buena o mala), metamorfoseándola en virtud y propuesta innovadora. No es arriesgado trazar un paralelo entre este retrato de una mente que se desmorona por la edad y el primer capítulo de *El ruido y la furia* de William Faulkner, que, con una sucesión de frases que se interrumpen, superponen y contradicen, reproduce el pensamiento entrecortado, inconexo, anárquico, arbitrario e infantil de Benjy, el hijo idiota de la familia Compson.

Otro tema presente en *Los vientos* es la enfermedad. En esta historia futurista, los grandes avances de la medicina han permitido erradicar algunos de los peores padecimientos del hombre. Ha sido gracias a esos progresos que el anciano sigue vivo, pues logró curarse de un mal que en otro tiempo (nuestro tiempo) habría sido potencialmente mortal: «Yo sobreviví a un cáncer de la sangre, sin ir más lejos».

Como se reveló, en el verano de 2020, a Vargas Llosa le fue diagnosticada una afección sanguínea. A diferencia de en *Los vientos*, era incurable y, aunque los modernos tratamientos oncológicos podían alargar su expectativa de vida, era claro que se iniciaba un proceso irreversible. Prefirió mantener esta situación en reserva y solo informó de ella a su tribu familiar y a sus amigos más cercanos. Por lo demás, sus rutinas diarias permanecieron inamovibles, incluyendo sus caminatas matutinas y sus horas de escritura, los siete días de la semana.

Y, finalmente, *Los vientos* es un gran homenaje a Madrid. Un testamento personal, que incluye un detallado recuento de aquellos lugares —calles, parque, plazas— donde Vargas Llosa se acostumbró a experimentar sus pequeñas alegrías cotidianas: sus paseos, su trabajo, sus visitas al cine, a los museos, a restaurantes, al teatro, etcétera. En él aparecen ese Madrid de los Austrias, del que el escritor hizo su hogar, así como el paseo del Pintor Rosales, el Templo de Debod y al parque del Oeste, que recorrió diariamente y llegó a conocer al dedillo.

Así como Ricardo Somocurcio en *Los vientos*, Antenor Montalvo en *El hombre de negro* ha sido vencido por la vida y está resignado a que el tiempo en que sus sueños de fama y éxito actoral debieron materializarse ha quedado atrás, sobrepasado por una mezcla a partes iguales de incapacidad y mala suerte. Para él, poder actuar en una obra profesional como *Los cuentos de la peste*, con proyección y a sala llena, es un regalo del destino que, al menos por una temporada, lo saca del marasmo y la



Antes de salir a escena en el Teatro Español para representar el papel del duque Ugolino en *Los cuentos de la peste*.

mediocridad. Vargas Llosa no hubiese podido escribir este cuento sin su paso por el teatro y, como en *Los vientos*, hace un guiño literario por el que se inmiscuye en la acción —en este caso, de manera implícita, pues no aparece ni de soslayo, como ocurre con el hombre que abre la puerta del edificio donde vive el desorientado Somocurcio—, jugando con las fronteras entre la realidad y la ficción que separan la representación de *Los cuentos de la peste* que él mismo protagonizó, de la que hablaremos más adelante, de aquella que recrea en el relato. Además de la redención de Montalvo, cuya triste vida cobra sentido al atestiguar el pequeño milagro de Aitana Sánchez-Gijón, homenajea, en la persona de la actriz, a todos aquellos que, de manera profesional o amateur, se atreven a subir a un escenario para protagonizar otra clase de milagro: transformar en carne y hueso, es decir, darle vida a aquello que en un comienzo fueron solo palabras en la imaginación de un dramaturgo.

Como *Los vientos*, que explora la decadencia del cuerpo y la mente, sometidos al inevitable maltrato de la edad, y que —difuminados y recubiertos por la imaginación y la técnica narrativa, en ese proceso que Mario Vargas Llosa bautizó «*striptease invertido*»— trasluce los temores

y reflexiones que comenzó a albergar después de tomar conocimiento de su enfermedad, *El hombre de negro* es un relato crepuscular. Sin embargo, es escrito bajo el influjo de una de las experiencias más intensas y deslumbrantes que al novelista le tocó vivir en el último tramo de su vida: subir a los escenarios.

Como siempre contó, el teatro fue su primera pasión de juventud —«Había descubierto la fascinación de las historias interpretadas en un escenario, gracias a *La muerte de un viajante*, de Arthur Miller, que la compañía argentina de Francisco Petrone llevó a Lima, en los años cincuenta»— y, si Lima hubiese tenido un movimiento teatral más activo en los años cincuenta, probablemente habría sido dramaturgo antes que novelista. Fue tanto su entusiasmo que, en 1952, cuando apenas tenía dieciséis años y cursaba el último año de secundaria en el colegio San Miguel de Piura, adonde había sido enviado luego de los dos años en el Colegio Militar Leoncio Prado, escribió *La huida del Inca*, un drama en tres actos —con un prólogo y un epílogo ambientados en la actualidad— que contaba los últimos días del emperador Atahualpa antes del derrumbe del incanato, y que llegó a estrenarse por la semana jubilar de Piura en el teatro Variedades, interpretado a sala llena por sus compañeros del colegio. Como si fuera un amuleto, Vargas Llosa llevaría toda su vida un programa de esa velada guardado en la billetera, amarillento, cuarteado y con la tinta mermada por el tiempo.

Aunque sería conocido sobre todo por sus novelas, esa afición nunca lo abandonaría y, además de *La huida del Inca*, escribiría un puñado de piezas teatrales: *La señorita de Tacna* (1981), *Kathie y el hipopótamo* (1983), *La Chunga* (1986), *El loco de los balcones* (1993), *Ojos bonitos y cuadros feos* (1996), *Odiseo y Penélope* (2006) y *Al pie del Támesis* (2008). Esto, sin contar las múltiples adaptaciones teatrales de sus libros, como *Los cachorros*, *Pantaleón y las visitadoras* o la versión de *La ciudad y los perros* que en 1982 dirigió el peruano Edgar Saba, y se presentó en la Sala Olimpia de la plaza de Lavapiés (hoy Teatro Valle-Inclán), con la participación, en el papel de *El Esclavo*, de un joven malagueño de 22 años que, con esa obra, vería despegar su carrera de actor: Antonio Banderas.

Las obras de Vargas Llosa se representaron en múltiples ocasiones en Madrid. *La señorita de Tacna* se estrenó en Buenos Aires en 1981, con Norma Aleandro en el papel principal, y, poco después, en septiembre de 1982, con la interpretación de Aurora Bautista y la dirección de Emilio Alfaro, en el Teatro Reina Victoria de la Carrera de San Jerónimo.

Dirigida por Miguel Narros, *La Chunga* —representación dramática de la mujer que regenta el prostíbulo de la novela *La casa verde*— fue estrenada en noviembre de 1987, con Nati Mistral como protagonista, en el desaparecido Teatro Espronceda.

La Chunga volvió a escenificarse en Madrid en el año 2013, como parte de una programación lanzada por el Ayuntamiento para reponer la obra dramática de Vargas Llosa. La puesta, que el escritor consideró una de las mejores que se había hecho de sus piezas teatrales, ocurrió en el Teatro Español y fue protagonizada por Aitana Sánchez-Gijón, en el papel de la Chunga, e Irene Escolar como Meche, una ingenua jovencita que es entregada en prenda por Josefino, un comensal que ha perdido su dinero jugando a los dados.

A ese mismo ciclo perteneció *Kathie y el hipopótamo*, que se representó en 2013, en las Naves del Matadero de Madrid, con la dirección de Magüi Mira. El papel protagónico recayó en Ana Belén, que encarna a Kathie, una adinerada dama de la alta sociedad peruana que vive en París y contrata a un joven para que le escriba un libro de viajes. La obra es una reflexión sobre uno de los temas favoritos de Vargas Llosa, la relación entre realidad y ficción, y, como contó en la rueda de prensa promocional, se basa en una experiencia personal, ocurrida durante su primer año de estancia en París cuando, para sobrevivir, ejerció toda clase de trabajos alimenticios. Uno de ellos, justamente, fue para una «adinerada señora» que había hecho «un viaje por lugares exóticos y quería “escribir” un libro», y lo contrató como escritor en la sombra porque estaba llena de ideas pero carecía «de palabras».

En el ciclo del Teatro Español también estuvo *El loco de los balcones* (2014), dirigida por Gustavo Tambascio y protagonizada por José Sacristán. Ahí, Sacristán interpretó a Aldo Brunelli, un anciano profesor italiano de historia del arte, viudo, afincado en el Perú y dedicado, junto a su única hija, a rescatar los tradicionales balcones coloniales limeños. Por cierto, fue la primera colaboración entre Sacristán y Vargas Llosa desde que, en 1975, el escritor dirigió su propia versión cinematográfica de *Pantaleón y las visitadoras*, en que el actor encarnaba al atribulado capitán Pantaleón Pantoja.

Más recientemente, el tradicional Corral de Comedias de Alcalá de Henares presentó *Al pie del Támesis*, una producción de la compañía mexicana Teatro Avante, con la actuación de Julio Rodríguez y Marilyn Romero. Ambos dan vida a Chispas Bellatín, que 35 años después se en-

cuentra en el Hotel Savoy de Londres con Raquel Saavedra, quien dice ser hermana de Pirulo, su mejor amigo de la infancia. Presentada el 25 y 26 de abril de 2025, fue una de las primeras funciones póstumas de la obra de Mario Vargas Llosa.

Pero la aventura que lo animó a escribir el relato *El hombre de negro*, y que estrechó como nunca su relación con el teatro, lo llevó a dejar su papel de mero autor y abandonar su escritorio para subir él mismo a un escenario y convertirse, aunque fuera por el tiempo que dura una función, en alguno de los personajes que fascinaron su imaginación, fue otra, que corrió paralela a los últimos estrenos de sus obras teatrales. La semilla fue instalada en el año 2000, cuando el novelista viajó a Turín para impartir unos cursos en la Scuola Holden, fundada por el escritor italiano Alessandro Baricco. Además de divertirse con las clases que ofreció a unos alumnos que lo sorprendieron por su pugnacidad y apasionamiento, Vargas Llosa conoció la existencia de un espectáculo «que ha recorrido los teatros de Italia, congregando multitudes, y alguna de sus versiones ha sido filmada y transmitida por la RAI». Se llamaba *Totem, delle lezioni sull'amore per la lettura* y, en él, Baricco, autor y protagonista, contaba, junto con otros actores:

... historias tomadas de escritores clásicos o modernos, Dickens, Céline, o de Guillermo Tell, la última ópera que escribió Rossini, revividas en el escenario literalmente, y enlazadas unas con otras a partir del efecto psicológico que causaron en quienes las resucitaban, explicándolas y leyéndolas en voz alta para compartir con el auditorio el placer, la sorpresa, la ternura o la angustia que aquellas lecturas les depararon.

Era un formato que renovaba «la más antigua y la más extendida de las tradiciones: en todas las culturas y civilizaciones, desde los tiempos más remotos, los seres humanos acostumbraban reunirse para escuchar historias». A Vargas Llosa le admiró profundamente, pues permitía llegar

... fácilmente a grandes públicos no literarios porque tiene la virtud de mostrar, en los textos y narraciones que él [Baricco] escoge y que trenza refiriéndolos a su propia experiencia y a la vida de nuestros días, cómo la buena literatura es diversión, una manera

exaltante de pasar el tiempo, cómo las buenas historias de los libros pueden excitar el ánimo ni más ni menos que un concierto de rock o un match de fútbol.

El espectáculo de Baricco impresionó muchísimo a Vargas Llosa:

Desde entonces me daba vueltas en la cabeza —como uno más de esos proyectos que la conciencia acaricia de tanto en tanto sabiendo que jamás se materializarán— la tentación de hacer algo parecido con algunos de esos textos queridos que de tanto releerlos o recordarlos se vuelven como miembros de la familia.

Un día lo comentó con el periodista Juan Cruz, por entonces responsable de la Oficina del Autor de PRISA, «hombre orquesta y fuerza de la naturaleza que nada olvida y, si es necesario, para realizar lo que se le mete entre ceja y ceja, hace hablar a las piedras y trinar a los hipopótamos». Pasado un tiempo, lo llamó para comentarle que existía una oportunidad y empujó el proyecto hasta que fue imposible echarse para atrás.

La primera decisión que Vargas Llosa tomó fue la elección de su acompañante en escena:

Ya estaba seguro de que si alguna vez se llevaba aquella idea a las tablas el personaje ideal para actuar en ella sería Aitana Sánchez-Gijón. No sólo porque es una excelente actriz, sino por su inteligencia y su cultura. No la conocía en persona, pero había escuchado una larga entrevista que le hicieron y me impresionó la seguridad y el buen gusto con que hablaba de literatura. ¿Aceptaría comprometer su prestigio en una aventura de esta índole? Aceptó y a partir de ese momento comencé a trabajar en serio en lo que hasta entonces no había pasado de ser una linda nebulosa.

La representación se basó en su libro de ensayos *La verdad de las mentiras*, donde comentaba algunos de los libros que más lo habían impactado en su larga trayectoria como lector. Seleccionó y adaptó varios textos clásicos —un fragmento de *El Quijote*, de Cervantes; *El mono*, de Isak Dinesen (Karen Blixen); *Una rosa para Emily*, de William Faulkner; *El infierno tan temido*, de Juan Carlos Onetti y *El Aleph*, de Jorge Luis Borges—, que

contó y dramatizó intercalándolos con números musicales. El proyecto terminó de coger forma cuando Joan Ollé fue incorporado como director. Fue él quien convenció a Vargas Llosa de no leer los textos, sino de narrarlos de manera espontánea, sin un guion preestablecido, como lo hacían los cuentacuentos ambulantes.

Por supuesto, era una aventura arriesgada: «Presa de una comezón angustiada, me pregunté: "¿No te estás metiendo en camisa de once varas?". La respuesta era obvia: definitivamente, sí. Una razón irresistiblemente atractiva para hacerlo, claro está». Como el espectáculo siguió evolucionando, y Ollé consiguió imponer otra idea nueva, que, por momentos, Vargas Llosa y Sánchez-Gijón pasaran de meros relatores a actores, llegando a encarnar a los personajes de los cuentos en diálogos o situaciones específicas, cuando estuvo listo y le preguntaron por él, el autor expresó la única duda que lo asaltaba:

Afortunadamente, contamos con Aitana Sánchez-Gijón, que es muy buena actriz, inteligente y gran aficionada a la lectura. El director, Joan Ollé, también está muy bien. Aquí, el único peligro soy yo, que, a mis 69 años y de manera tardía, he decidido trepar a un escenario.

Se suponía que la experiencia sería breve, de solo una función, pero el estreno en el Teatro Romea de Barcelona, el 6 de octubre de 2005, durante la celebración del Año del Libro y la Lectura (por los 400 años de la edición de la primera parte de *El Quijote*), echó a rodar una bola de nieve que se volvió imparable. El éxito del espectáculo los llevó a presentarlo al año siguiente durante la Feria del Libro de Guadalajara (México), a ofrecer tres funciones en el Teatro Español de Madrid, y luego en Lima, con la actriz Vanessa Saba en remplazo de Aitana Sánchez-Gijón. Para esta gira, Vargas Llosa añadió nuevos textos de Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, José María Arguedas y Francisco Ayala (que acudió en persona a ver una de las presentaciones de Madrid).

La verdad de las mentiras fue una aventura tan estimulante que, una vez terminada, a sugerencia de Basilio Baltasar, quien había remplazado a Juan Cruz en la Oficina del Autor de Alfaguara, Vargas Llosa se puso a trabajar en un segundo proyecto, todavía más ambicioso, que se presentaría en el Festival de Teatro Clásico de Mérida (España). Desde el



Con la actriz Aitana Sánchez-Gijón, durante una de las funciones de *Odiseo y Penélope*, obra que Vargas Llosa escribió para actuar en el Festival Internacional de Teatro Clásico de Mérida.

comienzo, estuvo seguro de que el texto que debía tratar de adaptar era *La Odisea*, el poema homérico que fascina a la humanidad desde hace tres mil años. El resultado fue *Odiseo y Penélope*, «una versión minimalista de la historia clásica, que los dos protagonistas cuentan, interpretan y leen, una vez concluida la matanza de los pretendientes y las siervas traidoras, en Ítaca». Vargas Llosa decidió meterse de lleno en el personaje del fabulador Odiseo, para lo que se dejó una larga y frondosa barba blanca, que se afeitó al final de su breve temporada de cuatro funciones.

Así describió el diario *El País* el estreno, en el histórico Teatro Romano de Mérida:

El Festival de Teatro Clásico de Mérida vivió la noche del pasado jueves uno de sus momentos históricos con el estreno de *Odiseo y Penélope*, una versión minimalista que el escritor Mario Vargas Llosa no sólo ha escrito, sino que se ha atrevido a interpretar, junto a Aitana Sánchez-Gijón, bajo la dirección de Joan Ollé y con un bello y sugerente espacio escénico creado por el pintor y escenógrafo Frederic Amat. Todo al servicio de esta historia homérica que el autor peruano define como «un mundo de cuentos y de apetitos en libertad».

Respetados los grandes episodios del poema, Vargas Llosa confiesa: «me he tomado libertades con el texto clásico y he evitado la tentación arqueológica». La presentación duró casi hora y media, y el público la siguió envuelto en un silencio conventual que se rompió al final, cuando los más de dos mil asistentes que abarrotaban las graderías se pusieron de pie para aplaudir a rabiar.

Odiseo y Penélope dio paso, en 2008, a la adaptación de otro clásico, *Las mil y una noches*, aquella compilación de relatos de la tradición árabe popularizados en los primeros años del siglo XVIII por el traductor francés Antoine Galland, donde el sanguinario rey Sahrigar, herido en su orgullo luego de descubrir que su esposa le es infiel, lleva un año casándose con doncellas, a las que hace decapitar por la mañana luego de desvirgarlas, a ritmo de una por noche. Interrumpe esta masacre cuando conoce a Sherezade que, gracias a su talento para contar historias que dejan en suspenso a su esposo, logra postergar su muerte, hasta que Sahrigar se enamora de ella y le perdona la vida. Vargas Llosa mantuvo la

colaboración con Aitana Sánchez-Gijón y Joan Ollé y, aunque intentó respetar la esencia del original, modificó algunos contenidos para adaptarlos a la sensibilidad contemporánea, además de evitar los relatos más conocidos. Los ensayos de *Las mil noches y una noche* ocurrieron en Madrid, durante los días más sofocantes del verano de 2008. Su estreno fue en julio, en los Jardines de Sabatini, dentro del festival Veranos de la Villa.

La última vez que Vargas Llosa se subió a un escenario también fue en Madrid. Como en *Odiseo y Penélope* y *Las mil noches y una noche*, el escritor escogió un texto clásico que, desde su concepción, fuera un homenaje al oficio de narrar historias y tuviera protagonistas como Odiseo o Sherezada, virtuosos en el arte de tejer realidades solo con palabras. A diferencia de los casos anteriores, *Los cuentos de la peste*, basada en el *Decamerón* de Boccaccio, fue una puesta en toda regla, en lugar de una representación cuyo núcleo eran las historias que se contaban, que empleaban a los narradores como medios para darse a conocer. En otras palabras, Mario Vargas Llosa debía actuar, es decir, meterse en la piel del duque Ugolino, un personaje recreado por su pluma, e interactuar con la Condesa de Santa Croce (Aitana Sánchez-Gijón), Boccaccio (Pedro Casablanc), Filomena (Marta Poveda) y Pánfilo (Óscar de la Fuente). Como en la obra original, los personajes deben recluirse en Villa Palmieri, a las afueras de Florencia, para escaparse de la peste que asola la ciudad y, en un intento por divertirse, se dedican a contarse historias a viva voz. La obra despertó una pequeña conmoción en Madrid, agotando las entradas con semanas de anticipación, y llegó a promocionarse en los enormes carteles luminosos de la plaza del Callao. Con ella, se cerró el ciclo de la obra de teatro de Vargas Llosa puesta por el Teatro Español. *Los cuentos de la peste* es, justamente, la obra en la que el escritor haría actuar a Antenor Montalvo, protagonista del relato *El hombre de negro*.

Mario Vargas Llosa volvió a territorios conocidos en 2022 cuando, luego de haber invertido los meses de encierro por la pandemia del coronavirus leyendo íntegramente la obra del autor nacido en Las Palmas de Gran Canaria, publicó *La mirada quieta (de Pérez Galdós)*, un detallado ensayo sobre Benito Pérez Galdós, el escritor que más amó a Madrid.

Como se sabe, Pérez Galdós era el menor de diez hermanos y, cuando tenía veinte años, fue enviado a estudiar Derecho a la capital por su madre, doña María Dolores de Galdós («de mucho carácter, llevaba los pantalones de la casa»), porque, al parecer, el joven enamoraba a Sisita, una prima que a doña María Dolores no le gustaba. Aunque vuelven a coincidir

en las primeras vacaciones en que Pérez Galdós vuelve a Las Palmas, ella pronto parte a Cuba. Los especialistas especulan si el escritor permaneció toda su vida soltero como una señal de luto por ese amor inconcluso.

Lo cierto es que, una vez en Madrid, el futuro autor de *Fortunata y Jacinta* se matriculó en la facultad de Derecho de la Universidad Complutense, que terminó abandonando para dedicarse al periodismo y la bohemia, ese movimiento de pintores, escritores y políticos que se congregaban en los cafés madrileños. Fue desde ese momento que el amor a la ciudad que lo había acogido comenzó a crecer en Pérez Galdós:

No lo ha tenido a ese extremo ningún otro escritor, ni antes ni después que este canario. Fue el más fiel y el mejor conocedor de sus calles y tugurios, comercios y pensiones, sus tertulias y chismes, sus tipos humanos, costumbres, oficios y negocios, hasta de las maneras defectuosas de hablar el español de algunos madrileños incultos y, por supuesto, de su historia.

Vargas Llosa resalta esta devoción desde el inicio del libro y, como prueba, pone por ejemplo los dos primeros capítulos de *Prim*, uno de los más conocidos *Episodios nacionales*, donde las «calles y pobladores parecen revivir como animados por una varita mágica —la prosa del autor—».

En esa misma novela, hay una descripción del Ateneo, donde Pérez Galdós estudió y leyó mucho, que es espléndida por la buena prosa en que está escrita y por la ajustada síntesis política que hace en ella de España en abril de 1862. Su visión es tranquila, muy serena, de ese mundo inmovilizado por la religión que describió.

[...]

Uno de los *Episodios nacionales* de la última época, titulado *Los duendes de la camarilla*, comienza con una espléndida descripción del Madrid más miserable, «una de sus más pobre y feas calles, la llamada de Rodas, que sube y baja entre Embajadores y el Rastro», donde vive precisamente una mujer de pueblo, Lucila Ansúrez, que se ha refugiado ahí con el capitán Bartolomé Gracián, al que ama y que está perseguido por el poder.

En el libro, el escritor también repara en:

... la gran concentración de madrileños que acompañaron los restos de Pérez Galdós hasta el cementerio de la Almudena el día de su entierro, el 5 de enero de 1920; al menos treinta mil personas acudieron a rendirle este póstumo homenaje, según la prensa. Aunque no todos aquellos que siguieron su carroza funeraria lo hubieran leído, había adquirido enorme popularidad.

Queda claro que esa insistencia en el apasionamiento que despertaron en Pérez Galdós las callejuelas, palacetes, avenidas y cafetines, pero también los tipos humanos que poblaban el Madrid que le tocó conocer, no es gratuita. Detrás de ella, apenas disimulada, se esconde el propio afecto que el escritor nacido en Arequipa, que un día de 1958 cruzó el océano para emprender una mudanza muy similar a la que el propio Benito Pérez Galdós se vio obligado a protagonizar cuando su tronante madre lo hizo dejar su isla natal, profesaba por la ciudad de Madrid, de cuyo panorama formó parte.

5. EL ETERNO VIAJERO



Luego de su primera estancia en Madrid, que concluyó en 1959, Mario Vargas Llosa mudaría su residencia varias veces. Pasó siete años en París, donde, además de concluir, en 1962, *La ciudad y los perros*, se divorció de Julia Urquidi para casarse, en 1965, con Patricia Llosa. Aunque luego vivió en ciudades como Barcelona, Lima y Londres, visitaría con frecuencia Madrid para presentar libros, dictar cursos y conferencias o encontrarse con sus amigos.

Una de esas vueltas ocurrió el 25 de junio de 1971, cuando defendió la tesis para obtener el grado de doctor ante la Universidad Complutense. Para entonces, Vargas Llosa había dejado de ser aquel estudiante anónimo que había llegado a Europa con sueños de grandeza literaria, y se había transformado en el prodigioso escritor que, con solo 35 años, había escrito *Los jefes*, *La ciudad y los perros*, *La casa verde*, *Los cachorros* y *Conversación en La Catedral*. Su objeto de estudio ya no era Rubén Darío, sino un escritor colombiano contemporáneo que, junto con él, conformaría la vanguardia del movimiento que revolucionaría la literatura de su tiempo: el boom latinoamericano.

La amistad entre Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez había comenzado de manera epistolar. Ambos intercambiaron numerosas cartas (el primero desde Inglaterra y el segundo desde México), en las que desarrollaron la idea de escribir, a cuatro manos, una novela sobre la guerra entre Perú y Colombia que había ocurrido en la selva amazónica. Vargas Llosa escribiría los capítulos peruanos y García Márquez los colombianos. Aunque a la larga naufragó (a decir de Vargas Llosa «porque García Márquez sabía mucho más de esa guerra y para mí era muy borrosa»), fue el germen de un vínculo que se estrecharía definitivamente en la ciudad de Lima, en 1967, adonde coincidirían para sostener un diálogo organizado por la Universidad de Ingeniería, que se publicaría posteriormente con el título de *Dos soledades*.

Como haría luego con otros textos académicos, Vargas Llosa partió de una serie de seminarios que ofreció en la Universidad de Puerto Rico y en el King's College de la Universidad de Londres, abarcando la obra que iba desde los primeros relatos de García Márquez hasta su consagración definitiva con *Cien años de soledad*. El resultado fue una monumental tesis que, al día de hoy, sigue siendo considerada el trabajo más concienzudo y esclarecedor de todos cuantos se han escrito sobre quien se haría acreedor del Nobel de Literatura en 1982. Se tituló *García Márquez: Lengua y estructura de su obra narrativa*, y recibió la calificación de sobresaliente *cum laude*. Luego, para su publicación, fue rebautizada *García Márquez: Historia de un deicidio*.

Curiosamente, por un despiste, luego de su defensa de tesis Vargas Llosa olvidó recoger el título que lo acreditaba como doctor en Filología Románica. La entrega ocurriría recién en 2016, 45 años después de la sustentación, en una ceremonia pública celebrada en el Museo del Traje, durante la edición de los cursos de verano de la Complutense que, en aquella ocasión, llevaron por título: «Borges en su siglo». Entonces, Vargas Llosa explicó divertido: «No recordaba no haberlo recogido. Durante algún tiempo pensé que lo habría extraviado en alguno de mis viajes». A su turno, Carlos Andradás, rector de la Complutense, también bromeó: «La Administración española es lenta, pero cumple».

La relación de Vargas Llosa con la Complutense no se detendría ahí. Durante años intervendría en los cursos de verano de la Universidad, ofrecidos en San Lorenzo de El Escorial, participando en charlas, debates y conferencias magistrales. Dos de ellos serían especialmente memorables: el diálogo con el ensayista Carlos Granés que dedicó a repasar sus

impresiones sobre el escritor colombiano Gabriel García Márquez y la entrevista que, en la edición dedicada a Julio Cortázar, realizó a Aurora Bernárdez, viuda del escritor argentino.

Aunque vivió en Barcelona, Lima y Londres, la presencia de Vargas Llosa en Madrid en los años venideros fue muy activa, convirtiéndose en uno de los principales animadores culturales de la ciudad. El 28 de octubre de 1981, por ejemplo, *La guerra del fin del mundo* fue presentada en la ciudad, en una ajetreada jornada que incluyó entrevistas y declaraciones a la prensa.

Lo mismo sucedió con *Historia de Mayta*, presentada el 30 de octubre de 1984 en la Universidad Autónoma de Madrid, en un coloquio que fue ganando tensión a medida que avanzaba, pues incluyó un debate sobre las ideas políticas de Vargas Llosa y duros cuestionamientos a la labor que el novelista había desempeñado hacía muy poco en su país, el Perú, donde fue encargado por el gobierno de Fernando Belaunde para presidir una comisión encargada de investigar un crimen que conmocionaba al país: la masacre de ocho periodistas, su guía y un comunero, el 26 de enero de 1983, en la comunidad andina de Uchuraccay, departamento de Ayacucho. Luego de visitar la zona y reunirse con distintos testigos, la comisión había llegado a una conclusión que sublevó a parte de la opinión pública peruana: la matanza no había sido responsabilidad de las Fuerzas Armadas peruanas, como se pensaba, sino de los propios comuneros de Uchuraccay que, aterrorizados por la situación de violencia y muerte que se había vuelto su vida diaria e incapaces de comunicarse con los recién llegados, mataron a los forasteros pensando que eran miembros de la banda terrorista Sendero Luminoso. Por esta afirmación, cuya veracidad terminó por ser constatada, se inició una campaña contra Vargas Llosa, a quien se acusó de intentar encubrir a los verdaderos asesinos. En Madrid, el novelista se defendió diciendo:

Para mí aquella fue una experiencia muy dolorosa y pienso que el informe de la comisión que presidí sigue siendo la verdad de lo ocurrido. Las fotos encontradas después no contradicen nuestra hipótesis. Lo que me parece intolerable es que se siga tratando de utilizar un episodio tan doloroso como aquel para sacar un beneficio político.

Justo en esos días, Vargas Llosa conocería a una concejala del Ayuntamiento de Madrid que lo sorprendería por la «claridad y rotundidad infrecuentes» con que defendía las ideas liberales: Esperanza Aguirre. Luego de escucharla la comparó con Juana de Arco, porque le pareció que promover el liberalismo de aquella forma era «la manera más rápida de precipitarse en la hoguera del desprestigio y la ruina». Sería el inicio de una larga amistad, además de una relación de complicidad política, que Vargas Llosa rememoraría cuando Aguirre anunció su renuncia a la Presidencia de la Comunidad de Madrid, en 2012:

No sólo ha sido uno de los escasos políticos de convicción de estos años en España; también, uno de los más populares, que más elecciones ha ganado y que, en todos los cargos que ha ejercido —concejala, senadora, ministra, presidenta del Senado y presidenta de la Comunidad—, ha conseguido impulsar más medidas y reformas de corte liberal, gracias a las cuales la provinciana capital de España de hace tres decenios es la metrópoli de hoy día y la región más próspera, menos endeudada, una verdadera potencia industrial y la de vida cultural más rica y diversificada de todo el país.

En ese mismo artículo, Vargas Llosa destacaba el apoyo de Esperanza Aguirre a los exiliados y perseguidos políticos de Cuba; la multiplicación «por diez» de la oferta cultural madrileña «dejando muy rezagadas a todas las otras ciudades y regiones de España, entre ellas a Cataluña, que en los años sesenta o setenta era la capital cultural de España, y que esta vida cultural sea libre, diversa, múltiple, y, en ella, la iniciativa privada coexista con la pública»; y concluía que, aunque en muchos momentos de su vida política, había accedido a «iniciativas reñidas con sus convicciones, porque no había más remedio, o para salvar al menos parcialmente su propia agenda», haciendo las sumas y las restas, dejaba la Comunidad de Madrid «mucho —muchísimo— mejor de como la encontró».

Vargas Llosa publicó la novela *¿Quién mató a Palomino Molero?* en 1986, pero ese año su actividad más notoria fue la recepción del Premio Príncipe de Asturias de las Letras, «por sus extraordinarias dotes de fabulación literaria, la riqueza y variedad de su obra, animada de un espíritu de libertad creadora, y su dominio del idioma». Encargado del discurs-



Recibiendo el Premio Príncipe de Asturias, en 1986, de manos del por entonces príncipe Felipe.

so de orden en nombre de todos los premiados de aquella edición, elogió el encuentro de dos mundos —América y Europa—, significados en la figura de «un indio del Perú, que nació en 1629 ó 1632 —nadie ha podido precisarlo—, en una aldea perdida de los Andes cuyo nombre, Calcauso, ni siquiera figuró en los mapas» que, aunque se llamó Juan Espinoza Medrano, pasó a la historia por sus dos sobrenombres: el Lunarejo, por la enorme marca que surcaba su rostro, o el Doctor Sublime, por ser «uno de los intelectuales más cultos y refinados de su tiempo», autor del *Apologético en favor de don Luis de Góngora*.

Vargas Llosa aprovechó su discurso para recordar ese lejano año de 1958 en que llegó a Madrid y celebrar la revolución pacífica y democrática de la España de la transición:

Para nuestros países, lo ocurrido en la Península, en estos años, ha sido un ejemplo estimulante, un motivo de inspiración y de admiración. Porque España es el mejor ejemplo, hoy, de que la opción democrática es posible y genuinamente popular en nuestras tierras.

Hace veintiocho años, cuando llegué a Madrid como estudiante, había en el mundo quienes, cuando se hablaba de un posible futuro democrático para España, sonreían con el mismo escepticismo que lo hacen ahora cuando se habla de la democracia dominicana o boliviana. Parecía imposible, a muchos, que España fuera capaz de domeñar una cierta tradición de intolerancias extremas, de revueltas y golpes armados. Sin embargo, hoy todos reconocen que el país es una democracia ejemplar en la que, gracias a la clarísima elección de la Corona, de las dirigencias políticas y del pueblo español, la convivencia democrática y la libertad parecen haber arraigado en su suelo de manera irreversible. A nosotros, hispano-americanos, esta realidad nos enorgullece y nos alienta.

Vargas Llosa recibió el galardón de manos de un jovencísimo príncipe Felipe, que, luego de cumplir la mayoría de edad, acababa de tomar juramento en las Cortes Españolas como heredero de la Corona. Todavía no lo sabía, pero pocos años más tarde, la Monarquía española volvería a jugar un importante papel en su vida, poniéndolo a salvo de la encarnizada persecución que, sin que lo supiera, comenzó a gestarse al año siguiente, una noche de agosto de 1987, justamente cuando encabezó el «Encuentro por la libertad», la multitudinaria manifestación para oponerse a las pretensiones del presidente Alan García de estatizar los bancos.

Ese fue el inicio de una de las aventuras más intensas en la vida de Vargas Llosa. Como cuenta en *El pez en el agua*, desembarcó en Europa en octubre, como era su costumbre, luego de anunciar por televisión que regresaba «a mi escritorio y mis libros». Sin embargo, pese a las resistencias familiares (en especial, de su esposa Patricia), llevaba metido en el cuerpo «el morbo de la política» y, «mientras asistía al estreno de mi obra *La Chunga*, en un teatro de Madrid, o garabateaba los borradores de mi novela *Elogio de la madrastra*» (publicada en 1988), la cabeza se le iba a lo que ocurría en el Perú.

Pronto, animado por sus amigos y ante la necesidad de amalgamar una alianza de fuerzas políticas que se opusiera a Alan García, tomó la decisión de dar un paso al frente y, liderando el Frente Democrático (Fredemo), se presentó a la presidencia del Perú. Fue una campaña apocalíptica, exagerada, que duró más de dos años, en los que Vargas Llosa recorrió los cuatro puntos cardinales del país, repitiendo el discurso

que postulaba la necesidad de una apertura económica y un capitalismo popular, así como un respeto por las instituciones de la democracia. Mientras tanto, sus rivales, orquestados por Alan García, un maestro en el arte del maquiavelismo, emprendieron una vertiginosa guerra sucia en la que, entre otras perlas, no dudaron en leer, en señal nacional y a la hora de mayor audiencia, los pasajes más «pecaminosos» de las novelas del escritor, para mostrarlo como un depravado que, de llegar a la presidencia, haría del Perú una Sodoma y Gomorra latinoamericana.

Como se sabe, aunque punteó las preferencias durante toda la campaña, Vargas Llosa perdió las elecciones en segunda vuelta a manos de Alberto Fujimori, un desconocido ingeniero agrónomo, exrector de la Universidad Nacional Agraria del Perú, que apenas asomaba en las encuestas y se enganchó a la carrera electoral cuando solo faltaban dos semanas para la votación de primera vuelta. Tras la derrota, recordando el viaje de 1958, «que había marcado de manera tan nítida el fin de una etapa de mi vida y el inicio de otra, en la que la literatura pasó a ocupar el lugar central», el escritor y su esposa se embarcaron a Europa.

Desde ahí asistió a la transformación de Fujimori, que había construido su campaña oponiéndose al plan de gobierno del Fredemo, especialmente su capítulo económico, pero que, una vez en el poder, lo adoptó sin ningún sonrojo, inaugurando el gobierno con un monumental desembalse de precios, una reducción de la burocracia estatal y un programa de privatizaciones como los que proponía Vargas Llosa. A su partida, había prometido no volver a participar en la política partidaria de su país y abstenerse de criticar al naciente gobierno, lo que hizo hasta el 5 de abril de 1992, cuando, en un mensaje a la nación, Fujimori anunció la clausura del Congreso, del Poder Judicial, del Tribunal de Garantías Constitucionales y del Consejo Nacional de la Magistratura, así como la suspensión de la Constitución y el inicio de un gobierno por decreto. Ante este atropello —que contó con la aprobación de una amplia mayoría de la población—, Vargas Llosa se sintió en la obligación de «condenar, en artículos y entrevistas, lo que me parecía una tragedia para el Perú: la desaparición de la legalidad y el retorno de la era de los “hombres fuertes”, de gobiernos cuya legitimidad reside en la fuerza militar y las encuestas de opinión».

Esta posición, que incluyó un pedido de sanciones económicas, fue atacada de manera visceral por los funcionarios y periodistas del

régimen fujimorista, pero también por muchos peruanos bienintencionados, para quienes Vargas Llosa pasó a ser visto como un traidor a la patria que, amargado por la derrota ante un rival insignificante, deseaba los peores males para su país. Con el doble propósito de desprestigiar una poderosa voz crítica y encontrar una distracción para avanzar en su proyecto autoritario, los ataques del gobierno de Fujimori escalaron hasta un extremo escalofriante, mencionándose la posibilidad de quitarle la nacionalidad peruana. De hecho, el jefe del Ejército peruano dijo que él era «peruano por accidente de la geografía» y circuló en el Congreso el borrador de un proyecto de ley para retirársela. Como dijo Vargas Llosa: «Corría el riesgo de convertirme en un paria».

Ante ese peligro, solicitó la nacionalidad española. Para su alivio, el trámite fue agilizado por Felipe González, Presidente del Gobierno Español, y por el propio rey Juan Carlos I que, a mediados de 1993, llamó personalmente al novelista —quien se encontraba en Mallorca— para comunicarle la concesión de la nacionalidad, lo que lo dejaba a salvo de las arbitrariedades y venganzas del fujimorismo. Además de la simpatía que siempre existió entre ambos, esta fue una de las razones de peso para que Vargas Llosa invitara al rey emérito a la ceremonia de su ingreso a la Academia Francesa, cuando las controversias lo habían obligado a exiliarse en Abu Dabi.

Aunque por razones más felices, una llamada semejante ocurrió en 2010, al día siguiente de la entrega del Premio Nobel de Literatura a Vargas Llosa, en Estocolmo. Nuevamente fue el rey Juan Carlos I quien se comunicó con Vargas Llosa para felicitarlo por ese enorme logro y le mencionó la posibilidad de otorgarle un título. Este anuncio se materializó un año más tarde, cuando, en una ceremonia celebrada en el Palacio de la Zarzuela, le fue concedido el Marquesado de Vargas Llosa. En el acto se le reconoció «su extraordinaria contribución, apreciada universalmente, a la Literatura y a la Lengua española, que merece ser reconocida de manera especial».

En una de sus primeras vueltas a Madrid luego de la campaña presidencial de 1990, Vargas Llosa se hospedó en el Hotel Palace, donde se encontró por coincidencia con Joaquín Estefanía, entonces director del diario *El País*. Ese fue el inicio de una negociación que quedó sellada en una cena en la que participó la agente literaria Carmen Balcells, donde Estefanía propuso a Vargas Llosa colaborar con el diario. Así fue como nació una relación editorial que se extendió por 30 años, a ritmo de dos

artículos al mes, en que el autor alternaba temas culturales, literarios y políticos. La columna mantuvo el nombre que había empleado antes, en las colaboraciones que había sostenido con la revista limeña *Caretas*. Se llamó «Piedra de Toque», por la fascinación que le producía ese objeto que, desde la época medieval, se empleaba para medir el valor de los metales y saber si eran auténticos o falsificados. Para confirmar que las promesas de independencia hechas por Estefanía serían cumplidas, su primera colaboración fue un provocador elogio de Margaret Thatcher, que acababa de dejar de ser Primera Ministra del Reino Unido. Ahí recordó sus dos encuentros con la Dama de Hierro, el primero en casa del historiador e hispanista Hugh Thomas, en presencia de «algunas luminarias académicas y literarias como Isaiah Berlin, Stephan Spender y el poeta Philip Larkin» que la sometieron a un encarnizado cuestionario del que salió bien parada, y el segundo en Downing Street, en el marco de las reuniones y visitas protocolares que sostuvo por el mundo en su condición de candidato a la presidencia peruana.

Vargas Llosa publicó «Piedra de Toque» durante treinta años y no la interrumpió ni siquiera en plena pandemia de la Covid-19, cuando el contagio lo puso al borde de la muerte. En su última entrega rememoraba los inicios de la colaboración, a raíz del encuentro en el Hotel Palace y la cena con Joaquín Estefanía y Carmen Balcells, así como el enfoque plural y global que intentó darle a sus artículos, considerando que eran publicados en todos los países de América Latina, incluido el Brasil, y también en algunos medios europeos y de los Estados Unidos, como la *Repubblica* de Roma, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* de Fráncfort y *The New York Times* de Nueva York. Asimismo, describía su rutina para escribirlos, normalmente los miércoles, luego de pensar en ellos durante sus carreras y posteriores caminatas en Londres, en el parque de Luxemburgo de París, en el malecón de Barranco de Lima, en el central Park de Nueva York o, finalmente, en el paseo del Pintor Rosales de Madrid.

Asimismo, contaba que los escribía «teniendo en cuenta una opinión de Jean-François Revel, según el cual los buenos artículos son aquellos que desarrollan una sola idea, así como la frase con que, dicen, Raimundo Lida iniciaba sus clases en Harvard: «Recuerden que los adjetivos se han hecho para no usarlos», y que el trabajo se le facilitaba enormemente cuando de antemano tenía un título para el texto. En esa columna de despedida también alababa el periodismo, que «significa la libertad, criticar lo que nos parece malo y elogiar lo bueno, aunque las nociones de

bueno y malo cambien radicalmente de una a otra persona. Mientras haya esa diversidad en la prensa un país es libre, y, cuando comiencen a ocultarse las cosas, dejará de serlo». La concluía sentenciando:

Con lo que he visto y leído en los años que llevo encima —el próximo marzo serán 85— he llegado a convencerme de que el mayor desafío a la democracia, el comunismo, está muerto y enterrado, y sobrevive solo en países fallidos, como Corea del Norte, Cuba y Venezuela. Ahora, los mayores enemigos de la libertad son el populismo y la infinita corrupción.

La incursión en la política del Perú había hecho que Vargas Llosa mantuviera un silencio editorial de cinco años, que rompió por partida doble en 1993, con la publicación, por una parte, de su libro de memorias *El pez en el agua* —que cuenta la campaña presidencial y los años formativos que concluyeron con su llegada a Madrid— y, por otra, de la novela *Lituma en los Andes*, que lo hizo acreedor al Premio Planeta.

El año siguiente fue todavía más rutilante. En marzo, a propuesta de Camilo José Cela, Laín Entralgo y Rafael Lapesa, la Real Academia anunció su elección como académico de pleno derecho, con una plaza sin sillón definido. Fue la primera vez que la RAE aplicaba unos nuevos estatutos por los que, para evitar los problemas derivados del absentismo entre los académicos, se procedió a la votación de un nuevo miembro que no sustituyó a ningún predecesor y que no tendría sillón fijo hasta producido el primer fallecimiento en la corporación.

Aunque la elección ocurrió en marzo de 1994, la designación recién se hizo efectiva el 15 de enero de 1996 cuando, a la muerte de Juan Rof Carballo, Vargas Llosa pasó a ocupar la silla «L», que en el pasado también había pertenecido a Ramiro de Maeztu y a José Zorrilla. En un evento en el salón de actos de su sede institucional del distrito del Retiro que, a decir del diario *La Vanguardia* fue «televisado y multitudinario», con la concurrencia de los reyes don Juan Carlos y doña Sofía, así como de los ministros de Educación y Cultura, ante la presidencia de Fernando Lázaro Carreter, el escritor leyó un discurso dedicado a ese autor español que había leído intensamente durante su primera estadía en Madrid, cuyos libros había comprado en su mayoría en la Cuesta de Moyano, adonde iba por las tardes, muchas veces en compañía de Paúl Escobar,

su amigo de juventud, que lo arrancaba de las jornadas de escritura insomne en el bar Jute: «Las discretas ficciones de Azorín».

Luego de agradecer su incorporación a la RAE, Vargas Llosa explicaba que el texto no estaba dedicado a su antecesor, como era habitual, por la naturaleza singular de su entrada, a una silla sin pasado ni letra. Esta particularidad había dado origen a «un delicado problema de sillas ionesquianas», pues desde el momento que recibió la noticia pensó que podía dedicar su presentación al mentor que quisiera, entre la vasta colectividad de académicos que lo habían antecedido. Sin dudarlo, había escogido a José Martínez Ruiz, Azorín. Pero, cuando terminaba el discurso, fue informado de que la Academia lo había mudado de silla para ocupar la de Rof Carballo, «un mantenedor de esa noble tradición de los médicos humanistas, tan arraigada en Occidente y a la que debe tanto la cultura de Europa y la de España en particular».

El discurso, que fue contestado por Camilo José Cela, es un repaso por la obra del autor de *La ruta del Quijote* (libro que Mario Vargas Llosa leyó en Piura, en el último año de colegio), un miniaturista de la prosa que daba importancia a lo secundario por encima de lo esencial, se preocupaba por las descripciones más que por las historias, por la apariencia más que por la psicología de sus personajes, brillaba en las cortas distancias y parecía ahogarse en las largas, y que, con todos estos ingredientes, desde la más rotunda humildad y falta de ambiciones, fue capaz de construir un universo coherente, sobrecogedor y entrañable. Vargas Llosa cerró su intervención con el recuerdo de la única que vez que alcanzó a verlo:

Creo entender las razones por las que vuelvo siempre sobre un puñado de autores, pero mi devoción por Azorín me descoloca, pues, en muchos sentidos —en su manera de ser y de ver el mundo, en lo que le gustaba y disgustaba, en sus modelos y en sus conjuros— creo estar bastante lejos de él y, acaso, en sus antípodas. Tal vez la explicación esté en la fatídica ley de atracción de los contrarios. Pero, lo cierto es que sus libros me estimulan y me emocionan siempre, y que, de tanto asomarme a través de ellos a lo que hizo y lo que fue, he llegado a sentir —a pesar de que sólo lo vi una vez, en 1958, aquí en Madrid, cuando era ya un viejecillo mudo, translúcido y aéreo— que formo parte de su círculo privado, y a



En la ceremonia de entrega del Premio Cervantes 1994, que le entregó el rey Juan Carlos de Borbón en el paraninfo de la universidad de Alcalá de Henares.

considerarlo un grande amigo, uno de esos cuya aprobación quisiéramos desesperadamente alcanzar para todo lo que escribimos. No sé dónde estará ahora, pero si está en alguna parte, me gustaría que supiera que aproveché esta solemne ocasión de mi ingreso a la Real Academia para, nada más entrar en esta casa que fue también suya, rendirle un homenaje.

Solo cinco meses después de ser elegido para integrar la Real Academia Española, el 28 de noviembre de 1994, Mario Vargas Llosa cerraría ese año deslumbrante cuando, por mayoría, luego de siete votaciones del jurado presidido por Francisco Ayala e integrado por Miguel Delibes, Fernando Lázaro Carreter, Darío Villanueva y Josefina Aldecoa, entre otros, le sería concedido el Premio Cervantes. Como es tradicional, la entrega del más importante galardón a las letras en lengua castellana ocurriría en un acto oficiado en el paraninfo de la universidad de Alcalá de Henares (Madrid), cuna del autor del Quijote. Normalmente se realiza el 23 de abril, en que se conmemora el nacimiento de Miguel de Cervantes y se celebra el Día del Libro, pero, como ese año caía en domingo, se postergó al día siguiente. A sus 59 años, Vargas Llosa se convirtió en la persona más joven en recibirlo. Esa vez, la entrega tardó más de lo previsto por un tropiezo protocolar. Luego de la lectura del acta de concesión, como estaba previsto, el escritor se acercó a la mesa de honor, presidida por el rey Juan Carlos I, que debía imponerle la medalla del premio. Pero esta no estaba y solo apareció momentos después, en medio de un murmullo general, a manos de un apurado ujier, que la hizo llegar al rey para que la ceremonia pudiera proseguir.

En su discurso de aceptación del premio, titulado «La tentación de lo imposible», Vargas Llosa volvería a invocar a Azorín, explicando, luego de un profundo análisis de El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha y un elogio del arte de contar historias, que fue gracias, justamente, a La ruta del Quijote que pudo, luego de haber zozobrado la primera vez que lo intentó en la secundaria, adentrarse y vivir con fascinación las pellejerías del caballero de la triste figura y su fiel Sancho. También lo aprovechó para volver a ese mágico año de 1958 en que, luego de cruzar el Atlántico, llegó a España para recorrer, de la mano de aliados como Carlos Barral o Carmen Balcells, el proteico recorrido que lo convertiría en una de las cumbres de nuestra lengua.

6. LA SEGUNDA ESTADÍA



Mario Vargas Llosa volvió a Europa poco después de su derrota en las elecciones presidenciales de 1990. Vivía en Londres, en un apartamento en la calle Montpelier Walk, a un paso del Victoria and Albert Museum y del Hyde Park, que fue armándose de a pocos, con la compra de propiedades adyacentes. Finalmente, por razones prácticas, él y su esposa Patricia decidieron comprar un piso en Madrid, lo que les permitió ampliar sus estadias en una ciudad que llevaba tiempo siendo el epicentro de su actividad intelectual y literaria.

Hasta entonces había vuelto con enorme frecuencia y siempre se había hospedado en el Hotel Palace, en la Plaza de las Cortes, para cumplir sus obligaciones y trabajos, y, desde 1985, como escala obligatoria en su peregrinaje anual, durante el verano europeo, a la ciudad andaluza de Marbella. Al norte de ahí, en las faldas del pico de La Concha, queda la Clínica Buchinger donde, junto con otro centenar de pacientes, se encerraba durante veintiún días para someterse a los rigores purificadores de un ayuno terapéutico que incluía largas caminatas por la playa, beber mucha agua, someterse a intensas dosis de ejercicio, hacer pipí a

raudales, acostarse temprano y levantarse al alba, «y donde ni siquiera con el pensamiento resulta cómodo pecar».

Los Vargas Llosa compraron un apartamento en la calle de Flora, en el Madrid de los Austrias, en un edificio histórico del siglo XIX. Ubicado a dos calles de la plaza de Ópera, junto a la plaza de San Martín y al Monasterio de las Descalzas. El lugar es amplio, luminoso y estuvo durante un tiempo adornado con obras de los artistas favoritos de la pareja, pinturas de los peruanos Fernando de Szyszlo y Tilsa Tscuchiya, tintas del alemán George Grosz o esculturas del valenciano Manolo Valdés. Tiene un recibidor donde convergen una terraza que da a los antiguos tejados rojos del barrio, el comedor de diario, el salón principal y el espacio donde Vargas Llosa trabajaba.

Cruzado un pasillo queda el despacho de sus asistentes, que, en coordinación con Patricia, se encargaban de ordenar la agenda, clasificar los libros que llegaban, responder cartas y correos electrónicos, acompañar a Vargas Llosa a sus continuos compromisos, ser un primer control de calidad de los textos que escribía y mantener a raya a los periodistas. Desde 2000, ese puesto clave, de extrema confianza, fue ocupado por Fiorella Battistini, que por un tiempo contó con el refuerzo de la escritora Verónica Ramírez. En 2021, durante la pandemia del Covid-19, quedaría a cargo de la filóloga argentina Vanesa Colmegna.

Ahí también está una parte de su biblioteca, que tenía repartida por el mundo, en la que solían estar almacenados buena cantidad de los libros que leía, en cuya última página tenía por costumbre escribir una reseña y poner una nota. Aquellas anotaciones comenzarán a hacerse públicas luego de su muerte, pero durante mucho tiempo se han mantenido en reserva. Yo solo he conocido el puntaje de una novela: *Ulises*, de James Joyce. Después de elogiar la extraordinaria genialidad de esta obra maestra, la calificó con nota 20, la máxima permitida por el sistema educativo peruano.

La visión del escritorio de Vargas Llosa es muy imponente. Ahí descansan el teclado y el monitor de gran tamaño en que escribió sus últimos libros, elevado del suelo y rodeado por fotos y por parte de la colección de hipopótamos que fue reuniendo, porque se los regalaban o los compraba, desde que escribió su obra de teatro *Kathie y el hipopótamo*. Queda en una habitación con una estantería de dos pisos llenos de libros, con una puerta de vidrio que comunica con la terraza, junto con un sofá y sillones para reuniones privadas.

Era en este lugar donde Vargas Llosa cumplía su rutina diaria. Despertaba cerca de las cinco de la mañana y, aprovechando el silencio de esas horas, trabajaba hasta las ocho en la novela, el ensayo, el artículo, la pieza teatral o el discurso que tenía entre manos. Entonces paraba para tomar algo ligero —normalmente un vaso de yogur— y, después, bajaba a la calle para su caminata matinal. A las nueve estaba de vuelta para desayunar, ducharse y volver a su escritorio, de donde no se levantaba hasta las dos de la tarde exactas. Entonces se sentaba con Patricia y sus asistentes para comer el almuerzo que preparaba Helen, la cocinera de origen boliviano, en el que nunca se consumían frutas ni bebidas gaseosas (el escritor las odiaba). Este duraba una hora por reloj y, a las tres, ya estaba en el pequeño salón del televisor del altillo, donde veía y comentaba en voz alta los telediarios de Antena 3 y Televisión Española. Luego hacía una pequeña siesta e invertía el resto de la tarde leyendo, revisando y corrigiendo, y, si era jueves, acudiendo a las reuniones plenarios de la Real Academia Española.

Esta rutina cambió en febrero de 2023, cuando, en una hazaña que parecía inalcanzable, Vargas Llosa se convirtió en la primera persona con una obra escrita en un idioma distinto al francés en ser incorporada a la Academia Francesa. La proeza fue celebrada con una recepción ofrecida por el escritor en el Hotel Wellington de Madrid, a la que asistieron colegas como Javier Cercas, Arturo Pérez Reverte, Sergio Ramírez o Javier Moro, periodistas como Federico Jiménez Losantos y políticos como Cayetana Álvarez de Toledo, Manuel Valls, Albert Rivera o el expresidente de México, Felipe Calderón.

Con su concepción castrense de las responsabilidades, el escritor peruano se propuso alternar las sesiones de la RAE con las que, también los jueves, celebran los llamados «Inmortales» de la corporación fundada en 1635 por el cardenal Richelieu. A sus 87 años, con el organismo estragado por el tratamiento para su mal sanguíneo, empezó a viajar cada quince días de Madrid a París, donde atendía al plenario de la Academia. A la larga, Vargas Llosa terminaría por admitir que, en su situación, era incapaz de sostener ese ritmo, pero no deja de resultar admirable que lo intentara, sin frenarse ante la enfermedad y el cansancio, ni plantearse que sus méritos le conferían alguna clase de privilegio.

Aunque rechazaba muchas invitaciones, Vargas Llosa tenía una vida muy intensa en Madrid. Visitaba librerías y cafés, asistía a cocteles y agasajos, dictaba conferencias y clases. Era habitual verlo participar en



Con la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, a quien destacó con el Premio a la Libertad de la Fundación Internacional de la Libertad (FIL), que presidió.

las actividades que, desde su fundación en 1992, organizaba la Casa de América, institución que funciona en el tradicional Palacio de Linares y que, desde su creación, se dedica a estrechar los lazos entre España, América Latina y el Caribe. Por ejemplo, en 2016, con motivo de las celebraciones por sus 80 años, sostuvo un diálogo con el Premio Nobel turco Orhan Pamuk, que cerró el seminario *Vargas Llosa: cultura, ideas y libertad*. Inaugurado por el presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, fueron unas jornadas que reunieron a expresidentes, intelectuales y escritores para reflexionar sobre el futuro de la democracia en Iberoamérica.

Como en aquella ocasión, la Casa de América fue el espacio habitualmente elegido para, año tras año, acoger el Foro Atlántico, un gran congreso que incluye charlas, debates y reflexiones organizado por la Fundación Internacional para la Libertad (FIL), una reunión de *think tanks* liberales de Estados Unidos, Iberoamérica y Europa que presidió Vargas Llosa y que nació para la defensa de la democracia, la libertad y la prosperidad. Fue en la XV edición del Foro Atlántico en junio de 2022 que Vargas Llosa, en su condición de presidente de la FIL, entregó a Isabel Díaz Ayuso, presidenta de la Comunidad de Madrid, el Premio a la Libertad, «en reconocimiento a su defensa de la libertad, la honestidad y su gestión en la Comunidad de Madrid».

En Casa de América también presentó varias novelas, como *El sueño del Celta* (2010), *El héroe discreto* (2013) y *Cinco esquinas* (2016). Asimismo,

libros de reflexión y ensayo como *Conversación en Princeton* (2017), compuesto a partir de un curso sobre su obra impartido en compañía del profesor Rubén Gallo. Al año siguiente hizo lo propio con *La llamada de la tribu* (2018), su autobiografía intelectual, donde desentrañaba las ideas de los autores liberales que más lo marcaron, como Adam Smith, José Ortega y Gasset, Friedrich von Hayek, Karl Popper, Raymond Aron, Isaiah Berlin y Jean-François Revel. Era normal que en aquellas ocasiones coincidieran personajes de tendencias políticas diferentes, a veces enfrentadas, como ocurrió la noche de 2019 en que se presentó la novela *Tiempos recios*, que tuvo en primera fila, uno junto al otro, a Esperanza Aguirre y al cantautor Joaquín Sabina.

Por su parte, *La civilización del espectáculo* (2012) fue presentada en el auditorio del Instituto Cervantes, en un diálogo con el filósofo y sociólogo francés Gilles Lipovetsky. Ese mismo año, volvió al salón de actos de la Real Academia Española para presentar la edición conmemorativa por el cincuentenario de *La ciudad y los perros*, donde ofreció un discurso en que rememoró el proceso de escritura de su primera novela, recordando los avatares de su publicación e insistiendo en el influjo decisivo tanto de su paso por el colegio militar Leoncio Prado como de aquellos autores que le permitieron encontrar la forma narrativa para encausar esa gran aventura de su juventud, como lo fueron Joanot Martorell, William Faulkner y Gustave Flaubert.

Era usual que a Vargas Llosa se le viera en el paseo de coches del parque de El Retiro, para participar en la Feria del Libro de Madrid, donde sostenía encuentros con su legión de lectores. Especialmente memorable fue la firma de libros de 2011. Su primera participación pública en este espacio luego de la concesión del Premio Nobel ocasionó el colapso de la feria, con colas infinitas y gente que tuvo que marcharse sin el anhelado autógrafo. Vargas Llosa estampó dedicatorias y firmas durante más de tres horas, empezando por una joven de 17 años que lo había esperado desde las siete de la mañana con tres de sus libros. Al final de la jornada, comentó: «Es una experiencia magnífica. Se me ha cansado la mano de tanto firmar. Estoy muy agradecido. Tengo muy buenos lectores madrileños».

La vida social de Vargas Llosa también era frenética. Por las noches le gustaba salir a cenar y, aunque sus platos favoritos eran el lomo saltado, así como el chupe de camarones de su natal Arequipa, los restaurantes que más frecuentaba no eran peruanos. Tenía sus favoritos, como Casa

Julián de Tolosa de la Cava Baja, donde pedía la chistorra, el chuletón y las alubias; la Casa Lucio, de la misma calle, donde pedía los huevos de Lucio y en cuyo salón se exhibe un busto suyo; el tradicional restaurante La Ancha o La Taberna del Alabardero, frente al Teatro Real donde, aunque apenas bebía, un par de veces me lo encontré dando cuenta de un buen vaso de cerveza en compañía de su familia. También era un aficionado a las lentejas, que allá por los años ochenta había comido donde Ana María «Mona» Jiménez, periodista peruana afincada en Madrid que congregaba, en su casa de la calle Capitán Haya, a ministros, empresarios, escritores y periodistas, y donde coincidieron algunas de las principales figuras de la Transición, como Antonio Garrigues Walker, Miguel Boyer, Manuel Fraga e, incluso, el entonces presidente Adolfo Suárez.

Cada vez que podía o que una exposición nueva llamaba su atención, solía ir al Prado, al Reina Sofía, al Thyssen-Bornemisza o a algún otro de los museos madrileños, donde podía permanecer horas contemplando la belleza canónica de los artistas clásicos o las libérrimas abstracciones de los contemporáneos. Para él, los museos educaban «tanto y a veces más que las aulas y sobre todo de una manera más sutil, privada y permanente que como lo hacen los maestros», curaban «no los cuerpos, pero sí las mentes, de la tiniebla que es la ignorancia, el prejuicio, la superstición y todas las taras que incomunican a los seres humanos entre sí y los enconan y empujan a matarse» y remplazaban «la visión pequeña, provinciana, mezquina, unilateral, de campanario, de la vida y las cosas por una visión ancha, generosa, plural». Tanto se abstraía en estos espacios —que «afinan la sensibilidad, estimulan la imaginación, refinan los sentimientos y despiertan en las personas un espíritu crítico y autocrítico»—, que sus familiares y acompañantes solían perderlo de vista y no volvían a encontrárselo. Previendo estos despistes, Patricia Llosa adquirió la costumbre de dejarle un billete de cincuenta euros en el bolsillo del saco al inicio de cada visita. Así, si Mario se desaparecía, tenían la seguridad de que podría tomar un taxi y volverían a coincidir con él en casa.

Como él mismo contó, le resultó inolvidable participar del programa *Solitarios en el Prado*, que invitaba a diez personajes de distintas especialidades a estar solos, de noche y con el museo desierto, con su obra favorita. Vargas Llosa escogió *El jardín de las delicias* de El Bosco. Permaneció veinte minutos delante del célebre tríptico pintado al óleo, contemplando cada detalle, tomando copiosos apuntes y concluyó que, detrás de esa asombrosa colección de monstruos, hombres y mujeres «casi siem-

pre desnudos», doncellas filiformes, lechuzas, búhos, conchas marinas y «unos seres de muchas patas y manos, de piel blancuzca, petrificados por una fuerza invisible», podía haber un libro.

También iba mucho al cine, en especial a los Renoir de la Plaza de los Cubos, al Golem de Martín de los Heros y al Yelmo Ideal de la calle Doctor Cortezo. En contra lo que se podría imaginar, al momento de escoger películas Vargas Llosa no era exigente, erudito ni especialmente sofisticado, todo lo contrario. La profundidad y elevación espiritual las dejaba para la literatura, y en la oscuridad del cine lo que buscaba era divertirse. Así lo comprendió su hijo político Stefan Reich, el día que lo conoció en Madrid. Llegó a la casa de Flora abrumado por la figura de su futuro suegro, que lo recibió con una sonrisa y un apretón de manos, mientras le decía enfatizando las palabras: «¡Esta noche vamos a ver un pe-li-cu-lón, un pe-li-cu-lón!». Él asintió, previendo que esa noche lo esperaban dos interminables horas de una proyección pretenciosa, rebuscada y soporífera. Pero se tranquilizó cuando Vargas Llosa añadió, lleno de entusiasmo: «¡Vamos a ver *Spider-Man!*!».

Asimismo, disfrutaba mucho con las series de televisión, que veía hipnotizado en el altillo de su piso de la calle Flora. Recuerdo haberle oído hablar con entusiasmo de *Homeland* y *Juego de Tronos*, y a algunas series llegó a dedicarles elogiosos artículos, como *Héroe de nuestro tiempo*, en que describía las peripecias para salvar al mundo del agente especial Jack Bauer de la serie *24*, o *Los dioses indiferentes*, donde no se guardaba elogios ante el deslumbramiento que le produjo *The Wire*: «*The Wire* tiene la densidad, diversidad, ambición totalizadora y sorpresas que en las buenas novelas parecen reproducir la vida misma. No lo había visto nunca en una serie de televisión». Con estos antecedentes fue que acogió con entusiasmo las adaptaciones televisivas de algunas de sus novelas, como las colombianas *El Chivo*, basada en *La fiesta del Chivo*; y *Cuando vivas conmigo*, inspirada en *El héroe discreto*; o la mexicana *Travesuras de la niña mala*, basada en el libro homónimo.

Aunque se evidencia en libros como *Pantaleón y las visitadoras* y *La tía Julia y el escribidor*, o en ensayos como *Un champacito, hermanito o Placeres de la necrofilia*, la dimensión lúdica, juguetona, de Vargas Llosa es poco conocida. Era un contador empedernido de historias, anécdotas y bromas, que encadenaba una tras otra y celebraba con una sonora carcajada, además de un conversador torrencial, que podía ser al mismo tiempo erudito, sofisticado, ligero, ocurrente, curioso, chispeante y

entrañable. Para decirlo con palabras de Javier Cercas: «Los grandes escritores decepcionan, porque invierten lo mejor de sí mismos en su obra y no en su vida. Vargas Llosa era un hombre que estaba a la altura de su talento, a la altura de su obra».

Tampoco se ha hablado mucho de su gran afición por la música. Era un melómano que, entre otros cargos, fue Presidente del Consejo Asesor y patrono de honor del Teatro Real de Madrid y que escuchaba a los clásicos —tenía composiciones favoritas, como el cuarteto de cuerda *Emperador* de Joseph Haydn, el cuarteto de cuerda *Americano* de Antonín Dvorak o los cuartetos *Prusianos* de Mozart—, pero también a los intérpretes populares de su Perú natal, como Cecilia Barraza, cantante limeña que aparece en *El héroe discreto* y *Le dedico mi silencio*. No era raro entrar al piso de la calle Flora y escuchar sus interpretaciones de *Cardo* y *ceniza*, *El tamalito* o *Toro mata*, aunque era sobre todo en sus viajes por carretera que Vargas Llosa disfrutaba de oírla.

Uno de sus momentos favoritos del año llegaba en verano, cuando armaba sus maletas y se embarcaba, en el aeropuerto de la ciudad donde estuviese, al festival de verano de Salzburgo, donde, además de hincharse de música asistiendo a cuanto concierto podía y comentar las interpretaciones en los restaurantes próximos al río Salzach, dedicaba el tiempo libre que le quedaba a la lectura, uno tras otro, de todos los libros que tenía pendientes, en días de felicidad y plenitud.

En 2013, las Juventudes Musicales de Madrid organizaron un concierto para homenajearlo en el Auditorio Nacional de Música, que contó con la participación del director peruano Miguel Harth-Bedoya y de su compatriota, el célebre tenor Juan Diego Flórez. Sentado en el patio de butacas junto a su esposa Patricia, el Nobel escuchó las interpretaciones de la obertura de la ópera *La Cenerentola* de Rossini, dos arias de la ópera *Sémele* de Händel y varias arias de Donizetti como *Una furtiva lágrima*. En el intermedio, recibió la medalla de oro de Juventudes Musicales de Madrid, de manos de su presidenta, María Isabel Falabella, que lo calificó como escritor filarmónico y amante de la música. Los momentos más emocionantes de la velada llegaron en la segunda parte del concierto, que se cerró con una vibrante versión de la popular canción de la compositora peruana Chabuca Granda: *La flor de la canela*.

Al piso de la calle Flora, cuando le tocaba pasar una temporada en Madrid, solían llegar los amigos que Vargas Llosa coleccionaba por todo el mundo, de visita o para escoltarlo en ocasiones especiales,

como la entrega de alguna condecoración. Empresarios, políticos e intelectuales, sabían que los horarios de trabajo del escritor eran impenetrables, y que solo se le podía ver una vez concluida su jornada de trabajo. De Perú llegaban George y Teresa Grünberg, que acompañaban a Mario y Patricia a los conciertos de Salzburgo; el pintor Fernando de Szyszlo y su esposa Lila; Roberto Dañino, Rogelio y Rosario Fernández, Miguel y Cecilia Cruchaga, Luis Bustamante Belaunde y su esposa Inés; la exministra de Cultura, Diana Álvarez Calderón, y el expresidente del Consejo de Ministros, Pedro Cateriano; los esposos Roxana Valdivieso y Luis Llosa (cineasta y hermano de Patricia, dirigió la adaptación de *La fiesta del chivo* con Isabella Rossellini, Tomás Milián, Paul Freeman y Juan Diego Botto); así como los escritores Alonso Cueto, Fernando Ampuero, Fernando Iwasaki y Jorge Eduardo Benavides. Eran usuales las visitas de Gerardo Bongiovanni, director de la Fundación Libertad de Rosario (Argentina) y de la Fundación Internacional para la Libertad, del fotógrafo Daniel Mordzinski y del periodista cubano Carlos Alberto Montaner con su esposa Linda y su hija Gina. Entre los españoles, solían pasar por Flora la agente literaria Carmen Balcells, que venía de Barcelona, Joaquín Sabina, Javier Cercas, Aitana Sánchez-Gijón, el periodista Juan Cruz Ruiz, Esperanza Aguirre y Cayetana Álvarez de Toledo.

De Chile venían los escritores Arturo Fontaine, Carlos Franz y Roberto Ampuero, el empresario y crítico literario David Gallagher, y el expresidente Sebastián Piñera. En el último tiempo, tenía un permanente contacto con el escritor Jorge Edwards, quien, a los 82 años, había decidido mudar su residencia a Madrid, en palabras suyas, «antes de hacerse viejo» (algo que Vargas Llosa consideró una imprudencia en la columna «Piedra de Toque» que le dedicó por su fallecimiento). Fue uno de los mejores amigos que el escritor peruano forjó entre sus pares, con una relación que nació en los años sesenta, cuando ambos coincidieron en París, adonde Edwards había llegado para trabajar como tercer secretario de la Embajada de Chile. Ambos congeniaron y cogieron la costumbre de visitar, todos los domingos, las casas de los principales escritores de la historia de Francia.

Esta amistad se solidificó con la sonora ruptura del Nobel peruano con la revolución cubana en 1971, luego del Caso Padilla. Edwards había llegado poco antes a La Habana como representante diplomático del gobierno de Salvador Allende, que buscaba normalizar sus relaciones con

la isla. Además de atestiguar la penosa persecución, condena y expiación del poeta Heberto Padilla, y comprender la naturaleza dictatorial del régimen, que podía «desaparecer» a los disidentes, vivió en carne propia las presiones y seguimientos de la inteligencia cubana, que lo pusieron al borde de un colapso nervioso y lo llevaron a escribir *Persona non grata*, novela de no ficción basada en esas experiencias, que se publicó un par de años más tarde y causó un gran escándalo. Por entonces, mientras los intelectuales de izquierdas intentaban aislar y bañaban de mugre a Vargas Llosa, Edwards, que conocía al monstruo por dentro, se mantuvo a su lado.

En sus últimos años en Madrid, Vargas Llosa también entabló una relación de aprecio y admiración con un compatriota sesenta años más joven que, como él, había alcanzado la excelencia en su terreno. Siendo aficionado a los toros desde la infancia, la irrupción de Andrés Roca Rey le produjo un deslumbramiento muy parecido al que de joven sintió por el diestro Antonio Ordóñez. Además de seguirlo por las plazas de toros de toda la geografía española y parte de Latinoamérica, expresó su admiración en múltiples ocasiones, en artículos y discursos donde no ahorra elogios a la mezcla de arrojo y plasticidad de Roca Rey:

El público aficionado que lo sigue a través de todas las plazas de la península lo aplaude a rabiar, hace flamear los pañuelos blancos pidiendo que se le concedan las orejas —y a veces el rabo— y a menudo lo saca en hombros después de sus faenas memorables. Todo ello está más que justificado: Andrés Roca Rey es una de esas raras figuras que aparecen de pronto en el mundo de los toros, elevándose sobre todas las otras con ese estilo personal y único que hace de los grandes pintores, músicos, escritores y artistas los símbolos de una época.

A cambio, Roca Rey le dedicó numerosas faenas a Vargas Llosa y aceptó sin dudar la invitación a participar en la primera edición de la jornada «Un encuentro por la cultura en libertad», evento de recaudación organizado en octubre de 2021 por la Cátedra Vargas Llosa, en la finca El Jaral de la Mira de El Escorial. Ahí, Roca Rey tuvo el gesto de donar el toro, que lidió enfundado en un traje claro de alpaca de su tierra natal, y posteriormente el capote que empleó, que terminó siendo subastado.

Desde unos años, Vargas Llosa repartió su tiempo entre sus departamentos de Lima, Nueva York, República Dominicana, París y Madrid. En Madrid tenía la costumbre de visitar librerías o cortarse el pelo en su peluquería de confianza, en la calle de La Bola, a un paso del Real Monasterio de la Encarnación. También iba a ver los partidos del Real Madrid, a cenar en sus restaurantes favoritos y a cumplir sus frecuentes compromisos intelectuales y sociales. Desde ahí salió, por ejemplo, el 22 de mayo de 2004, para hacer junto a Patricia Llosa, bajo una persistente garúa, el corto paseo a través de la plaza de Ópera y la plaza de Oriente hasta la Catedral de la Almudena, donde se casaron el entonces príncipe Felipe y la periodista Letizia Ortiz.

Era también el lugar donde seguía las noticias y sostenía reuniones de alto nivel. Por ejemplo, ahí tuvo encuentros con algunos de los últimos presidentes del Perú, como Ollanta Humala y Pedro Pablo Kuczynski. Cuando se vieron, para rebajar la presión política que venía desde el Parlamento, este último estaba considerando la posibilidad de indultar al expresidente Alberto Fujimori, fundador del principal partido de oposición, preso por delitos de corrupción y violaciones a los Derechos Humanos cometidos durante la presidencia que inauguró en 1990, luego de ganarle la segunda vuelta a Vargas Llosa. En una advertencia que resultó profética, el escritor dijo a Kuczynski —a quien conocía de antaño— que el indulto a Fujimori sería el peor error de su vida.

Kuczynski terminó siendo vacado por el fujimorismo y su sucesor fue Martín Vizcarra, su vicepresidente que, luego de ungido, viajó a España. Llegó a Madrid en febrero de 2019 para ofrecer una visita de Estado e inaugurar la Feria de Arte Contemporáneo de Madrid (ARCO), que tenía al Perú como país invitado. Entre los actos protocolares, Vizcarra fue recibido por el rey Felipe VI en una cena de gala ofrecida en el Palacio Real, cortesía que devolvió con una recepción en el Palacio Real del Pardo. Invitado al evento, Vargas Llosa hizo un aparte con Vizcarra para pedirle el apoyo del gobierno peruano a una iniciativa que había lanzado hacía muy poco, en la clausura del Congreso Internacional de la Lengua Española (CILE) celebrado en Córdoba, en 2019: que la próxima edición ocurriera en su natal Arequipa. Como se sabe, esto finalmente sucedió en 2025.

Vargas Llosa llegó a estar tan compenetrado con la ciudad que en varias ocasiones dijo que se sentía un madrileño más y, en 2004, luego de los atentados terroristas contra la estación de Atocha, escribió el

artículo titulado *Madrid en el corazón*, que era al mismo tiempo una elegía y un homenaje. Ahí decía que lo que la hacía inconfundible era:

... ser la más abierta y universal de las ciudades españolas, una ciudad que no pertenece a nadie porque pertenece a todos, los que nacieron y viven en ella o están sólo por temporadas o de paso, el tiempo justo para, sentados en una de sus innumerables terrazas, tomarse una cerveza contemplando ese cielo extraño, tornadizo, que todavía hace esfuerzos para parecerse al que le atribuyen los cuadros de Goya, una de las pocas cosas que en Madrid no ha cambiado en las últimas décadas hasta lo irreconocible.

En el artículo elogiaba las grandes transformaciones experimentadas por Madrid, que había atestado en primera persona, desde ese remoto año de 1958 en que llegó a ella por primera vez. Más que su crecimiento, con la aparición de «edificios, urbanizaciones nuevas, atascos infernales, proliferación de locales de *fast food*», la irrupción de marejadas de turistas o la confluencia de todas las nacionalidades del mundo, consideraba que su verdadera modernidad estribaba «en el cosmopolitismo mental de sus gentes que, a fuerza de ser tan diversas, se han emancipado del estigma de una identidad “municipal” de madrileños (como diría Rubén Darío) y, al igual que los londinenses, parisinos o neoyorquinos, convertido en ciudadanos del mundo», al vivir en un lugar «que albergaba los paisajes y culturas de medio planeta».

Ha sido ese espíritu libre y esa mentalidad sin orejeras de ciudad abierta, hospitalaria y democrática —ciudad-emblema de la notable transformación de España en el último cuarto de siglo— lo que quisieron volar en pedazos los fanáticos que, en la mañana del 11 de marzo, pusieron en Atocha las bombas que han causado más de 200 muertos y 1.500 heridos —es sintomático que haya doce nacionalidades representadas entre las víctimas—, en el más feroz atentado de masas terrorista sufrido por Europa Occidental en toda la historia moderna. No se equivocaron de blanco los asesinos: el Madrid de hoy representa exactamente la negación de esa radical inhumanidad del espíritu obtuso, exclusivo y excluyente, tribal, del fundamentalismo religioso o político, que odia

la mezcla, la diversidad, la tolerancia y, por encima de todo, la libertad.

[...]

Regreso a las bombas y los muertos de Atocha. Ellos habrán servido, en lo que a mí concierne, para descubrir lo metido en las entrañas que tenía a Madrid, lo mucho que quiero a esa ciudad, y saber hasta qué punto se ha convertido en mi querencia. Cómo explicar si no la mala conciencia con que he vivido desde el 11 de marzo por no haber estado allí, compartiendo los riesgos, el miedo y la rabia con tantos amigos queridos en esos días de espanto, la tristeza que he sentido con esos tres muertos que eran empleados de la Biblioteca Nacional donde he pasado tantas tardes felices leyendo, y las veces que me he preguntado si alguno de los comensales con que cambio saludos en el Café Central donde recaló a veces no figurará entre las víctimas. Madrid sobrevivirá al fanatismo y al terror, qué duda cabe, y a partir del 11 de marzo añade a sus muchas credenciales la de haberse metido en el corazón de todo lo que queda de libre y decente en el mundo.

Este cariño volvió a quedar en evidencia luego de que, el 7 de octubre de 2010, la Academia Sueca anunció que le concedía el largamente esperado Premio Nobel de Literatura «por su cartografía de las estructuras de poder y sus imágenes agudas de la resistencia, la rebelión y la derrota del individuo». Además de contar el impacto que causó la noticia para su familia y su rutina, y repasar los hechos y las personas de su vida que lo llevaron a ese momento (la infancia en Cochabamba, la juventud en Piura, el paso por San Marcos y la marcha a Europa; su madre, su abuelo Pedro, su tío Lucho, y sus amigos Javier Silva, Luis Loayza y Abelardo Oquendo), en *Catorce minutos de reflexión*, la «Piedra de Toque» que publicó ese domingo, dedicó un momento a recordar su primer año en Madrid, que le deparó la publicación de *Los jefes*, luego de ganar el premio Leopoldo Alas:

Pensé que, si la noticia era cierta, tenía que agradecer públicamente a España lo mucho que le debía, pues, sin el extraordinario



Ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura 2010 en Estocolmo (Suecia).

apoyo de personas como Carlos Barral, Carmen Balcells y tantas otras, editores, críticos, lectores, jamás hubieran alcanzado mis libros la difusión que han tenido.

Cumpliría ese compromiso el 7 de diciembre de ese mismo año, cuando, en la Academia Sueca, ofreció su discurso de aceptación del Nobel, titulado *Elogio de la lectura y la ficción*:

Quiero a España tanto como al Perú y mi deuda con ella es tan grande como el agradecimiento que le tengo. Si no hubiera sido por España jamás hubiera llegado a esta tribuna, ni a ser un escritor conocido, y tal vez, como tantos colegas desafortunados, andaría en el limbo de los escribidores sin suerte, sin editores, ni premios, ni lectores, cuyo talento acaso —triste consuelo— descubriría algún día la posteridad. En España se publicaron todos mis libros, recibí reconocimientos exagerados, amigos como Carlos Barral y Carmen Balcells y tantos otros se desvivieron porque mis historias tuvieran lectores. Y España me concedió una segunda nacionalidad cuando podía perder la mía. Jamás he sentido la menor incompatibilidad entre ser peruano y tener un pasaporte español porque siempre he sentido que España y el Perú son el anverso y el reverso de una misma cosa, y no sólo en mi pequeña persona, también en realidades esenciales como la historia, la lengua y la cultura.

El aprecio había sido correspondido por su país de acogida que, a lo largo de los años, lo había cargado de honores. Por ejemplo, en 2005, la Comunidad de Madrid le entregó la Medalla Internacional de Las Artes y, en abril de 2010, en el Palacio Real de La Zarzuela, el rey Juan Carlos I le entregó el Premio Internacional Don Quijote de La Mancha, por su contribución a la difusión internacional y el conocimiento de la cultura y la lengua española, gracias a su labor como novelista, ensayista, crítico literario, periodista e intelectual.

El 3 de diciembre de 2010, pocos días antes de recibir del Nobel, Vargas Llosa fue nombrado por unanimidad Hijo Adoptivo de la Ciudad de Madrid. En la ceremonia, que se celebró en el salón de plenos de la Casa de la Villa, y en la que estuvieron presentes numerosas autoridades,

como la por entonces presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, el alcalde Alberto Ruiz-Gallardón le impuso la medalla y ofreció un discurso donde enumeró sus vínculos con la ciudad y alabó su carácter de «escritor comprometido», así como su espíritu de «cosmopolita de raza, que aborrece las dictaduras de todo signo y denuncia los nacionalismos estrechos».

Al día siguiente, fue invitado por el Real Madrid a hacer el saque de honor en el partido de Liga que jugaba contra el Valencia. La proximidad de Vargas Llosa con el Real Madrid, que se remontaba a su primera estadía en la ciudad, en la que se convirtió en un hinchazo acérrimo del equipo merengue, se estrechó con el tiempo. Desde 2007, el novelista dirigía la cátedra de estudios universitarios del club, adscrita a la Universidad Europea. Saltó al campo junto a los capitanes de ambos clubes: Iker Casillas y Joaquín Sánchez, para llegar al medio campo, donde lo esperaba el balón que puso a rodar de un derechazo. Además de impresionarle el estado de tensión en que los jugadores vivían los momentos previos al encuentro, le sorprendió la breve conversación que sostuvo con Casillas, en la que el reciente campeón del mundo le confesó su admiración, luego de haber leído *La casa verde*.

Los homenajes y condecoraciones se fueron sumando luego del Nobel. En 2012, el presidente del recién elegido Gobierno Español, Mariano Rajoy, le ofreció dirigir el Instituto Cervantes, de cuyo patronato ya era miembro. Él agradeció la propuesta, pero la rechazó alegando sus compromisos profesionales. Lo mismo había ocurrido en 1996 —el año de su toma de posesión del sillón «L» de la Real Academia Española—, cuando José María Aznar le hizo una oferta similar. Aquella vez, argumentó que podía «servir mucho más a España, a la cultura y al Gobierno de Aznar conservando la independencia y libertad».

Luego, en 2015, durante los actos conmemorativos por el alzamiento popular del Dos de Mayo, la Comunidad de Madrid le entregó su Medalla de Oro. Era presidente Ignacio González, que encabezó una ceremonia en la Real Casa de Correos, donde también se reconoció la trayectoria del Teatro Real de Madrid. Ahí, ante un auditorio que lo aplaudió de pie, el escritor peruano agradeció el reconocimiento y pidió a todos los galardonados que sigan haciendo de Madrid una ciudad «libre, culta, democrática y abierta».

En junio de ese año, en una portada de la revista *¡Hola!* se hizo pública la relación sentimental que Mario Vargas Llosa iniciaba con Isabel

Preysler. El escritor se hizo residente en Madrid y se mudó a la mansión que la *socialité* mantiene en la exclusiva urbanización Puerta de Hierro. La noticia causó conmoción en la prensa del corazón, cuyos correspondientes se agolparon a las puertas de la casa de la calle Flora para intentarle arrancar una declaración a cualquiera que entrara o saliera, y la pareja se convirtió en el centro de atención nacional.

A pesar del revuelo, Vargas Llosa intentó defender su rutina, que siguió arrancando a las cinco de la mañana y proseguía con una caminata, ahora por las calles arboladas y de aceras angostas de su nueva residencia, muy próxima al Real Club de la Puerta de Hierro, el más exclusivo de España.

La vida de Vargas Llosa, siempre agitada, cobró un ritmo vertiginoso, con la multiplicación de sus compromisos sociales. A ellos sumó acontecimientos tan notables como su ingreso a La Bibliothèque de La Pléiade, la legendaria colección francesa de sobrias tapas de cuero y papel semibiblia publicada por la editorial Gallimard. Para el escritor, un bibliófilo que acostumbraba regalarse por su cumpleaños algún volumen de La Pléiade, y que la consideraba «el canon de la literatura, aquel territorio al que acceden solo las obras literarias que han superado la prueba del tiempo», el día que, estando en casa de Carmen Balcells, recibió el correo en que Antoine Gallimard le comunicaba que era la hora de incorporarlo a la colección, fue el más feliz de su vida: «Casi me desmayo de la emoción», confesó. Finalmente, dos volúmenes compendiarían ocho novelas del autor, publicadas entre 1963 y 2006 y seleccionadas por él mismo. El primero incluye *La ciudad y los perros*, *La casa verde* (a la que se añade «Historia secreta de una novela»), *Conversación en La Catedral* y *La tía Julia y el escribidor*. En el segundo aparecen *La guerra del fin del mundo*, *La fiesta del Chivo*, *El paraíso en la otra esquina* y *Travesuras de la niña mala*.

A fines de marzo de 2016, Vargas Llosa celebró su cumpleaños 80, ofreciendo una cena para 400 personas en el Hotel Villamagna de Madrid a la que asistieron su hijo Álvaro, junto a políticos como Felipe González, José María Aznar, Ana Botella, Pablo Casado, José Manuel García-Margallo, Esperanza Aguirre, Cayetana Álvarez de Toledo, Sebastián Piñera, Andrés Pastrana y Álvaro Uribe; periodistas como Iñaki Gabilondo, Federico Jiménez Losantos y Juan Luis Cebrián, y escritores como Álvaro Pombo, Rosa Montero, Fernando Iwasaki, Jorge Eduardo Benavides y Carlos Granés. Ese año publicaría la novela *Cinco esquinas* (2016).

El 8 de octubre de 2017 partió a Barcelona para presentarse, una semana después del referéndum independentista catalán, en un multitudinario mitin convocado por Sociedad Civil Catalana que se llamó «*Prou! Recuperem el Seny*» («¡Basta! Recuperemos el sentido común»). Esa soleada tarde, Vargas Llosa rompió la promesa que se había hecho luego de perder las elecciones presidenciales de su país, en 1990: nunca más volver a subirse a un estrado. Ante cientos de miles de personas que marcharon desde la Plaza de Urquinaona, pronunció un alegato en contra de la pasión nacionalista y en favor de la unidad de España:

Además de catalanes, hay aquí, esta mañana, miles de hombres y mujeres venidos de todos los rincones de España —e incluso del Perú—, a decirles a los amigos catalanes que no están solos, que estamos con ellos, que queremos dar juntos con ellos la batalla por la libertad. Estamos armados de ideas, de razones y de una convicción profunda de que la democracia española está aquí para quedarse. Y que ninguna conjura independentista la destruirá.

Su trabajo literario no se detendría. Al año siguiente llegaría *La llamada de la tribu* (2018) y, posteriormente, *Tiempos recios* (2019). Como el resto de la humanidad, la vida de Vargas Llosa cambió en 2020. A finales de enero de ese año, en San Sebastián de la Gomera se diagnosticó el primer caso de un español infectado con Covid-19. La rápida expansión del virus llevó a las autoridades del país a decretar el estado de alarma y, el 15 de marzo, a imponer una cuarentena nacional, que concluiría 98 días más tarde.

En octubre de ese año, en uno de los primeros eventos ocurridos tras el final de los días más estrictos de la cuarentena, el novelista celebró los diez años de recepción del Premio Nobel con un homenaje en el auditorio del Instituto Cervantes que, por las condiciones sanitarias, se realizó con el aforo reducido y el público equipado con mascarillas quirúrgicas. El acto incluyó una semblanza fotográfica a cargo de Daniel Mordzinski, el fotógrafo de los escritores, así como las intervenciones virtuales de distintas personalidades y amigos: el escritor Javier Cercas; la escritora Nélida Piñón, el filósofo Fernando Savater, la profesora del City College of New York (CUNY) Raquel Chang-Rodríguez, el biógrafo Gerald Martin, el traductor al japonés Ryukichi Terao, el presidente

de la Real Academia Española Antonio Muñoz Machado, la editora Pilar Reyes, y sus hijos Morgana y Gonzalo, que evocaron anécdotas y estimaron su obra. A continuación, sostuvo un diálogo con su hijo Álvaro, que recordó las declaraciones de Vargas Llosa, quien se prometió que el Nobel no lo anquilosaría, convertiría en estatua o mataría en vida, como pasó con tantos otros:

La idea general que existe es que si alguien recibe el Premio Nobel de literatura, su carrera literaria ha terminado. Entonces, si uno está vivo todavía, se siente muy desmoralizado, y trata de demostrar que eso no es verdad. Que existe una vida literaria después del Premio Nobel. Que uno puede seguir escribiendo. Publicando. Es decir, que está vivo todavía. Bueno, yo creo haberlo demostrado. Ojalá no me equivoque.

Como se ha dicho, Vargas Llosa aprovechó las largas semanas de confinamiento para cumplir una tarea postergada por años e inició la lectura meticulosa de la vasta obra del escritor canario Benito Pérez Galdós, incluyendo sus *Episodios Nacionales*, sus novelas y una buena parte de sus obras de teatro. El resultado, *La mirada quieta (de Pérez Galdós)*, saldría a la venta en abril de 2022. Ese mismo mes, Vargas Llosa sufriría un primer contagio de coronavirus, que derivaría en una grave neumonía, obligándolo a internarse por cinco angustiosos días en la clínica Ruber Juan Bravo. Durante ese difícil trance estuvieron sus tres hijos, que vinieron a Madrid de distintos confines del mundo para acompañarlo en su convalecencia.

Saldría de la clínica Ruber para, siete años después de marcharse a Puerta de Hierro, volver a su casa de la calle Flora, donde viviría un progresivo reencuentro con su entorno, una vez terminada su relación con Isabel Preysler, tras lo cual volvería al Perú plenamente reconciliado con su esposa Patricia. A comienzos de 2023, a propósito de su ingreso en la Academia Francesa, ofrecería una entrevista al diario *El País* donde, refiriéndose a ese período, declararía: «La experiencia se vivió y ya está. Ya vuelvo a estar aquí, rodeado de mis libros. No me arrepiento de nada, absolutamente». También hablaría de sus problemas de salud, cada vez más frágil:

La memoria la tuve siempre muy lúcida. Recordaba las cosas, y noto cómo se ha empobrecido. Es inevitable: 86 años. Hay cosas que recuerdo más que otras, pero... Algunos nombres, por ejemplo: veo las caras, pero los nombres se me han perdido [...]. Recuerdo muchas cosas que lamento que se hayan perdido. Por ejemplo, los años universitarios. Los recuerdo con gran lucidez. En cambio, para los de inmediatamente después ya entro en una especie de nebulosa. Son como unas nubes que de pronto me recuerdan hechos muy tristes, o muy alegres.

Los galardones se sucedieron durante aquella temporada. En junio de 2022, fue nombrado Patrono de Honor del Teatro Real de Madrid. La nota de prensa explicaba:

Vargas Llosa colabora con el Real desde el primer Patronato presidido por Gregorio Marañón, hace casi 15 años. El Nobel, cuya contribución al desarrollo de la actividad cultural del Teatro es muy relevante, fue el primer presidente del Consejo Asesor del Teatro Real, creado en 2011. El Teatro Real ha homenajeado recientemente a Mario Vargas Llosa con un almuerzo presidido por el ministro de Cultura y Deporte, Miquel Iceta, y en el que participó la práctica totalidad del Patronato, además del presidente de la Junta de Protectores, Fernando Ruiz.

Uno de los homenajes más emocionantes que recibió ocurrió en octubre de ese mismo año, cuando se le nombró Madrileño del Año «en reconocimiento a su amor a la capital y por haber sido en múltiples ocasiones embajador de Madrid». En la ceremonia de entrega del premio, el alcalde José Luis Martínez-Almeida expresó el orgullo que sentía porque el escritor peruano «haya decidido que Madrid sea la mejor ciudad para vivir». «La universalidad de Madrid se llama Mario Vargas Llosa», añadió, pasando a recordar la participación del escritor en la manifestación contra el nacionalismo secesionista en Cataluña.

En respuesta, Vargas Llosa rememoró su vieja e intensa relación con la ciudad. «Me siento abrumado con el recibimiento de madrileño del año, algo que desborda mis más vanidosos secretos», dijo, afirmando que el premio demostraba que había estado en lo cierto al pedir la nacionali-

dad española en 1993, ante el riesgo de que Fujimori lo privara de la peruana. Añadió:

Pertenecer a Madrid y ser un madrileño significa un honor. En Madrid ningún extranjero recibirá alguna vez esa actitud de cierta hostilidad que casi todas las ciudades muestran a los extranjeros. [...] Pueden estar seguros de que, a partir de esta noche, me sentiré mucho más madrileño de lo que ya soy y de que contribuiré en la medida de mis fuerzas a engrandecer de una manera visible y notoria a esta ciudad. Madrid y libertad son dos términos inseparables por los que todos debemos luchar. Esa libertad de Madrid es nuestra garantía de futuro. La libertad es el perfume que se respira en las calles de Madrid y es una obligación mantenerla.

Para entonces, la ciudad había prohijado a Vargas Llosa, imponiéndole su nombre a numerosos lugares públicos. A día de hoy, aquí funcionan el Centro de Educación Infantil y Primaria (CEIP) Mario Vargas Llosa, de las Rozas, y el Centro de Educación de Personas Adultas (CEPA) Mario Vargas Llosa, de Majadahonda. Este último es vecino de la que, muy probablemente, sea la agrupación más inesperada en llevar el nombre del escritor: el Grupo Scout Mario Vargas Llosa, que se fundó en 2011 y funciona en el Centro Juvenil Príncipe de Asturias.

La Biblioteca Mario Vargas Llosa atiende a los lectores en la calle de Barceló del barrio de Justicia, a pocos pasos del Museo de Historia de Madrid, del Museo del Romanticismo, del Mercado Barceló y de la plaza Santa Bárbara. En Parla, en un crucigrama de calles tendido alrededor del Parque de los Escritores, donde coinciden los nombres de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Octavio Paz, Alejo Carpentier, Isabel Allende, Juan Rulfo y Pablo Neruda, la calle Mario Vargas Llosa se cruza con la calle Gabriel García Márquez. Esta misma coincidencia ocurre en Villalbilla, donde los nombres de los escritores del boom latinoamericano aparecen al lado de Federico García Lorca, Rafael Alberti o Ramón María del Valle-Inclán. Algo semejante ocurre al este, en Rivas-Vaciamadrid, donde la calle Mario Vargas Llosa es vecina de las calles Jorge Guillén, Rosa Chacel, María Zambrano o Ana María Matute. Al norte, junto a la Base Aérea de Torrejón, se extiende la avenida Premios Nobel y la calle Mario Vargas Llosa. En Alcalá de Henares, son vecinas

de la calle Mario Vargas Llosa las calles Gabriela Mistral, Augusto Rosa Bastos, León Felipe y Luis Cernuda.

El segundo contagio de coronavirus, en julio de 2023, pilló a Vargas Llosa con las defensas ya mermadas. También superaría esa recaída, pero su salud quedó gravemente comprometida. En octubre de ese año, una breve nota al final de *Le dedico mi silencio* anunciaba que esa era su última novela y que el ensayo que estaba trabajando sobre Jean-Paul Sartre, su maestro de juventud, sería lo último que escribiría. En diciembre, después de 33 años, se despidió del periodismo con una columna publicada en el diario *El País* que tituló, justamente, «Piedra de Toque». Al poco tiempo, dejaría Madrid.

7. LA ÚLTIMA VISITA



Mario Vargas Llosa se afincó en Lima, en su apartamento frente al mar de Barranco, donde un pequeño ejército de médicos y enfermeros se turnaban para acompañarlo en la lucha por su salud. Sin quererlo, había vuelto a su país de nacimiento, el lugar con el que tuvo su relación más encarnizada y en el que ubicó la mayoría de sus ficciones. El propio novelista la definió así:

El Perú es para mí una especie de enfermedad incurable y mi relación con él es intensa, áspera, llena de la violencia que caracteriza a la pasión. El novelista Juan Carlos Onetti dijo una vez que la diferencia entre él y yo, como escritores, era que yo tenía una relación matrimonial con la literatura, y él, una relación adúltera. Tengo la impresión de que mi relación con el Perú es más adúlterina que conyugal: es decir, impregnada de celos, apasionamientos y furros. Conscientemente lucho contra toda forma de nacionalismo, algo que me parece una de las grandes taras humanas y que ha servido de coartada para los peores contrabandos. Pero es un

hecho que las cosas de mi país me exasperan o me exaltan más y que lo que ocurre o deja de ocurrir en él me concierne de una manera íntima e inevitable. Es posible que, si hiciera un saldo, resultaría que, a la hora de escribir, lo que tengo más presente del Perú son sus defectos. También, que he sido un crítico severo hasta la injusticia de todo aquello que lo aflige. Pero creo que, debajo de esas críticas, alienta una solidaridad profunda. Aunque me haya ocurrido odiar al Perú, ese odio, como en el verso de César Vallejo, ha estado siempre impregnado de ternura.

A decir del escritor Alonso Cueto, el lugar de nacimiento de Mario Vargas Llosa fue proverbial: «La diversidad del Perú es ideal para la búsqueda múltiple y el registro de lo heterogéneo que impulsa a Vargas Llosa». Se trata de un punto donde coinciden, se encuentran y desencuentran «todas las razas y todos los tipos humanos, todas las geografías y todos los interiores» que, por lo mismo, resulta «un hogar adecuado a una vocación por la infinita variedad». El propio Vargas Llosa da la clave sobre su propia identidad al hablar de Latinoamérica y, por extensión del Perú, diciendo que:

... no es exagerado decir que no hay tradición, cultura, lengua y raza que no haya aportado algo a ese fosforescente vórtice de mezclas y alianzas que se dan en todos los órdenes de la vida en América Latina. Esta amalgama es nuestro mejor patrimonio. Ser un continente que carece de identidad porque las tiene todas.

En el Perú queda esa Arcadia perdida que fue la ciudad de Arequipa, donde apenas vivió pero que conoció de oídas, magnificada por las historias que relataban sus abuelos y tíos, a la que siempre se sintió umbilicalmente ligado:

Aunque al año de haber nacido, mi familia me sacó de Arequipa y nunca he vuelto a vivir en esa ciudad, siempre me he sentido muy arequipeño, y yo también creo que las bromas contra nosotros que corren por el Perú —dicen que somos arrogantes, antipáticos y hasta locos— se deben a que nos tienen envidia. ¿No hablamos el castellano más castizo? ¿No tenemos ese prodigio arquitectóni-

co, Santa Catalina, un convento de clausura donde llegaron a vivir quinientas mujeres? ¿No hemos sido escenario de los más grandilocuentes terremotos y el mayor número de revoluciones de la historia peruana?

Pero en el Perú también queda Lima, «la ciudad más extraña y triste que verse pudiera», como fue descrita por Herman Melville en *Moby Dick*, lugar de la nostalgia y el desencanto, con la sombrilla gris de su neblina y la omnipresente humedad, a la que Vargas Llosa amaba y odiaba, donde pasó buena parte de su juventud bajo el yugo de un padre autoritario y violento a quien creía muerto pero que revivió para trastocar su vida y convertirla en un infierno sobre la tierra, y donde se formó, en el Colegio La Salle, el Leoncio Prado y la Universidad de San Marcos. De esos recuerdos surgirían el torrente de anécdotas, imágenes y sensaciones que alimentarían las mejores páginas de *La ciudad y los perros*, *Los cachorros*, *Conversación en La Catedral* o *La tía Julia y el escribidor*, así como una conexión tormentosa que, incluso contra su voluntad, lo mantendría atado a ella. Sería donde volvería todos los años a pasar una temporada y a la que estuvo a punto de regresar definitivamente luego de sus años en Barcelona porque sus vecinos, los García Márquez, se habían marchado, Patricia había quedado embarazada, y porque el propio Vargas Llosa sentía que su lenguaje había comenzado a perder su naturaleza y originalidad, pues llevaba años fuera del Perú y él «escribía en peruano». Lima reaparecería con la persistencia de una condena en *Historia de Mayta*, *Elogio de la madrastra*, *Los cuadernos de don Rigoberto*, *Travesuras de la niña mala*, *El héroe discreto*, *Cinco esquinas* y *Le dedico mi silencio*, y sería el lugar adonde, contra todo pronóstico, el escritor se recogería para pasar tranquilamente sus últimos días rodeado de su tribu familiar.

París, por su parte, era el lugar del mito, ese destino al que debía viajar si quería cumplir los sueños que lo abrasaban desde joven. Por sus calles habían caminado algunas de las figuras de su altar personal como Flaubert, Victor Hugo, Balzac o Jean-Paul Sartre, cuyas ideas sobre el compromiso del intelectual lo habían seducido, deslumbrado y catequizado, moldeando la clase de escritor que quería ser. Por supuesto, era también el puerto de llegada de otros muchos letraheridos, que habían migrado imantados por la fascinación de la Ciudad de la Luz y habían, incluso sin hablar francés, forjado carreras brillantes, con obras

que Vargas Llosa admiraba hasta el fanatismo y había estudiado lápiz en mano, como James Joyce (cuyo *Ulises* había sido censurado por blasfemo y pornográfico en Gran Bretaña y los Estados Unidos, y vio la luz por primera vez en Francia), o sus herederos de la Generación Perdida: Ernest Hemingway o Francis Scott Fitzgerald. Pero era además ese rincón donde había cumplido el sueño de terminar, luego de los desvelos vividos en el barco de venida a Europa y las humosas tardes de Jute, la novela que lo catapultaría al estrellato literario: *La ciudad y los perros*. No menos importante era donde había comenzado a descubrir su identidad —lejos de su patria, de manera impensada, casi por casualidad—: «En París yo empecé a sentirme un peruano, un latinoamericano, y descubrí que las fronteras eran artificiales: ¿qué diferenciaba a Perú de Colombia o de Bolivia? Nada, absolutamente nada».

Barcelona, en cambio, donde vivió entre 1970 y 1974 en una casa de la esquina de las calles Osio y Caponata, en el barrio de Sarrià, vecina a la de Gabriel García Márquez, representaba la consolidación de su vocación. En ella habían convergido un puñado de escritores que le habían dado forma a ese movimiento literario de seudónimo pirotécnico, el *boom* latinoamericano, que había revelado al mundo un continente vibrante y nuevo, donde la historia estaba en plena construcción, las utopías parecían accesibles y se incubaban variedades sorprendentes e ignoradas de magia. Al mismo tiempo que descubrían geografías, personajes y costumbres, sus autores revolucionaban la forma narrativa introduciendo recursos, técnicas y estilos innovadores, que replanteaban la manera de contar historias.

Vargas Llosa contó su llegada así:

Un día Carmen Balcells llegó [a Londres, donde vivía] y abrió la puerta de un patadón con regalos para mis hijos, y me dijo: «Te vas esta misma tarde a Barcelona». Y le digo: «Pero ¿estás loca? ¿Cómo se te ocurre esto? Tengo dos hijos a los que mantener». Y ella: «Vas a ganar lo que ganas en la universidad si te vas a Barcelona». A Carmen Balcells tenías que hacerle caso o matarla, porque no había intermedio. Entonces renuncié. Mi jefe de la universidad me dijo: «¿Vas a vivir de tus derechos de autor? ¡Estás loco! ¡Nadie vive de sus derechos de autor, nadie! ¡Si tenemos que pagar para ser publicados!». Entonces dije: «Pues estoy loco, pero es que para

quedarme tengo que matar a Carmen Balcells, y estaría más loco aún». Y nos fuimos.

Prohijados por Balcells e impulsados por el editor Carlos Barral, los escritores latinoamericanos y españoles se conocieron luego de

... cuarenta años dándose las espaldas. Las editoriales españolas empezaron a publicar a latinoamericanos. [...] El gran sueño de los catalanes era la nueva sociedad, la sociedad libre, la democracia. Los españoles iban a Barcelona para sentirse europeos. Barcelona tenía una efervescencia cultural formidable. Todas las grandes editoriales estaban en Barcelona. A mí no se me pasaba por la cabeza que algún día el independentismo fuera, no ya mayoritario, sino tan importante. Me acuerdo de que me quedé muy impresionado cuando llegaban latinoamericanos —chicos, chicas, muy jóvenes— que llegaban como nosotros llegábamos antes a París, porque en Barcelona había que estar, había que publicar libros en Barcelona, conseguir que alguna editorial de Barcelona te sacara. Barcelona prendió, tuvo una riqueza internacional muy grande, y fueron latinoamericanos los que llegaban allí. Me impresionó muchísimo eso. Trabajé también, escribí *Pantaleón y las visitadoras*, y no recuerdo ahora qué otros libros.

Londres, por su parte, era la civilización. Ese espacio donde, luego de siglos enconándose y entrematándose, los seres humanos habían encontrado la clave para resolver sus diferencias pacíficamente, por medio del debate de ideas y el respeto a la ley, al mismo tiempo que equilibraban tradición y modernidad, ocio y trabajo, vértigo y sosiego, alta cultura y cultura popular. Con el tiempo confesaría que fue durante su primera estadía —en la calle Philbeach Gardens del Kangaroo Valley, mientras dictaba clases en Saint Mary's College y luego en el Departamento de Idiomas del King's College— que descubrió el ambiente perfecto para escribir:

En la docta atmósfera de la biblioteca del Museo Británico y la animada vida cultural de Londres con sus teatros, galerías de arte, librerías y salas de conferencias pude pergeñar mis propias

ficciones de mucha mejor forma que si hubiera estado inmerso en el mare mágnam latinoamericano y pude encontrar la clase de estímulo intelectual necesario para todo escritor.

Ahí también vivió las experiencias que consolidarían la evolución de su pensamiento político, del comunismo y las vibrantes simpatías por la revolución cubana, al liberalismo político y económico. En primer lugar porque, como recuerda Ignacio Peyró, en Londres leería a Friedrich Hayek y Karl Popper, que le causaron un profundo impacto con sus ideas sobre la sociedad abierta, la protección de las libertades individuales y el rechazo al totalitarismo. Además, porque sería desde su atalaya londinense que atestiguaría, de cerca y con honda admiración, la transformación que las reformas emprendidas por Margaret Thatcher causarían en una Gran Bretaña que, a decir de Vargas Llosa:

... se hundía en la mediocridad y en la decadencia, deriva natural del estatismo, el intervencionismo y la socialización de la vida económica y política, aunque, eso sí, guardando siempre las formas y respetando las instituciones y la libertad, una segunda naturaleza para la sociedad británica.

Madrid, en cambio, era un lugar tangible, hecho de realidades y personas de carne y hueso, antes que de anhelos, sueños o recuerdos. De ella le gustaban muchas cosas. Se llevaba de maravilla con sus vecinos, mujeres y hombres abiertos, expansivos, acogedores y ruidosos, y la repentina rudeza de algunos le producía una mezcla de fascinación, curiosidad y ternura. Al tener que repartir su tiempo a ambas orillas del Atlántico, su ubicación privilegiada entre América y Europa le resultaba muy práctica. Y vivía agradecido por la textura, transparencia y color del cielo madrileño, que le hacían recordar al de su Arequipa natal.

El mismo Vargas Llosa escribió:

Madrid es mi ciudad. Ha pasado a ser mi ciudad, yo paso muchos meses del año en Madrid, de tal manera que ya no tengo con Madrid una relación de distancia, en absoluto. Creo que he pasado a ser un madrileño más, algo que en Madrid es posible. Para mí, uno de los grandes encantos de Madrid es que es la ciudad de to-

dos. No es la ciudad de los madrileños, porque no hay madrileños. De hecho, Madrid es una ciudad de gente vecindada, llegada a Madrid, que ha elegido Madrid y ya es madrileña. Que es mi caso. Eso es lo que soy yo también y, entonces, frente a Madrid reacciono como un madrileño cualquiera, con indignación, con irritación, con entusiasmo, con felicidad. Es una ciudad que ya conozco bastante bien, con la que me siento muy identificado. Ha pasado a ser mi ciudad. Para mí es el símbolo mejor de la transformación increíble, inverosímil de España en los últimos treinta o cuarenta años. Es la transformación histórica más extraordinaria que me ha tocado vivir y, bueno, creo que toda la gente de mi generación puede decir lo mismo. Mirar España, sobre todo pensando en los jóvenes españoles, y decirles: «Bueno, si ustedes supieran la suerte que tienen, el privilegio que tienen de vivir ahora y de no haber sido jóvenes hace cuarenta o cincuenta años».

Con su mudanza al Perú, Vargas Llosa redujo al máximo sus apariciones públicas y tuvo una vida más recogida y familiar. Por un tiempo mantuvo sus caminatas matinales, ahora en compañía de su amigo Pedro Cateriano, que pasaba a recogerlo a su casa los martes, jueves y sábados a las 6:45 de la mañana. Iban en auto por el malecón de Barranco, entraban al circuito de playas de la Costa Verde y llegaban al Club de Regatas Lima de Chorrillos, un espacio privado, donde podían caminar tranquilamente, sin el riesgo latente de las calles limeñas. Los paseos duraban media hora y hablaban de todo, sobre todo de política, pues Cateriano venía trabajando una biografía política de Vargas Llosa² y los aprovechaba para repasar con él algunos instantes trascendentales de su vida (su adhesión a la revolución cubana, su ruptura por el caso Padilla, su descubrimiento del liberalismo, su experiencia en la Gran Bretaña de Thatcher, su postulación a la presidencia del Perú), así como discutir su evolución y los detalles de su pensamiento político.

A punto de cumplir 89 años, terminó por suspender esas salidas. Las reemplazó por nostálgicos paseos en auto con su hijo Álvaro, que lo llevó a reencontrarse con algunos de los escenarios de sus primeras novelas, como el Colegio Militar Leoncio Prado y el jirón Huatica que aparecen en

2 Publicada en marzo de 2025, se titularía *Vargas Llosa, su otra gran pasión*. El escritor llegaría a recibir el primer ejemplar impreso.

La ciudad y los perros, la intersección conocida como Cinco Esquinas, el penal de Lurigancho o el extinto Bar La Catedral, hoy convertido en un estacionamiento en ruinas, del que cuelga un cartel de «Se Vende» al que nadie parece hacer caso.

Mario Vargas Llosa estuvo por última vez en Madrid en julio de 2024, junto con su familia que, como había hecho en tantísimas ocasiones, emprendió un viaje familiar dentro del viejo continente. Pasó unos días en su casa de la calle Flora, sitiada por una nube de reporteros de la prensa rosa que pugnaban por tomarle unas instantáneas o robarle unas palabras al paso, y llegaron a rentar un piso cercano para conseguirlo. Por entonces, además de Helen, la cocinera proveniente de Bolivia, a la logística doméstica se había sumado Anita, una recia peruana, devota evangélica, que se volvió especialista en el arte de dispersar los cardúmenes de periodistas atrincherados en el portal de la casa y que, mezclando todas las frutas imaginables, preparaba unos sustanciosos concentrados que entregaba a un horrorizado Vargas Llosa (quien siempre tuvo fobia a la fruta) y, desoyendo sus protestas, no se movía de su lado hasta que lo veía terminarse hasta la última gota, mientras le repetía la misma reprimenda: «Usted es muy valioso y tiene que estar sano, don Mario».

Esa vez, Mario Vargas Llosa acudió a unos contados compromisos, como la presentación de *Casi todo desaparece*, novela de la escritora peruana Verónica Ramírez, quien por años fue una de sus asistentes. La familia en pleno escogió pasar unos días en una isla griega. Luego, volvieron a Madrid. La figura del novelista, ahora delgada y parsimoniosa, visitó algunos restaurantes, como El Landó, a un paso de la travesía de las Vistillas, y pudo despedirse de aquellas calles familiares del centro de la ciudad por las que tantas veces había paseado a lo largo de los años.

Llegó a Lima en el mes de agosto y pasó la mayor parte del tiempo en su piso de Barranco, rodeado por su familia y sus amigos, al cuidado de sus enfermeros. La última vez que se hicieron públicas fotografías suyas fue a propósito de su cumpleaños 89, el 28 de marzo de 2025. Pronto, cayó en un coma profundo. Sus hijos y nietos hicieron turnos junto a su lecho de muerte para leerle fragmentos de Jorge Luis Borges y *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. También le pusieron su música favorita. En esas horas sonaron Beethoven, Mahler, vibró la voz de Cecilia Barraza, musa de Vargas Llosa, y su nieta Anaís, cantante de conservatorio, le dedicó una interpretación de la canción *Chabuca Limeña*, con que el compositor español Manuel Alejandro homenajearon a la cantante y compo-

tora criolla Chabuca Granda. Finalmente, el 13 de abril de 2025, expiró. Unas palabras tuyas renovaron su vigencia:

La muerte a mí no me angustia. Hombre, la vida tiene eso de maravilloso: si viviéramos para siempre sería enormemente aburrida, mecánica. Si fuéramos eternos sería algo espantoso. Creo que la vida es tan maravillosa precisamente porque tiene un fin.

8. EPÍLOGO



Pasábamos unos días en un pueblo cercano a la sierra de Javalambre, en Teruel. Esa mañana habíamos salido temprano, a recorrer un camino rural que cimbreaba junto a la ladera de una montaña, acompañando un riachuelo cargado de agua. Almorzamos junto a una laguna y volvimos a la casa por la tarde. Mi esposa y yo acompañamos a los niños a jugar a un parque y los demás adultos se quedaron a descansar o a preparar la cena, que comimos en una terraza descubierta, en dos mesas largas donde nos repartimos. Recuerdo que, cansado por la jornada, me dormí en cuanto volví a mi habitación.

El estallido del teléfono me despertó de golpe. Eran las tres de la mañana y, cuando revisé la pantalla, descubrí que tenía una docena de llamadas perdidas. Supuse que algo malo acababa de ocurrir, me levanté de la cama, salí de la habitación y me senté en el sofá del salón a oscuras. Tuve un presentimiento y, cuando abrí el teléfono, supe que había sido correcto. Leí el mensaje que Morgana, Gonzalo y Álvaro habían

publicado en redes sociales³ y, haciendo esfuerzos por no romper a llorar, comencé a responder mensajes y a seguir la noticia en la prensa mundial, incapaz de volver a dormir.

Lo había visto por última vez una mañana de mayo de 2024. Yo estaba en Lima de emergencia, porque el cáncer de mi papá se había seguido expandiendo hasta tomar todo su organismo y una infección generalizada lo había sumido en un coma del que no despertaría. Pasaba el día con mis hermanos y algunos amigos, velando su cuerpo que descansaba inerte sobre una cama de hospital instalada en medio del salón de su pequeño apartamento próximo a la calle Santa Cruz, oyendo el ritmo acompasado del respirador que inflaba y desinflaba su pecho, manteniéndolo en los márgenes de la vida.

Como despertaba tan temprano por el cambio de horario, aprovechaba para ir a primera hora al gimnasio del Club Regatas, de donde era socio desde niño. Un mañana salí de entrenar a las siete y, cuando entré al estacionamiento para marcharme a casa de mi papá, lo vi: delgado, con andar pausado y ligeramente encorvado. Estaba vestido de deporte, con zapatillas, gorrita, casaca y pantalón de chándal (los peruanos lo llamamos «buzo»). Al acercarme, descubrí con orgullo que era la indumentaria oficial de Universitario de Deportes, el club de fútbol peruano del que ambos éramos hinchas.

Lo saludé emocionado y al comienzo lo vi dudar. Iba en compañía de Pedro Cateriano, que intervino y le aclaró: «Mira, Mario, es Raúl». Entonces sonrió, me dio la mano, me palmeó el hombro y me dijo, enfático: «Hombre, Raúl, qué bueno verte. No sabía que practicabas deporte por las mañanas». Fue una conversación breve y pasajera, producto de la coincidencia. Quién habría dicho que vería por última vez a Mario Vargas Llosa el mismo día que mi papá falleció.

3 «Con profundo dolor, hacemos público que nuestro padre, Mario Vargas Llosa, ha fallecido hoy en Lima, rodeado de su familia y en paz. Su partida entristecerá a sus parientes, a sus amigos y a sus lectores alrededor del mundo, pero esperamos que encuentren consuelo, como nosotros, en el hecho de que gozó de una vida larga, múltiple y fructífera, y deja detrás suyo una obra que lo sobrevivirá. Procederemos en las próximas horas y días de acuerdo con sus instrucciones. No tendrá lugar ninguna ceremonia pública. Nuestra madre, nuestros hijos y nosotros mismos confiamos en tener el espacio y la privacidad para despedirlo en familia y en compañía de amigos cercanos. Sus restos, como era su voluntad, serán incinerados».

Volví a Madrid unas semanas después, para reincorporarme a la dirección de la Cátedra Vargas Llosa. Además de resolver los pendientes de los festivales, premios literarios y proyectos que desarrollamos con universidades, me mantuve muy atento a las noticias sobre Mario, revisando las publicaciones en redes sociales de Álvaro Vargas Llosa —por ejemplo, la secuencia de su reencuentro con los escenarios limeños de sus novelas— y consultando a los amigos comunes cómo estaba.

Lo último que vi antes de la noche en que el teléfono me despertó en una casa rural de la sierra de Javalambre, trayendo la noticia de su fallecimiento, fueron las fotografías, apenas dos semanas antes, de su cumpleaños 89. Lo celebró con un almuerzo en la terraza del apartamento de Barranco de su hija Morgana, al que acudieron sus mejores amigos, muchos de ellos viajando de otros países. Ahí aparecía radiante, sonriendo en paz mientras era rodeado, abrazado y celebrado por su familia y sus afectos.

¿Qué otro escritor despertaría la misma conmoción global que produjo Mario Vargas Llosa con su muerte? Me lo preguntaba mientras revisaba los titulares de los diarios de Estados Unidos, Francia, Italia, Alemania, el Reino Unido, España y el íntegro de América Latina, que dedicaban sus portadas a informar la noticia y a reseñar la carrera de uno de los escritores e intelectuales más relevantes de nuestro tiempo, así como los mensajes de condolencia de personalidades de todo el mundo.

Los reyes de España, Felipe y Letizia, publicaron un emotivo adiós: «El Olimpo de las letras universales le ha abierto sus puertas a Mario Vargas Llosa. Gracias siempre por toda su inmensa obra a nuestro hispano-peruano eterno. Nuestras más sentidas condolencias a toda su familia y amigos». «Un día negro para la literatura. Nos deja Mario Vargas Llosa. Premio Nobel e icono universal de la literatura de habla hispana. Mi más sentido pésame a familiares, allegados y lectores», escribió el actor Antonio Banderas, y el torero Andrés Roca Rey: «Descansa en paz, querido Mario». El escritor Arturo Pérez Reverte publicó una foto en compañía de Vargas Llosa, Javier Marías y la editora Pilar Reyes, acompañada del mensaje: «Como decía el torero Luis Miguel Dominguín, siempre queda uno para contarlo. Aunque al final siempre hay otros que acaban por contar al que lo cuenta. Son las viejas reglas». A ellos se sumaron instituciones como la Real Academia Española, el Instituto Cervantes y La Casa de América, y figuras políticas como el expresidente de Uruguay, Luis Lacalle Pou; los expresidentes de Colombia, Álvaro Uribe

e Iván Duque; el presidente del Gobierno de España, Pedro Sánchez; la presidenta del Perú, Dina Boluarte, o la líder de la oposición venezolana y recientemente ganadora del Premio Nobel de la Paz, María Corina Machado.

«Lamento profundamente la muerte del Nobel Vargas Llosa, gran pérdida para la literatura universal. Me siento muy honrada por haber compartido tantos momentos con este hombre generoso y libre. Le echaremos mucho de menos», escribió Isabel Díaz Ayuso, presidenta de la Comunidad de Madrid, sobre Vargas Llosa. Luego de trasladar sus condolencias, las autoridades madrileñas anunciaron que buena parte de la agenda del programa de la Hispanidad del año se destinaría a recordar su figura y valorar su legado. También se informó la entrega, a título póstumo, de la Medalla Internacional de las Artes a Mario Vargas Llosa, evento que ocurrió en septiembre de 2025, en el Teatro Auditorio de San Lorenzo de El Escorial. Asimismo, un espacio de la capital —una calle, parque o instalación pública— pasará a llevar su nombre.

En los meses siguientes, los homenajes no dejaron de sucederse. En mayo, el Ateneo de Madrid fue escenario de la presentación de *El polemista arriesgado. Catorce asedios liberales a Vargas Llosa*, donde expresidentes y líderes políticos iberoamericanos reflexionan sobre el pensamiento, el legado literario y el compromiso político de Mario Vargas Llosa. El libro incluye un prólogo de Álvaro Vargas Llosa, y cuenta con la participación de María Corina Machado; de los expresidentes del Gobierno de España, Mariano Rajoy y José María Aznar; de Mauricio Macri, expresidente de Argentina; de Guillermo Lasso y Jamil Mahuad, expresidentes de Ecuador; de Laura Chinchilla y Miguel Ángel Rodríguez, expresidentes de Costa Rica; de los expresidentes mexicanos Vicente Fox y Felipe Calderón; de Iván Duque y Andrés Pastrana, expresidentes de Colombia; de Jorge «Tuto» Quiroga, expresidente de Bolivia; de Luis Lacalle Herrera, expresidente de Uruguay; y de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, expresidente de Chile.

En octubre, el Ayuntamiento de Madrid develó una placa conmemorativa en la fachada del edificio ubicado en la avenida de Menéndez Pelayo, 13. Ocupada por el restaurante Arzábal, ahí funcionó Jute, esa tradicional tasca donde atendía un camarero estrábico, las familias se juntaban a comer, tomar un aperitivo o fumar, los bulliciosos alumnos de los colegios vecinos se encontraban y un jovencito anónimo, recién llegado del Perú y cargado de una vocación ciclónica por contar historias, se

sentaba a batallar con las palabras e intentar domar los demonios que lo asfixiaban en una mesita con el tablero de mármol.

Como indica la placa, aquel joven era Mario Vargas Llosa y los papeles que garabateaba con urgencia, fueron *La ciudad y los perros*, el inicio de una aventura vital inigualable, que lo llevaría a escribir algunas de las ficciones que definirían nuestro tiempo. Un fragmento de este libro fue leído en la ceremonia de develación de aquella placa frente al parque de El Retiro, en Madrid, donde todo empezó para el inolvidable escritor y para nosotros, sus agradecidos lectores y amigos.

AGRADECIMIENTOS

Quise escribir un homenaje a Mario Vargas Llosa desde la noche aquella en que un súbito telefonazo me arrancó del sueño para enterarme de la noticia de su fallecimiento. Tardé en hacerlo porque, aunque me comuniqué con varios medios escritos para ofrecerles un artículo, terminó por frenarme la sensación de que, por más extenso y sentido que fuera, sería insuficiente para la admiración y el agradecimiento que atesoro por él.

La ocasión perfecta llegó en agosto de 2025, cuando recibí un correo de Claudia Neira, directora del festival literario Centroamérica Cuenta y buena amiga, donde me contaba que Sergio Ramírez, quien por encargo de la Comunidad de Madrid estaba dirigiendo el proyecto Mapa de Escritores Latinoamericanos en Madrid (que busca dejar un registro sobre el magnetismo que la ciudad ha producido en muchísimos novelistas y poetas del otro lado del Atlántico), pensaba confiarme el volumen dedicado a Mario Vargas Llosa. Va para ellos mi agradecimiento.

Muchas personas sumaron sus aportes en el proceso de escritura de este testimonio, resultado de aquel encargo. Quisiera agradecer muy especialmente a Morgana y Álvaro Vargas Llosa, quienes tuvieron la paciencia y generosidad de revisar el manuscrito de este libro para hacer comentarios, sugerencias y precisiones, así como aportar datos sobre la vida de su padre que lo enriquecieron, perfeccionaron y le dieron su forma final. Lo errores y pifias son entera responsabilidad mía.

También agradezco a Fiorella Battistini, que leyó una versión primigenia del libro, ayudándome con sus opiniones y su minucioso ojo corrector, entrenado en sus más de veinte años de trabajo como asistente de Mario Vargas Llosa. Lo mismo hizo Vanesa Colmegna, que la sucedió en ese cargo y con quien ahora trabajo, codo a codo, en la Cátedra Vargas Llosa.

Con Pedro Cateriano tuve una larga conversación en Quito sobre la relación entre Vargas Llosa y Madrid, que él atestiguó de primera mano, en múltiples visitas y en la larga temporada que pasó en la ciudad, adonde vino para sacarse el doctorado por la Universidad Complutense. En ese mismo viaje conversé con el escritor Alonso Cueto, que añadió anécdotas y su aguda interpretación sobre el vínculo del escritor y la ciudad.

Finalmente, quiero agradecer a Andrea Calvé, por todo, y, en lo que respecta a este libro, por su ayuda y contención durante el segundo se-

mestre de 2025, en que lo escribí a salto de mata, mientras cerraba mi última novela y subía a más aviones de los que podía contar para asistir a los festivales y homenajes que organizamos en Cáceres, Estocolmo, Lima, Arequipa, Quito, Buenos Aires, Ciudad de México y Guadalajara.

Y, por supuesto, a Mario Vargas Llosa, sastrecillo valiente, maestro y amigo eterno, y vecino de Madrid.

CRONOLOGÍA

- 1936 Nace el 28 de marzo en Arequipa (Perú). Sus padres fueron Dora Llosa Ureta y Ernesto Vargas Maldonado, que se habían separado antes del nacimiento y se divorciaron pocos meses después del mismo.
- 1937 Viaja con su familia materna a Cochabamba (Bolivia), donde aprende a leer y escribir y pasa buena parte de su niñez.
- 1945 Con el inicio del gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, su abuelo, que era primo hermano del presidente, es nombrado prefecto de Piura (norte del Perú), adonde se trasladan Vargas Llosa y su madre.
- 1946 Es en Piura que, con diez años de edad, Vargas Llosa conoce a su padre, que hasta entonces creía muerto. Sus padres recomponen su relación y se marchan a Lima, sin anticipárselo a la familia Llosa. Viven en Magdalena del Mar y La Perla, en un ambiente de violencia y temor por el explosivo temperamento de Ernesto Vargas. Los fines de semana, el futuro escritor frecuenta a sus tíos y primos en el barrio de Diego Ferré, en el distrito de Miraflores.
- 1950 A los 14 años, ingresa al Colegio Militar Leoncio Prado, en el Callao, donde hace sus primeros tanteos como escritor, redactando cartas de amor y novelitas eróticas por encargo de sus compañeros.
- 1952 En el verano, entra a trabajar como periodista en el diario limeño *La Crónica*. Ese mismo año deja el colegio militar y se traslada a Piura, a vivir en casa de sus tíos. Estudia en el colegio San Miguel, trabaja para el diario *La Industria* y llega a presentar su primera obra dramática, «La huida del Inca», en el teatro «Variedades».
- 1953 Ingresa a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde estudia Letras y Derecho. Participa en política integrándose en Cahuide, célula clandestina del Partido Comunista del Perú, proscrito por la dictadura de Manuel A. Odría.
- 1955 Contrae matrimonio con Julia Urquidí Illanes, la tía Julia. Para ganarse la vida, mientras estudia en la universidad, llega a tener siete trabajos simultáneos.
- 1956 Publica el relato *El abuelo* en el diario *El Comercio*.
- 1957 Participa en un concurso de relatos convocado por *La Revue Française*, que gana con *El desafío*. El premio consiste en una visita de 15 días a París.

- 1958 En enero, viaja por primera vez a París, donde permanece un mes, gracias al premio de La Revue Française y al apoyo de su tío Lucho Llosa. Ese mismo año se gradúa como bachiller en Humanidades, gracias a su tesis sobre Rubén Darío que, además, le permite acceder a la beca Javier Prado para seguir estudios de posgrado en la Universidad Complutense de Madrid (España), adonde se traslada con Julia.
- 1960 Concluida la beca, Vargas Llosa se muda a París, donde concluye su primera novela, *La ciudad y los perros*.
- 1962 *La ciudad y los perros* gana el Premio Biblioteca Breve. Visita Cuba y expresa sus simpatías por la revolución castrista.
- 1964 Se divorcia de Julia Urquidi Illanes.
- 1965 Se casa con su prima, Patricia Llosa Urquidi, con quien tendrá tres hijos: Álvaro (1966), Gonzalo (1967) y Morgana (1974).
- 1971 Rompe con la revolución cubana a raíz del Caso Padilla. Obtiene, con la calificación de sobresaliente *cum laude*, el Doctorado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense de Madrid, con la tesis «García Márquez: lengua y estructura de su obra narrativa», que luego se publicaría con el título «García Márquez: historia de un deicidio».
- 1976 Es nombrado presidente del Pen Club Internacional, la organización de escritores más importante del mundo.
- 1983 Delegado por Fernando Belaunde Terry, presidente del Perú, encabeza la Comisión Investigadora del Caso Uchuraccay, encargada de aclarar el asesinato de ocho periodistas en las alturas de Ayacucho (Perú).
- 1986 Recibe en Premio Príncipe de Asturias de las Letras.
- 1987 Encabeza la movilización de protesta contra la intención del gobierno del presidente Alan García de estatizar la banca peruana.
- 1990 Postula a la presidencia del Perú al frente del Movimiento Libertad. Pierde la elección en segunda vuelta a manos de Alberto Fujimori, que dos semanas antes de la primera vuelta aparecía con menos del 10 % de las preferencias.
- 1993 Ante las amenazas del Gobierno peruano, que anunciaba el retiro de su nacionalidad, el Gobierno de Felipe González le concede la ciudadanía española por carta de naturaleza.
- 1994 Es incorporado como miembro de la Real Academia Española (ocupará la silla «L») y gana el Premio Miguel de Cervantes.

- 2010 7 de octubre. Se le concede el Premio Nobel de Literatura «por su cartografía de las estructuras del poder y sus imágenes mordaces de la resistencia del individuo, su rebelión y su derrota».
- 2011 4 de febrero. El rey Juan Carlos I le concede el título de marqués de Vargas Llosa.
- 2016 Su obra es publicada en la colección La Pléiade, que reproduce el canon literario universal.
- 2021 Se convierte en la primera persona que no escribió el grueso de su lengua en francés que ingresa a la Academia Francesa de la Lengua.
- 2023 Publica *Le dedico mi silencio*, su última novela.
- 2025 13 de abril. Fallece a los 89 años en su residencia del distrito de Barranco, en Lima (Perú).

BIBLIOGRAFÍA DE MARIO VARGAS LLOSA

Novelas

- La ciudad y los perros* (Seix Barral, 1963)
- La casa verde* (Seix Barral, 1966)
- Conversación en La Catedral* (Seix Barral, 1969)
- Pantaleón y las visitadoras* (Seix Barral, 1973)
- La tía Julia y el escribidor* (Seix Barral, 1977)
- La guerra del fin del mundo* (Seix Barral, 1981)
- Historia de Mayta* (Seix Barral, 1984)
- ¿Quién mató a Palomino Molero?* (Seix Barral, 1986)
- El hablador* (Seix Barral, 1987)
- Elogio de la madrastra* (Tusquets, 1988)
- Lituma en los Andes* (Planeta, 1993)
- Los cuadernos de don Rigoberto* (Alfaguara, 1997)
- La fiesta del Chivo* (Alfaguara, 2000)
- El paraíso en la otra esquina* (Alfaguara, 2003)
- Travesuras de la niña mala* (Alfaguara, 2006)
- El sueño del celta* (Alfaguara, 2010)
- El héroe discreto* (Alfaguara, 2013)
- Cinco esquinas* (Alfaguara, 2016)
- Tiempos recios* (Alfaguara, 2019)
- Le dedico mi silencio* (Alfaguara, 2023)

Memorias

- El pez en el agua* (Seix Barral, 1993)

Cuentos

- Los jefes* (Editorial Roca, 1959)
- Los cachorros* (Editorial Lumen, 1967)
- El hombre de negro* (en *Letras Libres* n° 248, 2019)
- Los vientos* (en *Letras Libres* n° 274, 2021)

Literatura infantil

- Fonchito y la luna* (Alfaguara, 2010)
- El barco de los niños* (Alfaguara, 2014)

Teatro

- La huida del Inca* (Inédito, 1952)
- La señorita de Tacna* (Seix Barral, 1981)
- Kathie y el hipopótamo* (Seix Barral, 1983)
- La Chunga* (Seix Barral, 1986)
- El loco de los balcones* (Seix Barral, 1993)

Ojos bonitos, cuadros feos (Peisa, 1996)
Odiseo y Penélope (Galaxia Gutenberg, 2007)
Al pie del Támesis (Alfaguara, 2008)
Las mil noches y una noche (Alfaguara, 2009)
Los cuentos de la peste (Alfaguara, 2015)

Ensayo y crítica

Bases para la interpretación de Rubén Darío (tesis escrita en 1958, publicada como libro por el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 2001)

García Márquez: historia de un deicidio (Barral Editores, 1971)
La orgía perpetua. Flaubert y Madame Bovary (Taurus, 1975)
Entre Sartre y Camus (Editorial Huracán, 1981)
La verdad de las mentiras (Seix Barral, 1990)
Carta de batalla por Tirant lo Blanc (Seix Barral, 1991)
La utopía arcaica. José María Arguedas y las ficciones del indigenismo (Fondo de Cultura Económica, 1996)
Cartas a un joven novelista (Ariel/Planeta, 1997)
La tentación de lo imposible. Víctor Hugo y los miserables (Alfaguara, 2004)
El viaje a la ficción. El mundo de José Carlos Onetti (Alfaguara, 2008)
La civilización del espectáculo (Alfaguara, 2012)
La llamada de la tribu (Alfaguara, 2018)
Medio siglo con Borges (Alfaguara, 2020)
La mirada quieta (de Pérez Galdós) (Alfaguara, 2022)
Un bárbaro en París. Textos sobre la cultura francesa (Alfaguara, 2023)

Periodismo

Diario de Irak (Aguilar, 2003)
Israel/Palestina. Paz o guerra santa (Aguilar, 2006)
El fuego de la imaginación. Libros, escenarios, pantallas y museos. Obra periodística I (Alfaguara, 2022)
El país de las mil caras. Escritos sobre el Perú. Obra periodística II (Alfaguara, 2024)
El reverso de la utopía. América Latina y Oriente Medio. Obra periodística III (Alfaguara, 2025)

Cursos Universitarios

La realidad de un escritor —versión en español del seminario A Writer's reality, ofrecido en 1991 en la Universidad de Siracusa— (Triacastela, 2020)
Conversación en Princeton —seminario impartido en la Universidad de Princeton en 2015, junto al profesor Rubén Gallo— (Alfaguara, 2017)

Diálogos

La novela en América Latina —con Gabriel García Márquez en la Universidad de Ingeniería de Lima, en 1967— (Milla Batres, 1968)

Una discusión literaria —con Felipe González en el primer aniversario de *La fiesta del Chivo*— (Alfaguara, 2001)

La literatura es mi venganza —con Claudio Magris— (Anagrama, 2011)

Correspondencia

Las cartas del Boom —con Julio Cortázar, Carlos Fuentes y Gabriel García Márquez— (Alfaguara, 2023)

Poesía

Estatua viva —con el pintor Fernando de Szyszlo— (Taller Arte Dos Gráfico, 2004)

La exorcista —poema que acompaña a la escultura homónima de Manolo Valdés, expuesta en el puente de Cantalojas, en Bilbao la Vieja, junto a las calles Zabala y San Francisco— (2004)

Diálogo de damas —tres poemas relacionados con las esculturas de Manolo Valdés en el Aeropuerto Adolfo Suárez de Madrid-Barajas— (2007)

Padre Homero (en *Letras Libres* n° 105, 2010)

El alejandrino —con el pintor Fernando de Szyszlo— (Taller Arte Dos Gráfico, 2015)

Borges o la casa de los juguetes —en *Medio siglo con Borges*— (Alfaguara, 2020).

Polémica

Literatura en la revolución y revolución en la literatura —con Óscar Collazos y Julio Cortázar— (Siglo Veintiuno Editores, 1970)

García Márquez y la problemática de la novela —con Ángel Rama, en torno a García Márquez: historia de un deicidio— (Corregidor-Marcha, 1973)

Entrevistas

Cosas de escritores. Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Julio Cortázar —con Ernesto González Bermejo— (Biblioteca de Marcha, 1971)

El buitre y el ave Fénix. Conversaciones con Mario Vargas Llosa —con Ricardo Cano Gaviria— (Anagrama, 1972)

Veinticuatro por veinticuatro —con Ana María Moix— (Editorial Península, 1973)

Galaxia latinoamericana. Siete años de entrevistas —con Jean Michel Fossey— (Galaxia Latinoamericana, 1973)

Sobre la vida y la política: diálogo con Vargas Llosa —con Ricardo A. Setti— (Intermundo, 1989)

Peregrinos de la lengua —con Alfredo Barnechea— (Alfaguara, 1997)

Mario Vargas Llosa. *La vida en movimiento* —con Alonso Cueto— (Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, 2003)

Entrevistas escogidas —selección, prólogo y notas de Jorge Coaguila— (F.E. Cultura Peruana, 2004)

El inconquistable —transcripción de una entrevista televisiva realizada por Beto Ortiz en 2000— (Estruendomudo, 2011)

Conversación con las catedrales. Encuentros con Vargas Llosa y Borges —con Rubén Loza Aguerrebere— (Editorial Funambulista, 2014)

Encuentros con Mario Vargas Llosa —con Juan Cruz Ruiz— (Triacastela, 2017)

70 años de conversaciones con escritores de paso —libro compilado por Harrys Salswach, que incluye un diálogo de Vargas Llosa con Mary Ferrero— (Banesco-Cyngular, 2017).

Guion

Pantaleón y las visitadoras —guion y dirección de Mario Vargas Llosa y José María Gutiérrez Santos— (1975)

Sepa. Nuestro Señor de los Milagros —guion de Mario Vargas Llosa y Walter Saxer. Dirección de Walter Saxer— (1987)

Tatuajes en la memoria —guion de Mario Vargas Llosa. Dirección de Luis Llosa— (2024)

Traducción

«La bazofia de los perros», de César Moro —en *Los anteojos de azufre. Prosas reunidas y presentadas por Andrés Coyné*— (Editorial San Marcos, 1958)

Un corazón bajo la sotana, de Arthur Rimbaud (Jaime Campodónico Editor, 1989)

Miscelánea

Primer encuentro de narradores peruanos. Arequipa 1965 —con Ciro Alegría, José María Arguedas, Sebastián Salazar Bondy, Oswaldo Reynoso y otros— (Casa de la Cultura del Perú, 1969)

El combate imaginario. Las cartas de batalla de Joanot Martorell —con Martín de Riquer— (Sirmio, 1972)

Retratos y autorretratos —fotografías de Sara Facio y Alicia D'Amico con textos de varios escritores, como «Yo y mi imagen...», aportado por Vargas Llosa— (Ediciones de Crisis, 1973).

Informe de la Comisión Investigadora de los Sucesos de Uchuraccay —escrito en nombre de la comisión— (1983)

«La cultura de la libertad, la libertad de la cultura» (en *Vuelta* n° 109, 1985).

Mario Vargas Llosa. *Semana de autor* —con Carlos Barral, Jorge Edwards, Rafael Conte y otros— (Ediciones de Cultura Hispánica, 1985)
«El debate». Transcripción del debate presidencial entre Vargas Llosa y Alberto Fujimori (Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico, 1990).

Textos del joven Vargas Llosa. Literatura - Política - Derechos humanos (Cuadernos de Marcha, 1994)

«Hitos y mitos literarios» —almanaque acompañado de fragmentos de los prólogos de Vargas Llosa para la Biblioteca de Plata, con ilustraciones de Willi Glasauer— (1995)

José Luis Cuevas - catálogo de exposición —colaboración con el breve ensayo «Los monstruos»— (1998)

Al pie de la letra. Geografía fantástica del alfabeto español —colabora con un texto dedicado a la letra L: «Libre, lectora, literaria, leguleya y liberal»— (Guirteess-Caja Duero, 2001)

Andes —fotos de Pablo Corral y textos de Vargas Llosa— (National Geographic, 2001)

Enciclopedia. Álbum, de Óscar Tusquets Blanca —Vargas Llosa aporta su breve texto «Gauche divine»— (Electa, 2002)

Iberoamérica mestiza. Encuentro de pueblos y culturas. Catálogo de exposición —Vargas Llosa colabora con el ensayo «El Inca Garcilaso y la lengua de todos»— (2003)

La búsqueda del paraíso y el realismo liberal (Sociedad El Sitio, 2004)

Dietario de posguerra —edición de Arcadi Espada, Vargas Llosa colabora con el texto «El día que me instalé en Sarriá», escrito en 1997— (Anagrama, 2006)

Mario Vargas Llosa. *Vida que es palabra* —versión en español de Mario Vargas Llosa. *Cahier de L'Herne*— (Nueva Imagen, 2006)

Diccionario del amante de América Latina —Versión en español de *Dictionnaire amoureux de l'Amérique Latine*— (Paidós, 2006)

El árbol del espíritu —pregón al aceite con ilustraciones de Juan Romero— (Edición de Pedro Taberner, 2009).

Diario de viaje. Recorrido de Mario Vargas Llosa por el Congo e Irlanda tras las huellas Roger Casement (Alfaguara, 2010)

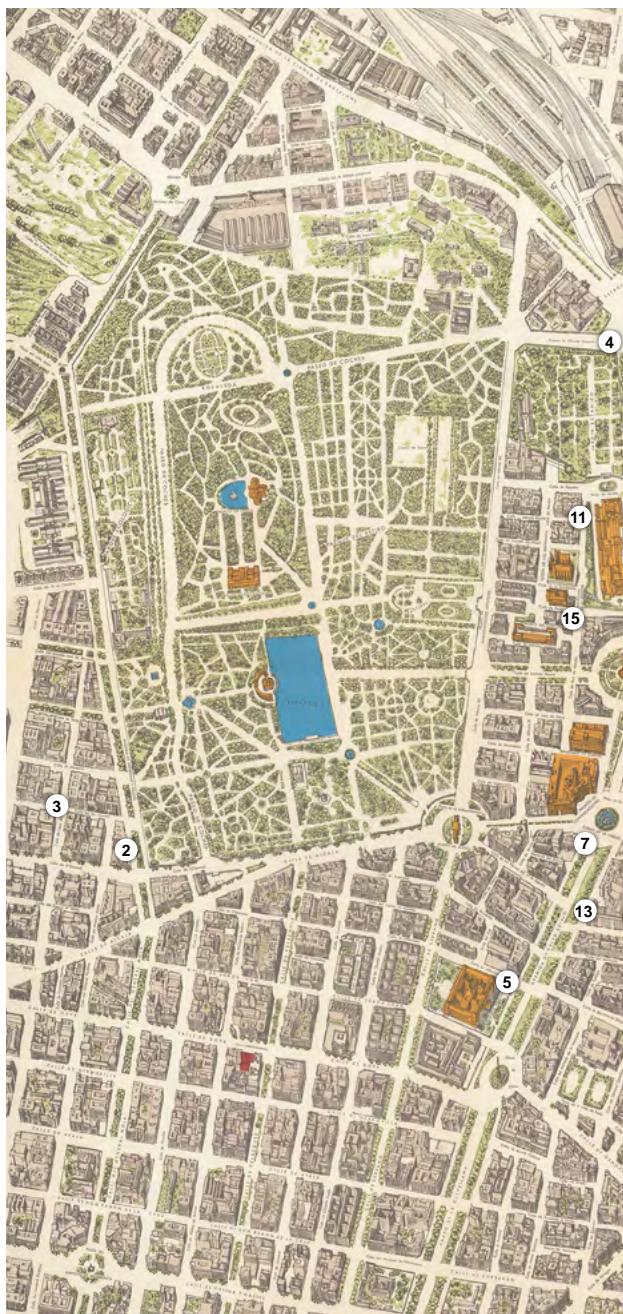
Sentimiento del toreo. Antología colectiva —edición de Carlos Marzal, el texto de Vargas Llosa es el pregón que leyó en la plaza de toros de Sevilla el 23 de abril de 2000, que fue publicado en solitario como XVIII Pregón Taurino Sevilla 2000— (Tusquets, 2010)

Diálogo con Navegante (Espasa, 2013)

Ciudad, arquitectura y paisaje. Compilación de textos de Vargas Llosa en la que aborda temas de arquitectura y la experiencia urbana (Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013)

SITIOS DE MARIO VARGAS LLOSA

1. La casa de Mario Vargas Llosa, en la calle de la Flora, 1.
2. Tasca Jute, donde Vargas Llosa comenzó a escribir *La ciudad y los perros*. En la avenida Menéndez Pelayo, 13.
3. Pensión donde Vargas Llosa vivió a su llegada a Madrid, en 1958, con Julia Urquidí. Calle Doctor Castelo, 12.
4. Cuesta de Moyano, donde compró los libros de Azorín.
5. Biblioteca Nacional, donde leyó novelas de caballerías que sacaba del llamado «infierno» de los libros censurados.
6. Templo de Debod y Paseo del Pintor Rosales, por donde todos los días hacía su caminata matutina.
7. Casa de América, donde presentó diversos libros, como *El héroe discreto* o *Tiempos recios*.
8. Teatro Español, donde actuó en el estreno de su obra de teatro *Los cuentos de la peste*.
9. Café Barbieri (Lavapiés), donde ubica uno de los capítulos del desenlace de su novel *La niña mala*.
10. Plaza de Ópera, donde el protagonista del relato *Los vientos* descubre que recupera la memoria y, con ella, las pistas para volver a su casa.
11. Museo del Prado, donde Vargas Llosa se perdía abismado por la contemplación de las piezas artísticas, como *El jardín de las delicias*, de El Bosco, a quien dedicó un memorable texto.
12. Casa Lucio, La taberna del Alabardero y Casa Julián de Tolosa, algunos de los restaurantes que más frecuentaba.
13. Café Gijón, donde participó en varias tertulias.
14. Hotel Palace, donde se hospedaba cada vez que viajaba a Madrid, antes de comprar el piso en la calle de la Flora, 1.
15. Real Academia Española, donde Vargas Llosa ocupó el sillón «L».
16. Cines Renoir de la Plaza de los Cubos y Golem de Martín de los Heros, donde acudía con frecuencia.
17. Estación de Atocha, a la que llegó, luego de desembarcar en Barcelona, en 1958.
18. Teatro Real, donde fue patrono de honor.
19. Universidad Complutense, donde estudió los cursos de doctorado.





Perspectiva del centro de Madrid desde el noroeste. 1960

Dirección artística Jorge Guzmán Hernández; Banco Exterior de España. CC-BY4.0 ing.es. 10-D-15



**Comunidad
de Madrid**